

Gonzalo Torrente Ballester

***Crónica del rey
pasmado***

COLECCIÓN AUTORES ESPAÑOLES E HISPANOAMERICANOS Dirección: Rafael Borrás Betriu
Consejo de Redacción: María Teresa Arbó, Marcel Plans, Carlos Pujol y Xavier Vilaró
© Gonzalo Torrente Ballester, 1989
© Editorial Planeta, S. A., 1993
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)
Diseño colección y sobrecubierta de Hans Romberg
Ilustración sobrecubierta: detalle de «La Venus del espejo», de Velázquez, National Gallery, Londres (Loto AISA)
1.ª a 21.ª ediciones: de noviembre de 1989 a mayo de 1993
22.ª edición: diciembre de 1993
Depósito Legal: B. 37.571-1993
ISBN 84-320-6820-9
Papel: Offset Ahuesado, de Papelera del Oria, S. A.
Impresión: Duplex, S. A.
Encuadernación: Eurobinder, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España
Ediciones anteriores
Especiales para Club Planeta
1.ª y 2.ª ediciones: mayo de 1990 y setiembre de 1991

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO	5
CAPÍTULO II.....	23
CAPITULO III.....	38
CAPÍTULO IV	67
CABOS SUELTOS Y OLVIDOS.....	85

A mi colega Jesús Ferrero, fraternalmente.

G. T. B.

CAPÍTULO PRIMERO

1. LA MADRUGADA DE AQUEL domingo, tantos de octubre, fue de milagros, maravillas y sorpresas, si bien hubiera, como siempre, desacuerdo entre testigos y testimonios. Más exacto sería, seguramente, decir que todo el mundo habló de ellos, aunque nadie los viera; pero como la exactitud es imposible, más vale dejar las cosas como las cuentan y contaron: si no fue el socavón de la calle del Pez, que quedó a la vista del mundo durante todo el día, y la gente acudió a verlo y a olerlo como si fuera la abada. El percance, según se relata, fue, por ejemplo, así: una vieja, de madrugada, vio salir una víbora de debajo de una piedra: la víbora echó a correr hacia abajo como pudo haber echado a correr hacia arriba; pero lo que vio el talabartero de la calle de San Roque ya no fue una víbora, sino una culebra de regular tamaño, que también echó a correr, hacia arriba o hacia abajo, la dirección no figura. La beata que salía de San Ginés, de oír la misa de alba, vio un verdadero culebrón que, ése sí, llevaba camino del alcázar, más o menos, y, finalmente, alguien de la Guardia Valona que iba al servicio o salía de él (esto no queda muy preciso), lo que pudo contemplar, atónito o desorbitado, fue una gigantesca boa que rodeaba al alcázar, por la parte que se apoya en la tierra o coincide con ella, y parecía apretar el edificio con ánimo de derribarlo, o al menos de estrujarlo, lo que parece más verosímil, el menos desde un punto de vista de la semántica. El guardia valón empezó a pegar gritos en su lengua, pero, como nadie lo entendía, dio tiempo a que la gigantesca serpiente desistiese de su empeño, al menos en apariencia, y se deslizase con suavidad pasmosa hacia el Campo del Moro, donde fue rastreada en vano durante toda la mañana por equipos de expertos que se turnaban cada hora. Lo del tesoro de monedas antiguas se atribuyó a la suerte de un niño, pero había algunas variantes en la localización del hallazgo: según unos, fuera del portillo de Embajadores, conforme se sale, a la derecha; según otros, a la salida de la puerta de Toledo, según se sale, a la izquierda. Ni el tesoro ni el niño fueron habidos.

Las campanas de Santa Águeda tocando solas las oyó todo el mundo; pero, ¿quién es todo el mundo? Lo de las voces angustiosas saliendo de una casa en ruinas vino del barrio de Las Vistillas: unas voces tremendas y doloridas, de condenados al fuego eterno o cosa así, aunque también pudieran corresponder a penitentes del Purgatorio: eran, miren qué cosas, voces pestilentes. Lo que se pudo comprobar por quien quisiera hacerlo fue lo de la calle del Pez: en efecto, había un socavón que atravesaba la calle en línea quebrada, de sur a norte; en un principio, al parecer, salían de la grieta (de la sima, según los primeros testigos, desconocidos) gases sulfurosos, por lo que todo el mundo pensó, y con razón, que en el fondo de la grieta empezaba el infierno, sobre todo, si se tiene en cuenta que, con los gases, salían rugidos de dolor y blasfemias espantosas; pero cuando la gente empezó a juntarse y echar su cuarto a espadas, la sima ya no lo era, y no olía peor que la misma calle. Se conoce que los gases se habían agotado.

2. El párroco de San Martín, el de la capa, don Secundino Mirambel Pacheco, había estado de joven en las Indias, y del viaje por mar se había traído un catalejo, regalo de un piloto genovés con el que hiciera amistad durante la travesía. Todas las noches, don Secundino escrutaba el cielo con aquel aparato, si la noche era medianamente clara o si las estrellas se distinguían con suficiente fulgor. Durante mucho tiempo, don Secundino

no pasó de perito en estrellas, de las que hablaba a sus amigos cuando tomaba el chocolate, por las tardes, y con algunos allegados; pero a la gente las cuestiones de la bóveda celeste no parecían importarles más de lo aconsejado por los predicadores, que solían ponerla como ejemplo de la afición que la Divinidad tenía a la belleza, y también de obediencia, moviéndose como se movían conforme a las órdenes recibidas hace muchos siglos no se sabe cuántos ni conviene investigarlo. Una noche, sin embargo, una noche de sábado, descubrió, además de las estrellas, brujas, y consideró oportuno dar cuenta al Santo Oficio de su descubrimiento. Después de una sesión secreta, el Gran Inquisidor, en persona, encargó a don Secundino un informe semanal sobre la calidad y el número de brujas concurrentes, y posiblemente los brujos que transitaban la noche sabatina de la villa, aunque no fuera más que por razones de estadística. Aquella mañana del domingo, tantos de octubre, una mañana tibia y soleada, don Secundino Mirambel redactó su informe semanal con los acostumbrados escrúpulos y la bella prosa de quien había abrevado en los mejores clásicos latinos y aprendido el castellano en los alrededores de Écija: si ceceaba un poco, el ceceo no se transmitía al papel. Salió de casa con la fresca, entregó el informe a un fámulo de la Santa Inquisición, y regresó a su casa después de decir misa, tomarse un chocolate y beberse un vaso de agua fresca, como le pedía el cuerpo; se acostó sin desnudarse, pues, los domingos y por si acaso, sólo solía echar un sueñecito. El fámulo de la Santa Inquisición pasó el escrito a Su Excelencia, de pie desde la madrugada, con la misa ya dicha y graves problemas en el corazón y en la cabeza. Estaba en su despacho, junto a la gran sala del Consejo. Abrió el pliego de don Secundino, le echó un vistazo, pero, de pronto, algo debió de llamarle la atención, que se puso a leer atentamente, con el ceño fruncido y exclamaciones intercaladas, como:

—¡Dios nos asista! ¡A esto podíamos llegar! ¡El demonio anda suelto!

Terminó de leer, cerró el pliego, y ordenó que fuesen inmediatamente al convento de San Francisco, y que se personase fray Eugenio de Rivadesella sin otras dilaciones.

3. El conde de la Peña Andrada daba los últimos toques a su peinado delante de un espejito que le había traído Lucrecia. Ella le miraba por detrás, les miraba a él y a su imagen del espejo. Cuando el conde soltó el peine, ella le dio un beso en el cabello y le dijo: «Estás guapísimo.» Y le trajo la ropilla azul celeste para que terminara de vestirse.

—¿Se habrá despertado tu ama?

—Suele ser remolona, y más los domingos.

—Pues al Rey habrá que despertarlo. Va siendo hora.

—Yo no me atrevo, señor. Hágalo usted. Se acercaron a la puerta del cuarto de Marfisa, y Lucrecia la abrió con precaución de silencio. Un rayo de sol cruzaba la habitación, iluminaba las grandes baldosas, blancas y rojas, del pavimento, y llegaba hasta el borde mismo del lecho. En su penumbra, dormían dos figuras: la del Rey, junto al borde; la de Marfisa, allá en el fondo. El conde se aproximó en puntillas y tocó el hombro desnudo del monarca.

—Señor, es ya la hora.

Su Majestad abrió los ojos perezosamente.

—¿Qué sucede?

—Hay que levantarse. Es tarde.

Empezaron a dar las ocho en una torre: las campanadas temblaban en el aire caliente, se dilataban, se mezclaban unas a otras, hasta parecer una sola campanada.

—¿No es muy temprano, conde?

—Tenemos que atravesar la villa.

—¿A pie?

—Espero que mi carroza nos aguarde.

El Rey se incorporó: desnudo, mostraba su delgadez, delatora de huesos delicados. Apartó la frazada y quedó en cueros.

—Acércame la ropa.

Lo hizo el conde, en silencio. El Rey empezó a vestirse.

—Me gustaría refrescarme un poco.

—No es imposible, señor.

El cuerpo de Marfisa había quedado medio al descubierto: mostraba la cabellera, la espalda, la delgada cintura, el arranque de las nalgas. El Rey la miró: con sorpresa, con estupefacción.

—¿Has visto algo más bello?

—Hay muchas cosas bellas en el mundo.

—¿Más que el cuerpo de una mujer?

—Si es el de Marfisa, difícilmente.

—Nunca había visto hasta esta noche una mujer desnuda.

—¿Y qué?

—El paraíso tiene que ser una cosa semejante.

El conde torció el morro.

—No creo que los señores inquisidores aprobasen esa idea.

—¿Qué sabrán los señores inquisidores de mujeres desnudas?

—Según ellos, todo.

El Rey se hallaba medio vestido ya. El conde pidió a Lucrecia una palangana de agua fresca. El Rey comenzó a hurgar en la escarcela.

—¿Qué busca Su Majestad?

—Ese medio ducado que dejar a Marfisa.

—¿Medio ducado nada más?

—Es lo que marca el protocolo, según tengo entendido.

El conde sonrió.

—Señor, el protocolo está anticuado, y Marfisa es la puta más cara de la villa. Por lo menos diez ducados.

El Rey le miró asombrado.

—No los tengo. Nunca he tenido diez ducados. Este medio que busco se lo tuve que pedir a mi ayuda de cámara. Después, van y lo cuentan en sus memorias.

El conde metió la mano en su escarcela y sacó una bolsa de terciopelo.

—Ahí van los diez ducados. Los tenía destinados a Lucrecia.

Lucrecia entraba con la palangana y oyó la frase del conde.

—A mí no me tiene que dar nada Su Señoría. Me considero pagada.

El Rey miró al conde, y el conde volvió a sonreír.

—A mí —dijo el Rey—, Marfisa no me dijo eso.

—Es que mi ama, señor, lo hace por oficio, y... yo, por afición, y el señor conde me dejó contenta.

—Puedes besarla en mi presencia, conde.

El Rey se chapuzó la cara y se la secó con la toalla que Lucrecia le ofrecía. Se encasquetó el sombrero, pero el conde se mantuvo destocado.

—Cubríos, conde —dijo el Rey.

El conde obedeció.

—Gracias, señor.

— Lo repetiremos en palacio, delante del Valido, para que se fastidie. Ahora, vámonos.

Lucrecia los acompañó hasta la puerta. Dio un beso al conde y le llamó guapo al oído. La carroza esperaba: poco suntuosa, pero sólida y elegante. Lucrecia agitó la mano. La carroza corría por la calle, llena de baches, como por la superficie de un espejo. El Rey miraba hacia adelante, como si le envolviese el infinito. Tenía cierta cara de pasmado.

— ¿Qué miráis con tanta atención, señor?

—El cuerpo de Marfisa. No puedo ver otra cosa.

4.El ayuda de cámara que había prestado al Rey medio ducado entró en el despacho por la puerta de los confidentes, y quedó quieto, humilde, pero mirando de reojo al Valido.

—¿Sucede algo, Cosme?

—Ate cabos Vuestra Excelencia. Su Majestad no durmió en palacio: su cama está sin deshacer, y él no aparece por ninguna parte. Ayer, cuando me despedí, me pidió medio ducado.

—¿Y qué deduces, Cosme?

—Que el Rey se fue de picos pardos, Excelencia; medio ^J ducado es lo que pagan los reyes a sus putas, según he oído siempre.

—Hay cosas, Cosme, que no deben oírse jamás.

—Le pido perdón, Excelencia, pero, gracias a que no soy sordo, Vuestra Excelencia me recibe en secreto.

—Tienes razón, Cosme. ¿Y salió solo el Rey?

—De fijo, de fijo, no lo sé. Pero cuando yo lo dejé, estaba con el conde de la Peña Andrada.

El Valido quedó en silencio, mirando la franja de la pared frontera que lindaba con el artesonado. Una locura de esfinges y de dragones multicéfalos de muy buena factura.

—El conde de la Peña Andrada. ¿Y quién es ése?

—No podría decírselo, señor, salvo que es un caballero joven, de muy buen aspecto, a quien el Rey trata con confianza.

—Retírate, Cosme. Gracias.

Cosme se inclinó y salió por la misma puerta por la que había entrado. Entonces, el Valido hizo sonar la campanilla, de sonido fino, pero penetrante. Entró un ujier y quedó mudo junto a la puerta. El Valido escribió unas letras en un papel.

— Lleva esto al archivero mayor y que traiga en seguida lo que le pido.

Salió el ujier, el Valido murmuró:

—¿Conque de putas sin yo saberlo?

No parecía muy contenta la cara del Valido, ni muy tranquila su mirada. El archivero mayor tardó poco en llegar.

—Aquí está lo que pide, Excelencia.

—¿Te costó mucho trabajo encontrarlo?

—Ninguno, Excelencia. Estaba encima de mi mesa.

—¿Y por qué estaba allí? ¿Ha hecho alguna petición ese conde últimamente?

—No, que yo recuerde, Excelencia. Y es un nombre que no había oído nunca. Conde de la Peña Andrada. Todo es muy raro. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Ahí están sus papeles. Todo en regla: es un condado que concedió el emperador, a título personal, pero declarado hereditario y de Castilla por la majestad de don Felipe II, quien asimismo concede a los titulares patente de corso contra ingleses y holandeses, a condición de que mantengan una escuadra de seis navíos y entreguen a la corona el quinto de las presas. Las cuentas las tienen claras, señor, y han pagado a los reyes de España un buen puñado de monedas y otros bienes. Hay también... —El archivero mayor hizo una pausa y miró al Valido—. ... Hay también un pleito con la casa de Andrade, por cuestión de límites de señorío. Lo que se disputa es el valle de Valdoviño. La causa está en la Real Chancillería de Valladolid.

—Y eso de Valdoviño, ¿por dónde cae?

—Tiene que ser por Galicia, señor. Tierra de brujas, donde nada está claro. La gente buena de por allá, o se viene a Madrid, como los de Lemos, o se queda en Salamanca, como los de Monterrey. Aquí se citan pueblos y ciudades de las que nadie tiene idea: Cedeira, Santa Marta de Ortigueira... Algo así como Caraño o Cariño, no está muy claro. Son los puertos autorizados para esa escuadra...

El Valido miró el grueso expediente, lo sopesó.

—Papeles y más papeles. Guárdese los Vuesa Merced, pero no los pierda de vista. Puedo necesitarlos.

El archivero mayor cogió el legajo, hizo una reverencia, volvió a reverenciar al llegar a la puerta, y se fue: su marcha coincidió con la llegada del padre Germán de Villaescusa, un capuchino: había entrado por la puerta de los confidentes. Hizo un profundo saludo. El Valido se levantó y le besó la mano.

—¿Ya está enterado, padre?

—Todo el palacio lo sabe. Y el Rey acaba de regresar. No dijo una sola palabra, se metió en sus habitaciones, se sentó delante de una ventana, y parece que contempla el cielo.

—¿Síntomas de arrepentimiento?

—¿Cómo se puede interpretar la mirada de un hombre al horizonte?

—De mil maneras, la mitad buenas, la mitad malas.

—Ese hombre es el Rey.

—Que acaba de pasar la noche en brazos del pecado.

—Eso es lo que parece, padre, y eso es lo malo.

—¿Su Excelencia tiene alguna otra noticia?

—Que el alcahuete fue un tal conde de la Peña Andrada, a quien desconozco.

—Yo, en cambio, he oído su nombre... Sí, déjeme pensar. Es un gallego, ¿verdad?

—Así parece.

—La presencia del Apóstol en aquellas tierras no parece favorecer la causa del Señor. Sé de muy buena tinta que más del noventa por ciento de los gallegos, clérigos incluidos, se condenan.

—¿No son muchos precitos, padre?

—Puede haber un error, pero escaso. Dejémoslo en el ochenta y nueve.

—Aun así...

—Las mujeres, las que no son brujas, son putas. Los informes del Santo Oficio lo aseguran.

— Debería haber un modo de que el Rey, sin desprenderse de esas tierras, se liberase de semejantes gentes.

—Pues no lo encuentro difícil...

El Valido imaginó al lejano Reino de Galicia ardiendo por los cuatro costados, en un gigantesco auto de fe. El remedio del padre Villaescusa siempre era el mismo.

Quedaron un momento en silencio, mirándose.

—Lo malo, padre, es que se anuncia la llegada de una flota de Indias, y, por otra parte, en los Países Bajos parece inminente una gran batalla.

El fraile se santiguó.

—Si los ingleses nos roban el oro y los holandeses la victoria, habrá que acatar la voluntad de Dios.

—Eso, padre, por supuesto. Pero la voluntad de Dios no es inflexible.

El fraile se puso en pie.

—Me pondré a orar, a ver si el Señor me inspira el remedio. Es muy temprano. De aquí a la misa solemne, falta todavía un par de horas. ¡Lo que se puede sacar de Dios en ese tiempo!

—Pues acuérdesese también de mí, padre; trasanteayer, a mi esposa le apareció el renuevo...

—Es una dura servidumbre de las mujeres, de la que se deduce su condición inferior respecto a los varones.

El Valido se levantó, se acercó al fraile y le puso las manos en los hombros.

—Pero yo necesito un heredero, padre, lo necesito más que mi propia vida, que no puede agotarse en mí mismo. Y Vuesa Reverencia conoce mis ruegos y sacrificios. El Señor parece no escucharnos, ni a mi esposa ni a mí.

—Será que sus ruegos no llegan al cielo.

— ¿Es que tenemos que gritar, padre? ¿Gritar públicamente, vestirnos de penitencia, quitarnos de comer y de beber?

—No puedo responderos, señor. Voy a rezar. Algo me inspirará el Altísimo.

Hizo una nueva reverencia, algo más corta, y salió por la puerta de los confidentes.

5. Lucrecia acudió al tercer grito de Marfisa. La verdad era que no había chillado tanto como otras mañanas, en las que la oía la vecindad.

— Lucrecia, Lucrecia del demonio, ¿dónde te metes?

Lucrecia entró compungida.

—Estaba preparando el baño de la señora.

—Ah, eso me parece bien. Realmente lo que apetece mi cuerpo es un baño, pero no muy caliente. ¿Qué día hace?

—Caluroso, señora, se puede estar en el patio gracias a la sombra de la parra. Parece que el verano se dilata.

Marfisa estaba desnuda y espatarrada sobre la cama, las ropas a sus pies, hechas un gurrufío, como si las hubiera pateado.

—¿Y esos dos?

—Partieron muy de mañana, señora.

—¿Iban contentos? —Y antes de que Lucrecia le respondiese, añadió—: ¿Te pagaron?

—Encima de la mesa hay una bolsa con diez ducados de oro, y a mí el Rey me dio medio ducado. Creo que no llevaba más.

Le dio el dinero a Marfisa, y ella lo hizo tintinear.

—Por lo menos es oro. ¿Dices que diez ducados? Salen a dos y medio por cada ofensa a nuestro Señor, y la bolsa por el gatillazo. Es de buen terciopelo.

—¿Ha dicho la señora qué gatillazo?

—Sí, hija mía, el quinto ya no pudo ser. Se empeñó en mirarme y remirarme, y cuando se cansó, dijo que tenía sueño y me dejó con la miel en los labios. Justamente cuando empezaba a apetecerme. ¿Y tú?

—Yo pasé la noche, señora, en un puro gusto, con el conde encima sin quitarse, y esos ojos de gato que tiene sin dejar de mirarme. Más que de gato, de tigre. Los ojos de los tigres deben de ser así. Alumbraban toda la habitación.

— Exageras.

—Se lo juro por la memoria de mi madre, que fue puta también, pero que se arrepintió a tiempo. ¡Y el buen entierro que tuvo, gracias a Dios y a las almas cristianas!

—Deja en paz la memoria de tu madre, y échame una toalla para envolverme. Mientras me baño, prepárame de almorzar. Estoy muerta de hambre.

Saltó de la cama, y se envolvió en el toallón que Lucrecia había sacado de un arcaz. Le dejaba al descubierto los muslos morenos y prietos, las piernas largas. Lucrecia la contemplaba.

—Por eso las cosas son como son y no como deben ser. Ese cuerpo merecía otra suerte.

—¿Quieres decir un marido?

—¡Dios me libre de tal cosa! Quiero decir mejores amantes.

—¿Te parece poco el Rey, aunque sólo sea por una noche?

—El Rey no la dejó satisfecha, a lo que acabo de oír. En cambio yo...

Mientras salía de la habitación, Marfisa le respondió:

—El Rey es un pipiolo. No sabe de la misa la media ni nunca había visto a una mujer desnuda. ¡Lo que aprendería en mi cama, sólo con siete noches!

—Entonces, ¿para qué es Rey?

6. El Rey dejó de contemplar el horizonte, donde la última mujer desnuda se había desvanecido, y quedó unos instantes cabizbajo, aunque con cara de pasmarote. Después se levantó, y dijo a Cosme, que esperaba junto a la puerta:

—Tráeme las llaves del cuarto prohibido.

Cosme tembló visiblemente.

—Ya lo has oído.

—Y si me las niegan, ¿qué hago?

—Dices que es orden real.

El ayuda de cámara se inclinó profundamente y salió. El Rey vaciló un tiempo. Se aproximó a la ventana abierta, que daba sobre la plaza de armas. Un pelotón de soldados

se ejercitaba allá lejos. Más cerca, departían unos caballeros, y un jinete muy emplumado caracoleaba con su caballo ante un grupo estupefacto de espectadores: todo bajo un sol que empezaba a ser tórrido. Alguien divisó al Rey, e hizo un saludo con el Sombrero. Los demás saludaron también, y los soldados del pelotón presentaron armas, pero el Rey no los veía: veía solamente un inmenso vacío: impreciso en sus contornos, como si fuera hecho de nubes. Pero el cielo estaba limpio. El Rey cerró los ojos, y siguió viéndolo, y sólo entonces se convenció de que lo tenía dentro, de que no podía ver otra cosa. Lo estuvo contemplando con el rostro inmóvil y la mirada fija hasta que llegó el ujier e hizo sonar las llaves. El Rey se volvió y tendió la mano; el ujier, al entregárselas de rodillas, advirtió:

—He tenido que robarlas, señor.

—Has hecho bien.

El Rey salió, cargado con las llaves, cuyo tintineo llenaba la penumbra. Atravesó salas y pasillos, abrió con la llave más gorda la puerta más grande, y la cerró por dentro: había entrado en un dédalo de corredores zigzagueantes, interrumpidos por escaleras que subían y escaleras que bajaban. Tuvo que abrir, todavía, otras dos puertas, que también cerró después de haberlas pasado. La habitación prohibida correspondía a una torre, la del norte—este. Estaba a oscuras. Tanteando, halló una ventana y la abrió. La habitación carecía de muebles, pero de las paredes colgaban cuadros. Cuando sus ojos se habituaron a la luz escasa, pudo ver que en todos ellos había mujeres desnudas, solas o en compañía. Se hallaba ante las mitologías que su abuelo había coleccionado, y que sólo podían contemplarse con un permiso especial de la curia toledana, firmado de puño y letra del primado: privilegio de éste que el Gran Inquisidor le discutía, y que, como pleito de los que jamás se resuelven, se hallaba en Roma hacía lustros. Por fortuna, el otro rey, su padre, jamás había penetrado en aquel lugar, pues de lo contrario el pleito lo habría zanjado el fuego.

—Los teólogos más sutiles, Majestad, tienen dudas de que su abuelo, el Gran Rey, se haya salvado, sólo por haber gastado en estas porquerías el dinero del pueblo.

Las porquerías las firmaban, entre otros, Tiziano y un extraño holandés llamado *El Bosco*, «Hierombosc», según las cartas del abuelo a sus hijas muy amadas. El Rey recorrió con la mirada aquella acumulación de cuerpos a la intemperie y se detuvo en uno, donde una vieja celestina recogía en el regazo de su falda el oro que Zeus enviaba a la entrepierna de Dánae, la cual, sin embargo, algún oro debía de recibir en el sitio preciso, a juzgar por la cara que ponía. Dánae tenía unos muslos largos y un cuerpo dorado, semejante al de Marfisa. El Rey quedó ante él, como pasmado, durante mucho tiempo.

7. Fray Eugenio de Rivadesella llegó echando los bofes, o, al menos, eso dijo, pues al santo titular de su orden no se le había ocurrido inventar, para los días cálidos, un hábito más liviano, de manera que el Gran Inquisidor tuvo que acudir a su sofoco y pedir urgentemente que le trajeran un refresco eficaz, de los que guardaban para estos casos en el fondo del pozo. Con él, y con un aguardiente que le siguió, el padre Rivadesella quedó muy tratable, aunque siguiera oliendo a sudor, cosa que al prelado incomodaba. Pero lo ofreció en sacrificio por el perdón de sus pecados, y pasó al fraile el texto del informe que aquella misma mañana había traído el párroco de San Pedro.

—¿Qué piensa de esas noticias Su Paternidad?

Del padre Rivadesella se sabía en las altas esferas de la curia y de la Santa Inquisición que todas las tardes, al caer la luz, recibía al Maligno y mantenía con él sabrosas conversaciones, que se aplicaban después a la mayor gloria de Dios y de la

monarquía. El padre Rivadesella, después de calarse las antiparras (que alguien le había traído de Holanda fabricadas seguramente por herejes, pero de muy buena visión), se metió en la lectura, y no levantó la vista hasta haber recorrido la última línea: menos mal que la letra menuda del párroco era de las claras y legibles.

—Le hice venir tan de mañana, reverendo padre, para escuchar su dictamen acerca de lo que se dice en esos papeles. Su reverencia es la única persona de la corte de cuya opinión puedo fiarme, dada su conocida amistad con el Enemigo del género humano y de Dios Nuestro Señor.

—Yo no diría amistad, Excelencia, sino mera relación. —Con las antiparras en la mano, jugueteando con ellas, el padre Rivadesella añadió—: Por lo pronto, Excelencia, es la primera noticia que tengo de estos acontecimientos. Por otra parte, debo decir que, en el crepúsculo de ayer, Satanás faltó a su cita conmigo. Suelo esperarle bajo una encina que tenemos en el patio de copa tan desparramada que todo lo oculta y todo lo tapa, de manera que, sentado a su cobijo, nadie columbra ni las cruces ni sus sombras. Satanás se siente incompatible con unas y con otras, y por eso. Pero ayer no compareció, y eso que le aguardé hasta la tarde entreteniéndome con el humo de esa hierba que se trae de Indias y que llaman tabaco. Se la recomiendo para las tribulaciones. —Y durante unos minutos, cantó las excelencias del tabaco y la conveniencia de usarlo. Luego, continuó—: No deja de ser curioso, Excelencia, y digno de tener en consideración, el hecho de que esta mañana, con las primeras luces de la aurora, un formidable dragón, de al menos siete cabezas, pero quizá de más, haya abrazado los cimientos del alcázar con intención de destruirlo, según declaraciones de testigos que lo vieron, y como ya sabe todo el mundo en la villa. De otros prodigios también se habla, aunque no de tanta monta. Mi confidente Satanás, que me cuenta muchas cosas, mas no todas las que maquina, como es obvio, suele adoptar la figura de dragón multicéfalo cuando quiere ser notado especialmente, ya que un bicho de ese talante, que se sepa, no lo creó el Señor.

—Lo que a mí me interesa, padre Rivadesella, es esa otra metamorfosis, que encuentro menos lógica o, por lo menos, inapropiada al caso. Según el informe que acabáis de leer, de todas las figuras de brujas y de brujos que pulularon esta última noche por el cielo de la villa, una era más hermosa que las demás, tenía sexo de varón, y, al deslizarse por los aires, dejaba un rastro de plata. Según mis entenderes, más parece figura de ángel, y no de los menores.

—No podemos olvidar que el más grande de todos ellos fue Luzbel, y que entre sus atributos está el de la hermosura.

—¿A usted se le presenta así, como mancebo hermoso?

—Para acudir a sus citas con este humilde servidor de Dios, Satanás suele escoger figuras más modestas. La más noble de ellas, la de un hidalgo entrado en años con bigote muy enhiesto; al otro lado de la escala están el perro o el pajarillo que se instalan en mi regazo y hablan conmigo por señas. Entre caballero y pájaro todo lo que Vuestra Excelencia se digne imaginar.

—¿Y cómo sabe Vuestra Paternidad que es el Diablo?

—Tenemos nuestras contraseñas, y él me tiene explicado que adopta una forma u otra por prudencia y para no comprometerme. No olvide Vuestra Excelencia que mis relaciones con el Maligno, si bien son conocidas de mis superiores jerárquicos, y de las autoridades competentes, hasta llegar a Roma, los frailes de mi convento las ignoran, aunque algún espabilado las sospeche. Del mismo modo, Satanás oculta a sus secuaces sus relaciones conmigo. Por alguna razón, ayer, no sólo no ha venido, sino que me ocultó su propósito de concentrar, en el cielo de la villa, esa gentuza que le sirve.

—Gente bellísima también, según dice el informe, y proclive a toda clases de fornicaciones.

—¿Es que esperaba Vuestra Excelencia otra cosa de semejantes personas?

—Esperaba que, por lo menos, para hacerlo, tuvieran que acostarse. Pero, como Vuestra Paternidad ha leído, lo hacían en el mismo aire, sin perder el equilibrio, y jugando a cabriolas. Padre Rivadesella, el Diablo trata tan bien a sus amigos, que no me extraña que los tenga. A Vuestra Paternidad, ¿le hace algún favor?

El padre Rivadesella quedó un momento pensativo.

—Sí, Excelencia, pero *gratis et amore*, o al menos así parece. Yo creo que necesita explayarse con alguien de sus preocupaciones, y me ha elegido a mí.

—¿Por su discreción, quizá?

—Pudiera ser por eso...

Y fue en ese mismo momento cuando entró un fámulo, se aproximó silenciosamente al Gran Inquisidor, y le habló al oído. Su Excelencia le respondió:

—Está bien, que pase. —Después se dirigió al franciscano—. No tendrá Vuestra Paternidad ningún inconveniente en convivir, aunque sólo sea unos minutos, con un fraile capuchino.

—En presencia de tan alto magistrado, las rivalidades se aplazan.

—Es el padre Villaescusa.

— ¡Ah, el capellán mayor de palacio! Menudo personaje.

—De menudo no tiene nada, padre Rivadesella, sino que es más bien corpulento. En lo de personaje, en cambio, estoy de acuerdo.

El fámulo sostenía abierta la gran puerta con guarniciones de bronce y figuras paganas en la decoración, si bien castas. El padre Villaescusa entró, haciendo reverencias cortesanías.

—¡Que el Señor acompañe a Su Excelencia y le dé largos años de vida! —Se llevó la mano a las narices—. ¿También ha llegado hasta aquí ese tufo del infierno"? Me refiero, como es obvio, a ese olor sulfuroso que ha penetrado en la villa y que nos tiene a todos alarmados.

—Pues mis narices no han advertido, hasta ahora, semejante pestilencia.

—Sólo lo explica la costumbre, reverendo padre, mi hermano en el Señor San Francisco de Asís. Pero todo el mundo sabe que esta mañana se abrió una grieta en la calle del Pez por la que salían los olores del infierno.

—¿Y cuáles son, Reverendo Padre, esos olores?

—Si hemos de creer en lo que dice la tradición, olor a azufre, ni más ni menos.

—Dicen que es un olor salutarífico, y sé de muchos lugares donde se usa para fumigar el aire de espíritus malignos. Los demonios no lo resisten, por eso lo arrojan fuera del infierno en cuanto surge una ocasión. Lo de la calle del Pez habrá sido efecto de una de esas ventilaciones.

— ¿Y es para hablar del azufre para lo que me visita tan de mañana, padre Villaescusa?

—No me hubiera atrevido, Excelencia, a molestarle por tan poca cosa, sobre todo cuando las causas son de dominio público. Pero algo ha sucedido esta noche que justifica mi madrugón, y esta impertinencia de venir con cuestiones graves en domingo. ¿Puedo hablar sin reservas?

—Lo que se dice en esta sala, lo que en ella se oye, es secreto de confesión.

—Eso me tranquiliza. Pues la cuestión se dice en pocas palabras: Su Majestad se fue de putas esta noche.

El Gran Inquisidor pegó un respingo, pero el padre Rivadesella se limitó a sonreír.

—¿Qué me dice?

—Lo que ya sabe todo el mundo en palacio, Excelencia, lo que empieza a saberse en la villa.

El Gran Inquisidor meneó la cabeza con gravedad de dómine.

—A ese muchacho habría que vigilarle las compañías.

—¿De qué manera, Excelencia, si en palacio hay salidas secretas y servidores corruptos? Y también hay, y a eso voy principalmente, un confesor del Rey ochentón y de manga ancha, que todo lo perdona con las más leves penitencias, y que, como todo el mundo sabe, es tolerante con los pecados de la carne, acaso, y Dios me perdone si pienso mal, porque él los haya cometido.

—Él, en ese caso, es el Rey, ¿verdad, padre Villaescusa?

El capuchino se sintió molesto por la mirada del Gran Inquisidor, y bajó la cabeza.

—Evidentemente, Excelencia. Al Rey me refería. Pero no voy por eso a dejar que se pierda en el olvido la cuestión del confesor. Recuerde Vuestra Excelencia que se llama el padre Pérez de Valdivielso, un converso sin duda.

Volvió a meditar, brevemente, el Gran Inquisidor.

—Los judíos no se caracterizan por su tolerancia. Recuerde a mi antecesor Torquemada.

—Los judíos, Excelencia, buscan la destrucción de los reinos de España, y nada mejor que empezar por su cabeza.

—¿Por la cabeza de los judíos, padre Villaescusa? La desconozco. —Hizo una pausa y miró a los frailes—. Alguna vez oí hablar del Gran Sanhedrín, pero creo que son leyendas.

—Y el Gran Turco, ¿también lo es?

El Gran Inquisidor había comenzado a jugar con una pluma de faisán cortada para su escribanía de plata repujada, obra, indudablemente, de moriscos.

—No, ciertamente; pero el peligro no viene de ahí.

—En efecto, Excelencia: el peligro nos viene de Inglaterra, de Francia, de los Países Bajos, de Alemania, y de Turquía, además. Pero, ¿quién sino los judíos los mueve a todos contra nosotros?

El padre Rivadesella, que llevaba un buen rato callado, metió baza:

—¿Contra usted y contra mí, padre Villaescusa? Porque supongo que dejará fuera de esa conspiración al Señor Inquisidor.

—Donde dije nosotros, quise decir las Españas —respondió con énfasis el capuchino; y los otros dos exclamaron:

— ¡Ah!

Se había recalentado la mañana y aun en aquel salón, protegido de gruesos muros, hacía bochorno. Al padre Villaescusa le resbalaban hasta la barba, donde quedaban temblando, las gotas de sudor. Al padre Rivadesella, como estaba afeitado, no le bajaban de la mejilla: allí se acumulaban, desde allí exhalaban su hedor. En cuanto al Gran Inquisidor, a éste no le sudaba nada visible, lo cual le permitía mantenerse respetablemente quieto; quizá también con la mente razonablemente fría. De todos

modos, el padre Villaescusa había osado sacar un pañuelo de color verdoso y se enjugaba la frente.

—En resumen, Reverendos Señores, que, de una parte, la villa huele a azufre, lo cual corrobora la presencia del Diablo, que me fue denunciada oportunamente por un espía especializado de mi confianza. Y resulta de la otra que nuestro joven Rey, apenas veinte años, se fue de putas...

—Reducida a esos términos, Excelencia, la cosa no pasa de mera anécdota. Pero, ¿y la trascendencia? ¿Podemos olvidar que la Armada de Indias está a llegar, y que en Flandes se prepara una gran batalla? Vistas de esa manera, las cosas cambian...

El Gran Inquisidor, con aire bastante aburrido, meditó.

—Cambian, en efecto, padre Villaescusa. ¿Y qué propone su paternidad para atajar el mal?

El padre Villaescusa comprendió claramente, por primera vez, lo que venía sintiendo en lo más oscuro de sus entrañas: que dependía de su palabra el porvenir del mundo. Y no se apresuró a responder, ni lo hizo con arrebatos, sino sosegadamente.

—En primer lugar, Excelencia, propongo para esta tarde una reunión de la Suprema, con la participación de los teólogos más acreditados de la villa. Y, en segundo lugar, como medida de precaución, que se saque de palacio al confesor del Rey, conocido judío, y que se meta en las prisiones del Santo Tribunal a esa Marfisa...

—Que no es judía, sino cristiana vieja, y buena cumplidora de los mandatos de la Iglesia. Estoy seguro de que, a esta hora, obedece el precepto de asistir a la misa dominical, y que estará en su parroquia.

—Propongo que se la encierre por sospechas de endemoniamento. La actitud del Rey, desde que llegó a palacio, esta mañana, es altamente sospechosa: anda metido un sí, como pasmado. ¿Y quién sino ella, puede ser la responsable? Meterla en un calabozo a pan y agua me parece una sabia medida de precaución. En cuanto al confesor del Rey...

—... a quien usted distingue con su afecto... —intervino el padre Rivadesella.

—No lo amo más de lo que puede amarse a un prójimo peligroso, reverencia.

—Ya se ve: pero yo no puedo olvidar el que el padre Valdivielso es franciscano.

—El hábito no hace al monje.

—En este caso, ¿quién sabe?

Parecía que los dos frailes iban a reproducir la antigua y acreditada contienda entre las diversas y enemigas ramas filiales de San Francisco. El Gran Inquisidor atajó con una mano decidida.

—Se hará todo lo que pide, padre Villaescusa, se hará lo más rápidamente posible. Por lo pronto, quedan ustedes dos convocados para la reunión de la Suprema, esta misma tarde, pero no demasiado pronto, a causa del bochorno. Pongamos a las cinco.

El padre Villaescusa inclinó la cabeza.

—Me parece una hora no usual pero acepto.

—Entonces, váyanse.

Cuando los dos frailes se hubieron despedido, y se les suponía fuera del edificio del Santo Tribunal, el Gran Inquisidor movió suavemente la campanilla. Entró un fámulo.

—Dile a mi criado Diego que venga.

El criado Diego pasaba de los cincuenta años, tenía aspecto de santurrón y, por debajo, una sonrisa cínica.

—Ya sabes dónde vive Marfisa. Vete a verla y dile una sola palabra: escóndete. Y haz el recado volando.

—Sí, Excelencia.

El criado Diego salió, sin cambiar de sonrisa, y el Gran Inquisidor, ayudado por el bochorno, y por los buenos recuerdos de los veinte años que había pasado en Roma, joven y dominado por la pasión teológica, se entregó dulcemente a los placeres de una cabezadita.

8. Al Rey lo fueron a encontrar a la puerta de las estancias secretas, que mucha gente llamaba también prohibidas. La gran llave de hierro continuaba puesta, y el Rey, arrimado al quicio, parecía en éxtasis, lo cual quiere decir que tenía cara de bobo. No respondió a los primeros requerimientos de su ayuda de cámara, y sólo cuando fue sacudido con cierta fuerza, en su rostro aconteció algo semejante al despertar de un sueño. El reloj de palacio daba las campanadas de las once, y el ayuda de cámara le susurró, primero, y le gritó después:

—Majestad, que es la hora de ir a misa, y toda la corte espera. Su Majestad tiene que cambiar de ropa.

El Rey, todavía con telarañas en los ojos, se dejó llevar.

—Sí, tengo que cambiar de traje. Sí, tengo que ir a misa con la corte. ¿Estará allí la Reina?

El ayuda de cámara le condujo hasta los aposentos reales por pasillos apenas frecuentados a aquella hora del día, quizá por lo mucho que lo eran de noche: de allí partían los pasadizos secretos, los vericuetos por los que se deslizaba el pecado nocturno. Pronto, el Rey se encontró frente a su gran espejo, y al ayuda de cámara con dos trajes en las manos.

—¿De negro o de azul celeste, Majestad?

Casi sin pensarlo, el Rey le respondió que de negro, y, cuando se halló vestido, requirió el collar de oro para romper un poco aquella oscura monotonía. Ya golpeaban a la puerta, y preguntaban si el Rey estaba dispuesto.

—¡En un periquete va! —respondió el ayuda de cámara, y se apresuró a abrir la puerta.

Una saleta, y, más allá, el salón donde la corte esperaba: el más visible, el Valido, pero visible también la Reina, linda y pícara, y un poco también burlona, en contraste su rostro con tanta seriedad como la rodeaba. El Rey se dirigió hacia ella, la saludó y le ofreció el brazo; pero su rostro no dejaba de parecer embobado, y la gente empezó a cuchichear. Antes de llegar a la capilla, se oían las trompeterías del órgano, y las voces concertadas del coro. Delante del cortejo, cuatro monagos vestidos de blanco y rojo hacían diabluras con los incensarios, y aquel poco humo oriental despertaba en los cortesanos la sensualidad secreta. La capilla, que venía del abuelo del Rey, era sencilla e imponente. La corte apenas cabía. Se fueron acomodando como pudieron según sus jerarquías. Los condes y los vizcondes se quedaban de pie: entre ellos se situó el de la Peña Andrada, muy peripuesto, a la inglesa vestido, rutilante. Todo el mundo parecía conocerle, y le saludaban con sonrisas. Alguien susurró a su vecino:

—Dicen que es el que esta noche fue de putas con el Rey.

—Pues ya se lo pagará el Señor en su Gloria.

La misa la decía el padre Villaescusa, y el Nuncio de Roma ocupaba un sitial en el presbiterio. Quizá fuese el mismo Nuncio el más sorprendido del talante críptico y en cierto sentido tenebroso de la plática del capuchino, que no entendió nadie, y, menos que

nadie, el Rey, siempre con la mirada perdida en sabe Dios qué tinieblas y la expresión bobalicona, que no le había abandonado. La única novedad era la de que, de vez en cuando, dirigía la mirada a la Reina, aunque no a la Reina propiamente, sino al lugar donde debía estar su escote, cuidadosamente tapado a la española por terciopelos exquisitos y joyeles discretos. A la Reina, su primera dama le daba de vez en cuando un codazo, «Majestad, el Rey la mira», pero, cuando la Reina volvía la cabeza, la mirada del Rey se había desviado ya hacia los contornos de sus recuerdos.

—Quiere saber si la Reina tiene tetas —exclamó un bufón malicioso, que recibió en la nalga el castigo de un agudo pellizco.

—¿Quién se atreverá a escrutar los misterios de la voluntad divina? —tronaba el padre Villaescusa—. A los que lo intentaron, el Señor los castigó con la locura o la muerte. Él dijo: «Yo soy el que soy», y para que no enturbiásemos la pureza de su conciencia, nos dejó su decálogo: «... no matarás, no fornicarás, no cometerás adulterio...» Se dirigió aparentemente a cada uno de nosotros, pero, en cada uno de nosotros está representada la humanidad. Y ahí nos dejó para asombro de todos y ejercicio de humildad, el misterio de las responsabilidades. Se dirige a cada uno, pero la responsabilidad se reparte entre todos. Si peca el padre, lo paga la familia; si el Rey, su pueblo; si el Papa, toda la cristiandad...

Cuando habló de fornicar, nadie se dio por aludido; cuando de adulterio, muchas damas se sintieron más inocentes de lo que aparentaban, pero cuando aseguró que la familia pagaba los pecados del padre, el Valido pensó en su mujer, que allí estaba, a su lado, con sonrisa feliz y los ojos semicerrados. ¿Pensaba, como siempre, en los placeres del lecho? Hacía tiempo que el Valido se había convencido por sus propios medios intelectuales, algo mezclados de temor, eso es lo cierto, de que la esterilidad de su matrimonio se debía a la afición de su esposa a los juegos conyugales; a cómo se le arrejuntaba en la cama y lo provocaba; a cómo se remangaba el camisón más arriba de lo indispensable. Pero, por otra parte, su confesor le había dicho que nada de aquello era pecado. ¡Ah, qué misa aquélla! El Nuncio miraba al predicador y decía casi en voz audible: «Pero, ¿qué dice este energúmeno?» Los presentes hallaban en las palabras del padre Villaescusa razones para declinar torcedores de conciencia. Y el conde de la Peña Andrada se había ausentado de la capilla antes de la elevación, aunque sin hacer ruido: se había deslizado como una anguila y había recobrado después su puesto, al terminar la comunión, como si nada. Al conde de la Peña Andrada, en el salón, después de misa, cuando hacía la reverencia al Rey, éste le mandó cubrirse, con gran estupor de la corte entera y, sobre todo, del Valido. Pero esta gran sorpresa no fue la que se comentó en los corrillos del atrio de San Felipe, sino lo de que Su Majestad, en voz baja y cautelosa y con cierto disimulo, hubiese susurrado a la camarera mayor de la Reina, la persona más próxima a ella según el protocolo :

—Dile a Su Majestad que quiero verla desnuda.

—Vuestra Majestad está loco.

La cara que puso la dama fue más allá del estupor, pero le quedaron fuerzas para desahogarse con su amiga más próxima, y ésta con su vecina, y así, la noticia en seguida dio la vuelta al salón, y llegó hasta el padre Villaescusa, llegó con su carga de espanto y de clarividencia; comprendió que, de tanta gente, sólo él tenía la razón del Señor repartida entre el corazón y la cabeza, y sólo él sabía cómo había que obrar. El capuchino no se desvistió: con ornamentos y casulla, permaneció en el altar, y, al bajar de él, se hizo preceder por la cruz y los ciriales; de esta guisa deambuló por pasillos y crujías, de modo que, cuando el Rey se acercó a los aposentos de la Reina, con ánimo de entrar, él se hallaba delante. Y cuando el Rey alargó la mano hacia el picaporte, la cruz se le atravesó ante la puerta, en ángulo inclinado sobre el eje vertical, y en los ojos encendidos del

padre Villaescusa pudo leer el Rey un veto indiscutible. Soltó su mano el picaporte, se santiguó y giró sobre sí mismo. El Valido estaba allí, y el Rey le confió:

—Quiero ver a la Reina desnuda.

Y se marchó con el mismo rostro pasmado, aunque en sus pupilas ya brillaba la esperanza.

9. Lucrecia acudió a la puerta, alarmada por la fuerza del campanillazo; pero, al ver al criado Diego, se echó a reír.

—¿Eres tú, perillán?

—Vengo a ver a tu ama, en secreto y con urgencia.

Marfisa se hallaba en el baño, medio dormida entre las caricias del agua tibia. La llegada de Lucrecia la despertó, y el recado de la urgente visita del criado Diego la sacó repentinamente de quicio, porque los recados del Gran Inquisidor no solían ser tan madrugadores.

—Será cosa del calor que hace, y que hoy es domingo. Échame una toalla que tape el baño, y que pase.

Cuando el criado del Gran Inquisidor la vio, deploró que hasta las putas, incomprensiblemente, sintieran pudor.

—¿Qué te trae? —le preguntó Marfisa y él le respondió:

—Una sola palabra: escóndete.

Se miraron. Se entendieron. Marfisa apenas susurró:

—Está bien. Vete.

Y el criado Diego lo hizo, sin atreverse a curiosear en lo que se ocultaba debajo de la toalla, aquello que, alarmada Marfisa, ya empezaba a emerger. Marfisa llamó a Lucrecia.

—Pronto. Ayúdame a vestirme. Un traje de hombre. Y prepara lo más indispensable en un petate ligero.

Antes de que Lucrecia hubiera acudido con la ropa interior, ya Marfisa, desnuda, aunque enjuta, recorría el dormitorio y abría los armarios.

—Ése no, que es muy llamativo. Éste, castaño, que es de más disimulo. De la ropa interior no te preocupes: la más basta que haya, la de menos lujo.

Se vistió sola, y quedó hecha un garzón de cabellera rubia y un mechón que le nublaban los ojos y los disimulaba. Marfisa se probó dos sombreros: se quedó con el que mejor la cubría.

—Ahora me voy, y tú cierras la casa y te acercas al mentidero, bien velada, que no te reconozcan, y te enteras de lo que se cuenta, y publicas lo que pasó esta noche en esta casa. No lo tuyo del conde, que eso no le interesa a nadie, y duerme esta noche en casa de una amiga, o de quien quieras, pero escápales a los del Santo Oficio, que si no me hallan a mano, pueden contentarse contigo y someterte a tormento, para que digas dónde me escondo. ¿Cómo lo vas a decir, si no lo sabes? Por eso, como aunque te den tormento no podrás confesar, será mejor que no te cojan. No dejes de ir a misa al monasterio de San Plácido, que ya me las arreglaré para mandarte noticias. A la misa de nueve, ¿eh? No se te ocurra demorarte en el lecho con algún lindo que te plazca o con algún perulero que te pague. Yo, ahora, me voy. Y tú vete también, lo más pronto que puedas. Adiós.

Marfisa cogió el petate, caló el chapeo hasta esconder el rostro debajo del ala, y salió. Dando un rodeo, aunque no largo, se encaminó al monasterio de San Plácido. Se

cruzó con gentes endomingadas que hablaban de los milagros de aquel día, y pudo enterarse, por alguien que lo comentaba a voces, que Su Majestad el Rey había expresado el deseo de ver a la Reina desnuda.

—¿Adónde vamos a parar? Si el Rey no da el ejemplo, ¿de quién vamos a recibirlo?

Al llegar a la portería del monasterio, pidió ver a la abadesa, que en el mundo había sido una señorita de La Cerda.

—¿De parte de quién le digo que quiere verla? —preguntó la tornera.

—Dígale que de parte de Marfisa. Y recoja, de paso, esta limosna para el cepillo de los Desamparados.

Tintineó el oro. La tornera alargó la mano ávida. Sus pasos resonaron por las losas de la portería y se perdieron en claustros y pasillos. Marfisa se sentó a esperar. Hacía calor, y se quitó el sombrero para abanicarse. Era hermosa la cabellera de Marfisa, y verla así, de garzón, hubiera hecho pecar a más de uno que reprimía deseos inconfesables. Se repitieron los pasos, esta vez dobles y en sentido contrario: de ellos, unos sonaban con autoridad; los otros, con timidez. La tornera abrió una puertecilla y rogó a Marfisa que pasara. Tras ella, cerró la puerta con doble llave. La abadesa la esperaba, sonriente.

—Ya sé que te has anunciado con una limosna espléndida.

—La ganancia de una noche, que ofrezco a Nuestra Señora de los Desamparados.

—¿Qué te trae por aquí?

—Busco refugio contra los alguaciles de la Santa.

—¿Se han metido contigo?

—Van a meterse.

—Puedo mandar a mi primo, el Gran Inquisidor, recado de que te deje en paz.

—A su amabilidad debo la advertencia.

—¿Entonces...?

—Una monja más, en este monasterio, no llamará la atención de nadie.

La abadesa la cogió de la mano.

—Ven conmigo. Es una pena que hayas de ponerte el hábito, porque estás muy hermosa. Pero puedo asegurarte que no te exigiré que te cortes el pelo, aunque sí que no te vea el capellán, que es un sujeto raro.

Sin soltarla, atravesó con ella una gran puerta de cuarterones, y la llevó por los frescos vericuetos del monasterio. A través de alguna ventana, verdeaban las plantas del jardín, y se escuchaban trinos de aves menudas, recogidas en —o acogidas a— aquel frescor. La madre tornera se quedó pensando que por qué razones la abadesa metía a un mancebo tan hermoso en la clausura, pero, como otras tantas cosas que no entendía, ahuyentó la pregunta de la mente. También tenía calor, y en aquella soledad le estaba permitido remangarse los hábitos y refrescar un poco la entrepierna en el aire que entraba por algún agujero.

10. Por la calor, la gente había dejado la capa en casa. Se abanicaban con lo más a mano, y muchos aparecían ligeramente despechugados, pechos peludos de machos redundantes, tal en oscuro, tales en gris. Los corros se habían congregado aquí y allá, sobre las gradas, o en el centro del atrio, o en las esquinas, hasta pisar las mismas piedras del umbral sagrado. Clérigos de bonetes puntiagudos iban de aquí para allá. Y el sol caía con fuerza. El corro más nutrido rodeaba a Lucrecia, bien tapada, que a veces se levantaba un resquicio del velo y rogaba al más próximo que le soprase en la garganta sudada. Había contado ya la aventura de su ama con el Rey, y empezaba a describir con

abundancia de detalles la suya con el conde, pero aquel extremo no le importaba tanto al concurso.

—¿De modo que cuatro pecados mortales?

—Y un gatillazo.

—Pues cuatro la misma noche es el tope que los teólogos ponen a las exageraciones de la carne.

— ¡A saber si fueron cuatro! Tú no estabas delante.

—Pero lo sé de buena tinta.

—Y nosotros sabemos que Marfisa es devota de la monarquía. ¿Cómo iba a dejar mal al monarca? *Quator eadem nocte* es una cifra que acredita a cualquiera.

—Para mí, lo único creíble es lo del gatillazo —dijo un cura narigudo y entrado en años—. Lo demás son fantasías de Marfisa, que acreditan, más que su fidelidad a las instituciones, su orgullo profesional. ¿Qué menos, para una mujer como ella, que cuatro pecados capitales? Se me están ocurriendo unos versos...

—¡Dígalos ya, don Luis, si es que los tiene en la mente!

—Sólo cuatro, de momento, que pueden ser primeros de una décima:

*Con Marfisa en la estacada
entraste tan desguarnido,
que su escudo, aunque hendido,
no pudo rajar tu espada.*

—¡Muy buenos, don Luis! ¡Prometen una décima inmortal!

—Eso que dice el cura es una canallada. El Rey pecó cuatro veces, y, a la quinta, se durmió. ¡Pobrecito! Mírese como se mire, además de Rey, es un muchacho.

—Tú cállate, alcahueta. ¿Por qué vamos a creerte, y no a don Luis? Él es hombre de experiencia.

—Me gustaría saber qué haría en la cama con Marfisa.

El llamado don Luis alzó las cejas y sonrió tristemente.

—Tiene razón la moza. ¿Qué iba a hacer yo en la cama con Marfisa, sino contemplarla y buscar unas metáforas? Un soneto también, quizá: pero a ver quién es el guapo que se atreve a pintar, aunque sea en verso, a una mujer desnuda.

E hizo con las manos una señal alusiva a la Santa Inquisición.

Fue en ese momento, quizá, o quizá algo más tarde, cuando alguien recién llegado armaba el alboroto en otro corro, un alboroto morrocotudo que dejó a Lucrecia sin clientela, y, de momento, sin continuación la décima de don Luis. El recién llegado juraba por sus muertos que el Rey, no hacía ni una hora, a la salida de misa, había expresado a voces y sin la menor precaución, que deseaba ver a la Reina desnuda. «¿"Deseo", dijo, o "quiero"? Porque no es lo mismo.»

Fue una carcajada general, una carcajada rijosa y estentórea, provocada por el modo que cada uno de los presentes tuvo de imaginar al Rey contemplando a la Reina en pelota: si de día o de noche, si con sol o a la luz de los candiles. Salieron a relucir, de labios gruesos bajo bigotes retorcidos, recuerdos a los cuatro pecados del Rey con Marfisa y el comentado gatillazo, chanzas de color subido y suposiciones irrespetuosas, hasta que un caballero estirado, de ascético semblante y mirada dogmática, hizo callar las risas con un imperioso «Caballeros, repórtense», dicho en tono tan dramático, que, de

repente, fue como si se pusiera el sol. El corro se calló y todo el mundo miró a aquel severo enlutado en cuya mano, extendida hacia el centro del cotarro, puesta sobre el pecho luego, parecía haber recaído el honor de la Reina. Pero no fue de ella de quien se habló cuando el silencio dejó lugar a su palabra, sino que dijo:

—¿Qué clase de insensatos son Vuestras Mercedes, que así se regocijan de lo que puede traernos calamidades, y las traerá de seguro si no se pone remedio? —Nadie le respondió, sino con miradas y rostros sorprendidos, y él continuó—: No sólo los protocolos de la corte se oponen a semejante disparate, sino que también lo impiden las leyes de Dios y de la Iglesia. El varón puede acceder a la mujer con fines de procreación y, si sus humores se lo exigen, para calmarlos, pero jamás con intenciones livianas, como lo sería la de contemplar desnuda a la propia esposa.

Lucrecia, al verse solitaria, se había incorporado al grupo.

—¡Pues bien que miraba el Rey a Marfisa desnuda, cuando se despertó, esta mañana, mientras ella dormía!

El caballero de la mano al pecho se volvió hacia ella.

—No es lo mismo, señorita ignorante, mirar a una prostituta, que para eso está, cine a la esposa, recibida en santo sacramento, por muy francesa que sea, porque, aunque las francesas son livianas por naturaleza, al atravesar los Pirineos se contaminan de nuestras virtudes y aceptan nuestras costumbres y protocolos. El cuerpo de la esposa es sacrosanto; se le puede tocar, mas no mirar.

—¡Pues hay dedos que tienen ojos! —respondió desvergonzadamente Lucrecia; y el caballero de la mano al pecho la miró con desprecio tan fulminante, que la muchacha, apretando el velo con la mano, salió pitando del corro y de la plaza, y se perdió en la calle Mayor, hacia la Puerta del Sol.

—Ya será una pelandusca —dijo alguien; y otro desconocido, aunque de muy buen porte, corroboró:

— ¡Una pelandusca cuya voz no me es desconocida! Juraría que es la criada de Marfisa.

Todo el mundo se volvió hacia él, incluido el caballero de la mano al pecho, y todos pensaron que quien conocía así a la criada, no debía desconocer al ama. Y le tuvieron envidia. El caballero bien portado saludó y se fue. El corro comenzó a deshacerse, tal para aquí, tales para acullá. El clérigo llamado don Luis se marchó en compañía de un par de incondicionales.

—Y esa décima, don Luis, ¿está ya concluida?

—Me arrebató la inspiración ese imbécil de la mano al pecho, pero les aseguro que no pasará de esta noche su conclusión. ¡Pues no faltaba más!

CAPÍTULO II

1. LA CELDA OUE OCUPABA el Gran Inquisidor en la casa del Santo Oficio, no correspondía, en sus proporciones, al poderío del inquilino, aunque sí a su persona: era grande, bien conformada, de paredes encaladas y vigamen oscuro, con muebles ennegrecidos por el tiempo, y una alcobita en que el Gran Inquisidor escondía su yacija, que no por llevar ese nombre era necesariamente incómoda. Detrás de la gran mesa guarnecida de terciopelo colgaba un cuadro en que se figuraba a María Magdalena penitente en una cueva; la gran cabellera increíble dejaba ver los resquicios de un cuerpo dorado; en las otras paredes, dispuestos según el principio de simetría más absoluto, dos series de cuadros con la vida y las tentaciones de san Antonio, equilibrando el conjunto: la una, a la derecha, de mano flamenca, donde las mujeres desnudas eran feas, y la otra, a la izquierda, de mano italiana, donde las mujeres desnudas eran bellas. El tintero, de doce plumas, ocupaba una esquina de la mesa, y el brasero, de bronce y cuero, había sido repujado por artifices cordobeses, probablemente moriscos, pero estos orígenes dudosos no inquietaban la conciencia del Gran Inquisidor, templada en las tolerancias de la corte romana. En el rincón del fondo, con la luz y la ventana viniendo de la izquierda, tenía instalada la camilla, que usaba para comer y para calentarse las piernas en el invierno, desengañado de la utilidad, meramente decorativa y algo imponente, del gran brasero, que lucía en el centro de la habitación y echaba atrás al visitante con su imponencia. Los manteles simples, aunque dignos; la vajilla, de buena plata antigua; la comida, a lo que podía verse, abundante y sencilla, pero el Gran Inquisidor se servía con parquedad, y lo que no se comía el criado Diego, dotado de mejor diente y más manifiesta gula, regresaba a la cocina para festejo de pinches y otros subalternos. Hoy se había servido por todo plato una sopa y truchas a la navarra, y, para postre, uno de los confites de hojaldre y huevo que elaboraban para él y para otros magnates las madres de Santa Clara, la Antigua (las de Santa Clara, la Nueva, se habían especializado en escabeches, que no regalaban, vendían, porque, siendo más nuevas, eran más pobres. De todas suertes, el Gran Inquisidor no ignoraba los sabores de sus bacalao, pura delicia para el paladar atribuida a la intervención directa de los ángeles, aunque no por el Gran Inquisidor, quien, al respecto, sabía a qué atenerse).

Había un pájaro en la celda, ejemplar quizá perdido de la tribu emigratoria, si no engañado por la tibieza del aire. Dio unas vueltas, tropezó aquí y allá, y salió al jardín por la misma ventana por la que había entrado. El Gran Inquisidor no hubiera podido explicar por qué siguió su vuelo con envidia.

El criado Diego, sentado en un escabel, había dejado aparte la escudilla de sopa, varía ya, y limpiaba de espinas la trucha con su navaja cachicuerna. Tenía también al lado, en el suelo, un gran vaso de peltre colmado de morapio. El Gran Inquisidor, jugueteando con la cruz pectoral, parecía haberse transido, después del vuelo del pájaro, de modo que el criado Diego masticaba ruidosamente sin miedo al rapapolvo. Pero el prelado despertó y le llamó al orden.

—Diego, me has interrumpido una posible siesta con los chasquidos de tu lengua y ese tornado que provocas al masticar. Te agradecería que comieras con más comedimiento.

—¿Y qué más da, Excelencia, ahora que lo he despertado"? Por mucho cuidado que se ponga, señor, al comer siempre se emiten rumores.

El pájaro, en su vuelo, rozó el cristal de la ventana con rápido, efímero ruido.

—Y, a propósito de rumores, Diego, ¿qué se dice hoy por la corte?

El criado terminó de masticar el pedazo de trucha que sus dedos grasientos habían llevado a la boca. Las manos del criado eran grandes, y cuando hurgaban en el plato, lo cubrían.

—Un fraile capuchino, de los de Medinaceli, tocó a rebato, como si hubiera fuego, y a la gente que se juntó echó un sermón incendiario contra los pecados de los grandes que al pueblo le toca pagar, o, por lo menos, contrarrestar por medio de penitencias públicas por los daños que no ha cometido. Esto tenía también algo que ver con una serpiente boa y un bellissimo diablo. Le aseguro, Excelencia, que la gente habría puesto fuego al Alcázar si el fraile se lo hubiera ordenado, pero se limitó a organizar procesiones a deshora, una en un barrio, otra en otro, y así, con cantos penitenciales y él mismo al frente de alguna de ellas arrastrando una cruz. La gente está que arde y el que más y el que menos espera salir a la calle cargado de cadenas. Eso excita mucho a las mujeres, y cuando vuelven a casa, derrengados, se las encuentran cachondas, y tienen que hacer una segunda penitencia.

—¿Y en el mentidero?

—En el mentidero, Excelencia, se trató de tres temas, digamos que por su orden: al principio todos hablaban de Marfisa, Vuesa Excelencia sabe a quién me refiero: que si es así, que si es andando, que si tiene las tetas derechas o empiezan a caérsele.

El pájaro que revoloteaba por el jardín, y que a veces gritaba, no podía sugerir la imagen de unas tetas, ni caídas ni derechas: Su Excelencia lo lamentó.

—Después, que si el Rey había pasado la noche con ella, por lo cual Su Majestad creció dos o tres puntos en la estimación de los presentes, aunque no hayan faltado maldicientes que rebajaron a nada la acometividad real; por último, señor, se siguió hablando del Rey, pero esta vez porque se dijo que había pedido a voces ver a la Reina desnuda. Y aquí, señor, las opiniones se dividieron, porque algunos, pocos, lo consideraban un mal ejemplo, y muchos, los más, como el ejemplo que había que seguir, y dejarse de gaitas y consideraciones. Como que un caballero bien portado, aunque con aire de perulero más que de hidalgo, profirió más o menos estas palabras: «Si el Rey consigue ver a la Reina desnuda, todos tendremos pretexto para desnudar a nuestras hembras, sean esposa o querida, y se desnudarán todas las de estos reinos, y las mujeres de las Indias, y acabarán desnudas las mujeres del mundo entero, si se pone de moda, lo cual va siendo hora de que suceda, porque de camiones largos y de disputas por levantarlo un poco más, estamos tan cansados nosotros como ellas. El único peligro, y éste meramente imaginario, estriba en que se determinen a salir desnudas a la calle, o con trajes tan transparentes que se les trasluzca todo, pues ya sabemos las ganas que tienen las mujeres de publicar sus secretos.» Puedo decir a Su Excelencia que en el corro donde esto se decía no había curas, y si había alguno, no vestía ropa talar, y no estuvo disconforme con la opinión del perulero.

—Los viejos principios, Diego, están perdiendo vigencia, los tiempos cambian y la gente piensa distinto. No tengo nada contra el desnudo en privado, sobre todo a oscuras, pero sacarlo a la calle es como quitar la sal a la comida. No sé qué va a ser de nosotros.

—Como que se dice por ahí, y ya hace tiempo, que abundan los cabrones consentidos, y que qué va a suceder si la cosa cunde.

—Eso te digo, Diego. ¿Qué va a ser de nosotros? De ti y de mí, por ejemplo.

—Por lo que a mí respecta, Excelencia, me queda poco de vida, y, con tal de que haya vino...

Apuró el que quedaba en el vaso. El Gran Inquisidor cerró los ojos y recordó los viejos tiempos de Roma. El ave pasó rozando los vidrios de la ventana y se escondió en el alto ciprés que centraba el cuadrado del patio.

2. Primero fue un *Te Deum*, a cuatro voces mixtas, con reiterada intervención del órgano, que unas veces quedaba por debajo, como quien sirve de soporte a las piruetas melódicas, y otras, las perseguía en su complicada ascensión: *laudamus, laudamus, laudamus*, hasta chocar y reflejarse en las altas bóvedas; otras, por fin, las excluía del torrente sonoro, y era él solo en subir y colmar el ámbito con los resoplidos de su abundante tubería; una música de mucho mérito, traída de Roma, concebida para la inmensidad del Vaticano, que en aquella capilla de mediana holgura venía un poco grande: como que a veces vibraban las paredes y se estremecían las columnas. Luego, el sofoco del incienso y del calor, como que alguien se privó y hubo que sacarlo afuera y socorrerle con aguardiente y aire fresco: era un mercedario escueto, especialista en la cuestión *De auxiliis*, que no tenía nada que ver con el orden del día, pero a quien no se podía dejar fuera de una consulta general como aquélla. Cuando terminó el *Te Deum*, se formó en el claustro la procesión; dos filas de hábitos variados y el Gran Inquisidor al cabo: muy tieso, aunque un poco distraído, indiferente a los pajes que soportaban su cola. Cantaban el *Veni Creator*, según el canto llano, que les resultaba más accesible que aquellas polifonías romanas, aunque lo cantasen con voces desganadas y bastante ásperas. No salía muy bien, pero daba igual. No todos los de la procesión entraron, sino sólo los que tenían asientos en la Suprema, bien como miembros titulares bien como teólogos invitados; o sea, consultores, y entre éstos figuraba un jesuita portugués, el padre Almeida, bastante joven aún, pero de rostro tostado por los soles brasileiros. El padre Almeida estaba de paso en Madrid: lo habían destinado a capellán secreto de una gente en Inglaterra, porque al otro capellán lo habían ajusticiado, lo que era tanto como admitir que al padre Almeida le quedaba poca vida; pero no parecía apesadumbrado ni entristecido, tampoco entusiasmado con su futuro martirio: se portaba con naturalidad, mucha más que la de sus compañeros, a pesar de la reputación de teólogo sabio que su rector proclamaba en la carta de presentación al Gran Inquisidor, con la que justificaba su presencia. El padre Almeida chocaba un poco entre los demás clérigos, porque llevaba encima de la sotana un cuello a la francesa, y porque, al desabotonársela por el calor, se le habían visto medias negras y calzón. Pero, como a extranjero, no se le tomaba a mal.

Después de acomodados en la sala de reuniones, en razón de jerarquías siguiendo un criterio piramidal, todavía se rezaron más latines, éstos sin música, y la cosa quedó como en el escenario de un teatro: el Gran Inquisidor en lo más alto, aunque la cola de su hábito bajase hasta los rangos inferiores y extendiese encima de las losas el triple triángulo de su remate; después venían los jueces propietarios, el padre Pérez, el padre Gómez, el padre Fernández y Enríquez de Hinestrosa, así hasta seis, con hábitos blancos, hábitos negros y hábitos combinados; de ellos gordos, de ellos flacos, regordetes de cara o estirados, reservados o expresivos: todo lo que en el mundo se sabía de Dios y de todo lo que he concierne estaba almacenado en los caletres de aquellos seis, que votaban las decisiones, y, en caso de empate, desempataba el Gran Inquisidor; quien, además, tenía el privilegio de vetar los acuerdos colegiados y sustituirlos por su opinión propia, caso que se daba pocas veces, sobre todo por el qué dirán. Más abajo se sentaban los distintos peritos: aquella vez uno por cada orden, incluidos los mostenses, los premostratenses, y algunas órdenes nuevas, como la *Societate Iesu*, a la que pertenecía el padre Almeida. Entraban y salían con sigilo, soplones, esbirros y demás

gentuza, a la que se prohibió la entrada un poco antes del juramento. A partir de éste, la gran sala del consejo quedó clausurada para el exterior: amplia y sombría, alumbrada de candelabros, la presidía un Cristo entre dos luces: poco Cristo y muchas velas para local tan amplio, donde lo que destacaba era el presidente. ¡Tan refinado, tan aburrido, allá arriba, en su sitial, casi nimbado, casi divino bajo el bonete de cuatro cuernos agudos! Solía echar un sueñecito después de tomar el juramento a los presentes y hacer el resumen de los temas, o los hechos que se iban a discutir; esta vez añadió la noticia de que la sospechosa Marfisa, que el Santo Tribunal había convocado y mandado prender, no había sido hallada. «Seguramente, alguien la previno, y huyó.» Y muchos lo lamentaron, sobre todo el padre Villaescusa, capellán de palacio, que sudaba en el rango de los peritos consultores. Pero aquella tarde no pudo dormir el presidente, porque los frailes de a pie chillaban, quizá porque el tono elevado de las voces cargase de razón a las ideas. Por lo pronto, el padre Villaescusa manifestó su disconformidad con la exposición que se hizo de los hechos, de tal modo redactada que daba la impresión de que se habían reunido a causa de unos pecados veniales del monarca. No es que hubieran mentido, ¡él no decía eso!, sino que se habían contado sin intercalar censuras, comentarios o condenaciones. «¡Nada de pecadillos! ¡Un verdadero adulterio y una verdadera profanación del santo sacramento del matrimonio!» Y aquí fue cuando el padre Almeida, el jesuita transeúnte y destinado al martirio, se levantó y pidió la palabra.

—Es para manifestar mis dudas de que se haya cometido adulterio.

—¿Va a negar Su Paternidad que el Rey pasó la última noche en brazos de una prostituta? —le preguntó el padre Villaescusa, extrañado al mismo tiempo que irritado, y con el mismo tono de voz que si el padre Almeida viniese de otro planeta y se hubiera expresado en lengua desconocida—. ¿O es que niega Su Merced la verdad de lo que acaba de sernos leído? Claramente se dice que el Rey pasó la noche en brazos de esa tal Marfisa.

— ¡Dios me libre semejante atrevimiento!

—¿Entonces? ¿Cuál es la opinión del padre Almeida?

—Sencillamente, dudo de que Sus Majestades estén casados, al menos delante del Señor.

Todo el mundo volvió la mirada hacia el jesuita portugués, y algo así como una ráfaga de incompreensión colectiva sacudió aquellas mentes esclarecidas. Hasta que el Gran Inquisidor, desde su altura indiferente, se dignó a examinarle con curiosidad, y fue él precisamente quien preguntó.

—¿Qué está diciendo, padre Almeida?

El jesuita seguía de pie, y aquella concurrencia de miradas reprobadoras no parecía afectarle. A la pregunta del Gran Inquisidor siguieron varias voces.

—Explíquese, explíquese.

Y el padre Villaescusa añadió:

—Lo que acaba de decir incurre en una doble sanción, de la Iglesia y del Estado, porque está usted atribuyendo a los Reyes nada menos que un concubinato.

—Sí, aunque ellos lo ignoren; pero la Iglesia no puede ignorarlo.

—Insisto, padre Almeida, en que sea más explícito —rogó, con voz apaciguadora, el del asiento eminente.

Cuando el padre Almeida pidió que le permitiesen quitar la sotana, porque hacía mucho calor, más que con hostilidad, la mayor parte de los miembros de la Suprema le miraban atentamente, ya no iracundos, sino estupefactos, y aunque casi todos pensasen que a aquel desconocido convendría examinarle a conciencia de ortodoxia, la mayor parte

de ellos había admitido, sin graves dificultades mentales, que no sería necesario el tormento, y que un hábil interrogatorio bastaría. Y entre ellos figuraban bastantes con reputación de hábiles interrogadores. El padre Almeida dobló cuidadosamente la sotana, y la dejó encima de su asiento, con el sombrero.

—Reverendos señores, no voy a citar a los santos padres ni a los sagrados textos. Sólo me permitiré recordarles la unanimidad de todos los moralistas y todos los teólogos en requerir, como condición básica del matrimonio, la libertad de los cónyuges. Ahora bien, nuestros amados Reyes, ¿eran libres al casarse?

Dirigió una mirada alrededor. Le escuchaban, pero no parecían dispuestos a contestarle, salvo el padre Villaescusa.

—¿Quién lo duda? Fueron interrogados según los trámites del ceremonial, y ambos dijeron que sí.

—¿Y podrían decir que no? Ruego a su paternidad que medite la respuesta.

El padre Villaescusa pareció dudar un momento. Luego, respondió.

—No entiendo la cuestión. El padre Almeida es demasiado sutil. No parece jesuita.

—¿Sutil, dice Vuestra Reverencia? Pues yo lo veo bien claro: se trata de dos príncipes imbuidos de esta condición; se trata de dos adolescentes, a los cuales se les ha enseñado la obediencia a sus padres, que, además, son Reyes. ¿Cómo podrían decir que no? Sin embargo, sus síes estaban condicionados por el doble carácter de príncipes y adolescentes. No fueron afirmaciones libres.

De entre la masa de expertos salió una voz cascada.

—Acaso el padre Almeida no se dé cuenta de que está poniendo en tela de juicio la más antigua de nuestras costumbres, la de que los padres acuerden el matrimonio de los hijos, así como la de recabar la anuencia de la Iglesia.

El padre Almeida se volvió al hablante, que era un fraile viejo de una orden secundaria.

—Yo no pongo nada en tela de juicio. Yo ni siquiera juzgo. Me limito a presentar a vuestras paternidades unos hechos indiscutibles, de los cuales, para este caso, y sólo este caso, me permito sacar consecuencias. Lo demás es de la incumbencia de este Santo Tribunal, no de la mía.

—Aun suponiendo que el padre Almeida tuviera razón, la ulterior consumación del matrimonio lo legaliza y santifica.

El padre Almeida no tuvo que cambiar de postura, ni siquiera mover la cabeza: su interlocutor se hallaba ante él, bien visible en su cólera contenida, pero evidente.

—Le ruego al reverendo padre Villaescusa que imagine por unos momentos que a un adolescente le dicen: esta noche tienes que entrar en la cámara de la Reina, y hacer esto y aquello. Y a la Reina le dicen: esta noche, el Rey entrará en tu cámara: déjate hacer, porque es tu obligación.

—Efectivamente, padre: era ésa su obligación. ¿Quién se atreve a dudarlo? La obligación de la esposa es recibir a su esposo en el lecho, y, como Su Paternidad dice, dejarle hacer.

—Admito que también fuese la obligación del Rey; pero, quien va obligado no va libre. —De seguir su doctrina, la mayor parte de los matrimonios serían ilegales.

—Eso, reverendo padre, no soy yo el que tiene que concluirlo. Me limito a mostrar a vuestras reverencias que los sucesivos accesos del Rey al cuerpo de la Reina fueron fruto del deber, no de la libertad.

—¿Olvida Vuesa Merced la obligatoriedad del débito conyugal?

— ¿Visto desde el Rey o desde la Reina? —arguyó rápidamente el jesuita.

—Yo lo entiendo como recíproco —intervino desde su altura un dominico de la Suprema—; aunque, naturalmente, en la mayor parte de los casos sea una servidumbre de la esposa, que no siempre está dispuesta y, sin embargo, debe acceder, en evitación de males mayores.

—Ése no es nuestro caso —respondió el padre Villaescusa—. El Rey no fue de putas porque la Reina le haya rechazado. Lo he investigado todo: el Rey hace varias semanas que no acude al dormitorio de la Reina. No ha habido, pues, rechazo que explique, sin justificarla, una infidelidad.

Fue en este momento cuando el Gran Inquisidor interrumpió la discusión con un bostezo: tan grande que casi se le desencaja la mandíbula; tan sonoro que apagó la respuesta del padre Almeida.

—Reverencias —dijo—, ¿no les parece que el primer punto de la discusión está suficientemente debatido? Nos consta que el Rey fue de putas, pero el padre Almeida, con su enorme sentido común, ha sembrado la duda de que los Reyes nuestros señores estén efectivamente casados. He dicho la duda, no la certeza. Se nombrará una comisión que lo estudie y dictamine. Queda en pie un pecado, en el aire otro, pero el que queda seguro es de la incumbencia del confesor, no de este alto Tribunal. Observo que Vuestras Mercedes están acaloradas. Yo también. Propongo un descanso mientras nos refrescamos con unas bebidas frías que he mandado apercibir. Se suspende, pues, la sesión por media hora.

Los asistentes que habían estado sentados, se pusieron de pie, con revuelo de hábitos de diversos cortes y colores. Los contendientes de aquella batalla dialéctica esperaron a que el Gran Inquisidor saliese, después de haber recogido (el Gran Inquisidor) las largas colas de la vestimenta. En la salida guardaron un riguroso turno de jerarquías, de modo, que sin mirarse, el padre Villaescusa y el de Almeida salieron emparejados. En el claustro les esperaban los refrescos.

3. Se distribuyeron por afinidades teológicas y por la afición a determinadas bebidas: quiénes al agua de cebada, quiénes a la zarzaparrilla, quiénes a la popular horchata, salvo el Gran Inquisidor, que prefirió un vaso de frío clarete bebido en su copa etrusca, una joya que había traído de Italia, adquirida tras misteriosos y arriesgados tratos en los que había intervenido un cardenal de la Santa Curia y una prostituta de claro linaje, muy afecta a los intereses de la Santa Sede, de la que había recibido un título de princesa que arrastraba por lechos ilustres, o al menos ricos: acariciaba Su Excelencia el exquisito cristal mientras paladeaba el vino, y tanto sus dedos como su lengua se estremecían de recuerdos gloriosos. Miraba, desde su altura, a sus colegas, y salvo el padre Enríquez, que era hermano de un grande de España, metido a fraile por un fracaso amoroso, y el padre Almeida, evidentemente distinguido, consideraba a los demás como patanes atiborrados de textos en latín, malolientes algunos, toscos de modales los demás, venidos de la gleba, fugitivos del arado. Alguno de ellos sería pronto obispo. ¡Dios mío, ojalá lo fuera de tierras lueñas, donde tantos indios quedaban por convertir aunque fuera a latigazos! Cualquier cosa menos recibirlos en audiencia un mes y otro, a aquellos frailes, a plantearle cuestiones de herejías rurales, listas de sospechosos judaizantes y moriscos, o de gentes ignaras de extrañas prácticas sexuales. «¿Quién no será judío en este país?» Y recordó a su tatarabuela, conversa de Zaragoza, que en tiempo del rey Fernando había apuntalado con sus doblones una antiquísima casa de godos que se venía abajo. Se había quitado el guante de la mano izquierda, guante morado de arzobispo *in partibus*, para catar mejor el frescor del refrigerio y la delicada talla del cristal.

Dos dominicos y dos franciscanos se habían metido a discutir sobre los pecados del Rey, a la luz de los informes llegados, a unos y otros, por caminos populares. Las posibilidades eran tres, según dichos informes: cuatro copulaciones y un fracaso a la quinta, las cuatro copulaciones sin fracaso, y el fracaso como única realidad pecaminosa. Lo que se discutía no dejaba de ser complicado: si las cuatro copulaciones debían considerarse como un solo pecado, o como cuatro; si el fracaso, aislado o en conjunto unitario, debería considerarse también como falta mortal en grado de intención, o si ciertas circunstancias bastante inciertas y difíciles de dilucidar, como si la intención hubiera sido provocada por la cómplice o si había obedecido a un impulso real, podía entenderse como meramente venial; finalmente, si la cómplice, sabedora sin duda alguna de con quién compartía el lecho y a quién ofrecía su colaboración para el pecado, debía o no ser considerada reo de un delito contra el Estado, no sólo de habitual pecadora contra Dios, y, por lo tanto, transferirla a la jurisdicción ordinaria para que la juzgasen según las leyes civiles. Metían tanto barullo en latín y en romance, que la mayor parte de los presentes habían acabado por formar corro y los escuchaban con muestras de aprobación o de repulsa, salvo el padre Rivadesella, que se reía de ellos francamente. El padre Almeida no figuraba entre los vociferantes: se había arrimado a una pilastra y contemplaba cómo la luz doraba las ramas de los árboles, y cómo más abajo iba muriendo en las flores. Se le acercó el Gran Inquisidor, sonriente.

—No es imposible, padre Almeida, que un día de éstos tenga usted que acudir, en coche cerrado y escoltado, para responder a las preguntas que este Santo Tribunal quiera hacerle acerca de la ortodoxia y de su doctrina particular; pero, entretanto, quiero manifestarle que me es usted simpático, que me gustaría que almorzásemos a solas antes de que tenga que detenerlo, y que lamento que su destino a Inglaterra ponga su vida en peligro. No conozco las costumbres y los métodos de la justicia inglesa, pero de lo que sí estoy seguro es de que mi mano no podrá llegar hasta aquellas tierras para aliviarle los tormentos. Aquí sería otra cosa.

El padre Almeida le hizo una reverencia muy gentil, más francesa que española.

—Excelencia, le agradezco esa muestra de deferencia que acaba de comunicarme, y le manifiesto a mi vez tanto mi disposición para escucharle como para compartir su mesa, si bien le advierto que, después de tantos años de ausencia del mundo civilizado, acaso mis modales no sean todo lo exquisitos que vuestra presencia requiere.

—Eso no importa, padre. Por muchos que hayan sido sus años de apartamiento del mundo, lo que se mama no desaparece jamás. Pero a mi vez le advierto que mi mesa es frugal. La Santa Inquisición es rica, pero su jefe es medianamente pobre. Le ofrezco una sopa juliana, bien condimentada, es lo cierto, y un lomo de cerdo adobado que mi cocinero, un hombre del norte, prepara con ejemplar sabiduría —y al decir esto, miró de reojo al padre Almeida, quien respondió tranquilamente:

—No le hago ascos a ese lomo de cerdo, Excelencia. Va para siete años que no lo cato.

—Entonces, ¿le parece a usted mañana al mediodía?

—¿Y no tendrá Vuestra Excelencia que mandarme prender antes?

—Procuraré evitarlo.

Un fámulo se abrió paso entre el grupo de frailes en dirección al Gran Inquisidor. Con la debida licencia se aproximó a él y le dijo algo al oído. El Gran Inquisidor le respondió: «Tráelo inmediatamente», y muy cortés, aclaró al padre Almeida:

—Es un propio del Valido. Dios sabe lo que le habrá ocurrido a Su Excelencia.

El fámulo venía ya con el mensajero, un caballero respetabilísimo, de mediana edad, cruzado de alguna orden, al que el fámulo abrió paso hasta dejarlo frente al Prelado. El

mensajero se hincó de rodillas, besó la mano que se le tendía, o, más bien, el anillo de amatista, y dejó en ella un pliego sellado. El Gran Inquisidor lo abrió, lo leyó y pidió al fámulo recado de escribir. Mientras esperaba, mandó alzarse al mensajero, y dijo confidencialmente al jesuita:

—La gente anda alborotada pidiendo a Dios clemencia por los pecados de los grandes, y al frente de cada grupo va un fraile exaltado. Pero lo que parece haberles asustado es la presencia de una enorme culebra que muchos dicen haber visto. Unos piensan que va a derribar las murallas de la villa; otros el Alcázar real, y, los más, su propia casa, porque todos se saben pecadores.

—Es lo que tiene la opinión popular, Excelencia, que siempre hay alguien que la crea y la dirige, pero luego cada cual piensa por su cuenta.

El fámulo se acercaba ya con un bufete portátil que ofrecía al Gran Inquisidor. Éste escribió en el papel: «Palos a diestro y siniestro. No importaría que alguno de esos frailes, con una pierna quebrada, tuviera tres meses de cama para meditar», y pasó el escrito al padre Almeida.

—No me gustaría estar en el pellejo de los predicadores.

—Ni a mí tampoco.

El Gran Inquisidor cerró el pliego, lo selló y lo entregó al mensajero, al tiempo que ofrecía la mano en señal de despedida. El mensajero se escurrió entre los frailes disputantes y desapareció.

—La culpa de todo ese alboroto la tiene el padre Villaescusa. La fe ardiente, a veces, resulta incómoda para mantener el orden público.

—¿Se refiere Vuestra Excelencia a la fe del padre Villaescusa?

—No hay más que verle.

—Que Dios me castigue si me equivoco, pero ese fraile no cree en Dios.

—¿Qué dice usted, padre Almeida?

—Es de esos hombres que hablan, gritan, agitan, amenazan, todo en nombre de la doctrina más pura, pero jamás se atreven a mirarse al interior. ¿Le ha escuchado alguna vez referirse al Evangelio? ¿Cree Vuestra Excelencia que tiene la menor noción de la caridad? El padre Villaescusa cree en todo lo que cree la Santa Madre Iglesia, pero, sobre todo, cree en la Iglesia, a la cual pertenece y a la cual encarga de que crea por él; dentro de la cual espera medrar y, sobre todo, mandar. Sospecha que nunca llegará a ser Papa, pero no descarta ocupar alguna vez ese sitio que Vuestra Excelencia ocupa, aunque sólo sea para ordenar un auto de fe y morir después. Es casi seguro que, entonces, la muerte no le asustaría y que la recibiría con el placer de quien alcanzó en el mundo todo lo deseado.

El Gran Inquisidor no le respondió inmediatamente.

—Padre Almeida, para quien ha vivido tanto tiempo en medio de salvajes, manifiesta usted un buen conocimiento de los hombres civilizados.

—Precisamente porque alcancé ese conocimiento fue por lo que preferí vivir entre los indios. No creerían en nuestro Dios, pero creían de verdad en los suyos.

Sonó una campanilla de plata anunciando que el descanso había terminado. Ingresaron en la sala por el mismo orden en que habían salido, y ocuparon sus sitios. El Gran Inquisidor concedió la palabra al padre Villaescusa.

—Reverendos padres, tres son las cuestiones que nos han congregado en esta sesión solemne: descartada ya la primera, cuya solución acato por obediencia, aunque convencido de que, en esa comisión encargada de resolverla, habrá ocasión de oír mi voz, paso a plantear la segunda: Su Majestad el Rey ha manifestado, dando con ello

pruebas de una desvergüenza que sólo puede tolerarse por ser regia, su deseo de ver a la Reina desnuda. Las leyes de Dios se oponen: las del reino también, o, al menos, nuestras inveteradas costumbres y protocolos que tienen fuerza de ley. ¿Cuál es la opinión de Vuestras Paternidades?

Le respondió un silencio, roto finalmente por el padre Almeida, alguien admitió en su conciencia que inevitablemente.

—Pienso que por tratarse de una cuestión personal, excede a nuestra incumbencia, a no ser que el padre Villaescusa demuestre lo contrario.

—Para demostrarlo —respondió el capuchino, con un punto de exaltación templada por la seguridad con que hablaba— no tengo más que enunciar la tercera cuestión, hondamente relacionada con la segunda y también con la primera: el Señor que todo lo puede, premiador de buenos y castigador de malos, hace extensiva a los reinos de España su indignación por los pecados del Rey. El pueblo lo sabe, y anda temeroso de sufrir un castigo por los males que no hizo. En este momento, se espera una gran batalla en los Países Bajos, decisiva para nuestras armas, y la Flota de Indias se acerca a nuestras costas. Es lógico que Dios nos castigue haciéndonos perder la batalla y dejando que la flota la asalten y roben los corsarios ingleses.

—No veo la lógica por ninguna parte.

Un frío medular sacudió los huesos de los presentes, salvo los del Gran Inquisidor, que atendía al debate con disimulado regocijo.

—Entonces, padre, ¿usted no cree que Dios castiga a los pueblos por los pecados de los Reyes?

—Más bien creo que Dios castiga a los pueblos por su estupidez y la de sus gobernantes, y les ayuda cuando éstos no son estúpidos. Ruego a Vuesa Paternidad que considere el estado de los grandes países nuestros vecinos. Inglaterra es ya una gran potencia, dueña del mar; lo es también, aunque sólo de la tierra, Francia; no lo es ya el Gran Turco, modelo de desgobierno. De la difunta reina de Inglaterra, que llevó a su país a la prosperidad, no tenemos informes muy favorables acerca de sus costumbres, menos aún de su fe. El cardenal que gobierna en Francia tampoco es un ejemplo de virtudes personales, pero parece inteligente y enérgico. De modo que su teoría hay que aplicarla únicamente a España.

—No tengo inconveniente, padre, en aceptar su respuesta, a condición de que sustituya a Dios por el Diablo.

—¿Una protección más fuerte que la de Dios, o una inhibición de Dios en beneficio del Diablo?

— No estoy en los secretos de Dios, no puedo decir cómo llevará a término su castigo. Lo único que sé es que la presencia del Diablo es clara, como lo es en toda ocasión en que los designios de Dios son desbaratados por los hombres.

—¿Por un mal gobierno, por ejemplo?

—O por un buen gobierno, ¿qué más da?

—¿Y dispone Su Reverencia de algún indicio que delate la presencia, o la intervención, del Diablo en el caso que nos ocupa?

El padre Villaescusa, que hablaba desde su asiento, se levantó solemnemente.

—Esta reunión en que nos hallamos es más que un indicio. El Diablo la provocó, el Diablo la mantiene, el Diablo suscita muchas de las palabras que aquí se han pronunciado y se pronunciarán.

Y el padre Rivadesella, apenas sin moverse, pero con tono claramente irónico, intervino.

—Por la razón que todos sabemos, esta noche pasada, Lucifer voló por nuestros cielos en figura de un bellissimo mancebo cuyo vuelo dejaba en los aires un reguero de plata. Hay testigos.

—Si esto es así —habló el padre Villaescusa, sin perder la solemnidad— propongo que se exorcice esta sala inmediatamente.

—¿Se refiere Vuesa Paternidad al ámbito en que nos encontramos, o a los que componen la reunión?

Aquella inesperada y a todas luces impertinente pregunta del Gran Inquisidor sorprendió a casi todos los presentes, y, más que a nadie, al padre Villaescusa.

—Yo no me refería a nadie en concreto, Excelencia.

— En ese caso, es de pensar que la presencia del Diablo no constituye ninguna novedad. El Señor está en todas partes, pero el Diablo anda siempre detrás.

—Pero, a veces, el Señor se distrae.

—Que viene a ser más o menos lo que dije antes: que el Señor se inhibe; pero a mí me cuesta caro creerlo.

Volvió a escucharse la voz eminente del Gran Inquisidor.

—Me permito recordar a Vuestras Paternidades que nos estamos alejando del asunto que nos trajo aquí. Habíamos quedado en si el Rey tiene o no derecho a ver desnuda a la Reina, y en que si esto es o no pecado. Ruego a Vuestras Paternidades que se definan al respecto.

—Afirmo que tiene derecho y que no es pecado —respondió con voz segura el padre Almeida—, afirmo no sólo esto, sino la conveniencia de que suceda para que en el matrimonio de los Reyes, no como tales sino como cristianos, se realice la Gracia del Señor.

El padre Villaescusa saltó como picado por una avispa.

—¿Dice Vuesa Merced la Gracia del Señor? ¿Encuentra que la Gracia del Señor se manifiesta en el coito? ¿O bien en la contemplación de esos horribles colgajos de las hembras que se llaman mamas? ¿O prefiere que la contemplación se verifique por la espalda, evidentemente contra natura? Me refiero, como es obvio, a la contemplación de las nalgas.

El padre Enríquez, O.S.D., se había dormido alguna vez; otras, había agudizado la oreja, y, muchas, sonreído. En esta ocasión alzó la mano cortésmente.

—Me permito rogar al sabio y virtuoso padre Villaescusa que, toda vez que este debate se desarrolla en lengua romance, llame a las cosas por su nombre. Quiero decir, tetas en vez de mamas; culo en lugar de nalgas. Si no recuerdo mal, el ilustre poeta padre León, en su versión del *Cantar de los Cantares*, traduce limpiamente: «Nuestra hermana es pequeña y tetas no tiene. ¿Qué se hará de nuestra hermana cuando se empiece a hablar de ella?»

Lo había recitado con evidente complacencia, y todos parecían haberle escuchado con placer, menos el padre Villaescusa, que tronó:

—¿Y se atreve Vuestra Paternidad a hacer esa cita, siendo como es dominico? Aunque conviene recordar que en manos de dominicos estuvieron la vida y la muerte de ese repugnante marrano, y que fueron dominicos los que hurtaron al Señor el olor de su carne chamuscada.

—Pues nosotros, los agustinos, estamos muy orgullosos de él —le respondió, con voz segura, el representante de la más vieja de las órdenes presentes.

—Cosa que no me extraña —adujo el padre Villaescusa— porque todos ustedes son sospechosos.

Acaeció una serie de murmurios en los diversos grados de la Suprema, ante la osadía de aquel capuchino enfebrecido y colérico. El Gran Inquisidor cortó la trifulca que se avecinaba.

—Dejemos en paz a los muertos. Insisto en que el debate no se aparte de su tema.

— Pues yo sostengo que el Rey no puede ver a la Reina desnuda sin pecado; e insisto también en que los pecados de los Reyes los paga el pueblo inocente.

—Observo por la cara y los cuchicheos, que hay disidentes de su opinión tan respetable, padre Villaescusa, de modo que se nombrarán otras dos comisiones para examinar la complejidad del caso. Una, que determine si el Rey puede o no contemplar a la Reina sin vestidos que oculten, o al menos velen, su desnudez; otra, que examine a la luz de la Escritura y de los Padres, si el pueblo paga o no paga los pecados del Rey, aunque entendiendo que no se trata de sus errores de gobernante, sino de sus pecados personales, ¿no es así? Porque que del desgobierno se deriven daños para las monarquías, no es necesario discutirlo.

—A saber lo que se entiende por desgobierno —dijo el padre Villaescusa.

—Quemar judíos, brujas y moriscos; quemar herejes; atentar contra la libertad de los pueblos; hacer esclavos a los hombres; explotar su trabajo con impuestos que no pueden pagar; pensar que los hombres son distintos cuando Dios los hizo iguales... ¿Quieren vuestras paternidades que prosiga en la enumeración?

Habían escuchado estupefactos al padre Almeida: todos, incluido el Gran Inquisidor. Y, como un susurro, se corría de boca en boca: «A este jesuita hay que meterlo en cintura.» Y se iba a levantar la primera vez de protesta cuando entró el fámulo conocido y habló al oído del presidente.

—Un momento, señores. Tenemos una comparecencia inesperada. —Y dijo al fámulo—: Que pase ese caballero.

Salió hecho una pura zalema, cortesía va, cortesía viene, a diestro y a siniestro; y, poco después de salir, volvió a abrirse la puerta y en su vano apareció el conde de la Peña Andrada. Quedó quieto en el umbral, se destocó y dedicó a los presentes una inclinación de cabeza de lo más ortodoxo.

—Adelante, conde.

No lo hizo el conde sin antes repetir el saludo, esta vez triple, como si fueran reyes los presentes: rozando la alfombra escarlata con la pluma del sombrero; y al avanzar y cruzar ante el Cristo iluminado, lo repitió con más rendido ademán. Se irguió y encaró al Gran Inquisidor:

—Seguramente que con el fragor de las disputas, no se ha dado cuenta Vuecencia de que estos pabilos han crecido demasiado, y de que tiemblan las luces de los cirios. Al recaer su parpadeo sobre la cara del Señor, ésta parece que se oscurece más. Si Vuecencia me lo permite, me gustaría despabilarlos.

Apenas le respondió el prelado, con voz un tanto sorprendida, «Hágalo si le acomoda», el conde sacó la espada y de una cuchillada como un relámpago despabiló el cirio de la derecha. Los presentes no habían tenido tiempo de manifestar el estupor, pero una voz se oyó que susurraba: «¡Se ha atrevido a desenvainar delante del Crucificado!», pero ya entonces, el conde, de otra cuchillada igual, había despabilado el cirio de la izquierda: quedó simétrico al de la derecha, ambos de la misma altura, y con luces de resplandor idéntico, sin más temblor que el necesario. Después, depositó la espada a los pies del crucifijo.

—Estoy a su disposición, señores.

Y permaneció plantado delante de la concurrencia, en el lugar exacto en que se situaban los testigos cuando venían a deponer.

El Gran Inquisidor le preguntó:

—¿Por qué ha venido Su Excelencia?

—En toda la ciudad se habla de lo que se trata aquí, y creí cortés ofrecerles mi testimonio, y lo haré gustoso, si bien antes me gustaría saludar a un viejo amigo aquí presente.

Y, sin esperar anuencia, se acercó al rango de los consultores y tendió la mano el padre Almeida.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos, padre.

—Sí, efectivamente, mucho tiempo.

Mientras se estrechaban la mano, el padre Rivadesella los contempló, y le pareció que en algo se asemejaban, si bien en algo mucho mayor diferían. Buscó una referencia en su memoria, y lo único que se le recordó fue un gallo, no gigantesco, sin embargo, sino sólo mucho mayor que los corrientes, incluidos los capones; un gallo con algo raro, quizá en la cresta. A todos esto, el Gran Inquisidor había preguntado que de dónde se conocían.

—El padre Almeida tiene socorrido alguna vez de agua fresca y comestibles los buques de mi escuadra, allá, en las costas del Brasil, cuando por allí ejercía su ministerio.

—Y, Vucencia, ¿qué hacía por lugares tan lueños?

—Servía al Rey con mis barcos, señor. Un servicio peligroso en el que a veces no queda otra salida que la heroicidad. Pero le aseguro que en mis informes únicamente me he referido a la de mis marineros, que no están obligados a ser héroes, pero que suelen serlo como la cosa más natural del mundo. En lugar de regocijarse de su bravura, descansan de ella.

—Entonces, ¿es usted un pirata? —preguntó sin poder contenerse el padre Villaescusa.

—No exactamente, padre. Soy un corsario y navego con patente del Rey.

—Si es así, ¿por qué no está usted protegiendo esa armada que navega hacia Cádiz, amenazada por los ingleses?

—No fui informado, ni invitado a hacerlo. Mi escuadra descansa estos días en su base, allá, en un puerto del norte que seguramente Sus Paternidades no habrán oído nombrar. Aunque sí el padre Almeida. El padre Almeida es portugués, y sabe de las cosas de la mar más que Vuesas Mercedes.

—Yo nací en Rivadesella, mi padre fue mareante; alguna vez navegué, cuando era niño. Claro que no en un barco de gran porte, sino en botes de remos.

—Y no ha podido olvidarlo, ¿verdad? La mar es como una novia esquiva e inalcanzable, que permanece siempre en el corazón. Yo podría contarles la historia de una mujer así, una morena de Honolulu, que se negó a compartir el mando de mi nave.

El padre Villaescusa, visiblemente inquieto, adelantó un paso hacia el conde.

—Espero que Su Señoría comprenda la incongruencia de ese símil y de semejante historia en este lugar, donde todos somos célibes y probablemente castos. Y espero con fundamento que su presencia en este Santo Tribunal no tendrá como fin contarnos las excelencias de la mar y de la vida marinera. Como puede ver Su Señoría, aquí somos gente seria.

Al mentar la castidad, varias cabezas se habían movido hacia el padre capuchino: unas enfurruñadas; otras, visiblemente irónicas. El conde sólo sonrió, aunque comedidamente.

—¿Y piensa Su Merced que en la mar no somos serios? ¿Sabe Vuesa Merced qué es un tornado, y cómo puede defenderse un barco de su furia incontenible?

El Gran Inquisidor se decidió a imponer cierto orden.

—Confieso que me gustaría escuchar de labios del señor conde cómo los barcos escapan al peligro del viento y de la mar, porque también soy hombre de tierra adentro, y el viaje que hice a Italia en mi juventud no fue en galera, sino a lomos de mula, pero convengo con el padre Villaescusa en que éste no es el lugar adecuado. Y estoy también de acuerdo en que el señor conde no habrá venido aquí a contarnos sus aventuras.

—Por supuesto, Excelencia, he venido para ser interrogado, pero, hasta ahora, nadie me ha hecho ciertas preguntas que esperaba. Me tiene dispuesto a contestarlas.

—¿Tengo venia para empezar, Excelencia? —preguntó el padre Villaescusa al Gran Inquisidor. Y éste se la dio.

Al padre Villaescusa le corría el sudor por las mejillas, le hacía brillar la frente y la tonsura ya casi calva. Se limpió con el conocido pañuelo de color, que desde el primer momento había parecido basto al padre Enríquez, O.S.D., le habría parecido ordinario, digno de un cristiano viejo tan ostentoso como el padre Villaescusa. El conde le miraba expectante, al capuchino, y su rostro aparecía seco. El pañuelo del capuchino hedía; el conde se sacó de la manga el suyo, blanco y bien encajado, y se lo ofreció. El padre Villaescusa, después de enjugarse con él, y al devolvérselo, le preguntó:

—Y, Su Señoría, ¿por qué no suda?

El conde se echó a reír.

—Eso va en humores, padre. Se conoce que los nuestros son diferentes. Aunque le conviene no olvidar que los aires marinos secan la tez y la curten. Quizá sea por eso.

—Sea por lo que sea, me da igual. Sobre lo que yo quería interrogarle es sobre otra cuestión más delicada. ¿Es cierto que, como dice la voz del pueblo, Su Señoría acompañó al Rey, la noche última, en cierta escapatoria?

—Sí lo es, padre. Le acompañé a casa de Marfisa, la famosa cortesana de la cual los presentes acaso hayan oído hablar. Dicen que es la mujer más bella de la corte, y que cuenta entre su clientela grandes señores de mucho viso. Si no estuviera donde estoy, me atrevería a decir que también se le atribuyen ciertas relaciones con purpurados, pero ya se sabe lo mala que es la gente. Es una mujer cara: diez ducados de oro por noche, y no suele hacer rebajas, aunque es de suponer que, de vez en cuando, tendrá algún capricho. Es frecuente en mujeres de esa profesión, aunque poco recomendable. Si Su Paternidad desea saber por qué, puedo explicárselo.

El capuchino hizo un gesto de asco.

—Me basta con mi ciencia, caballero.

—Sin embargo, conviene saber de todo.

—¿Fue lo del Rey uno de esos caprichos?

—Le aseguro que no, padre. Los diez ducados tuve que pagarlos yo. El Rey no llevaba numerario suficiente. ¡Medio ducado de oro en una faltriquera que suele estar vacía! Por cierto que debería pensarse en modificar algunos detalles del protocolo: medio ducado para esa clase de servicios quizá estuviese bien en tiempos del Gran Duque de Borgoña; pero, desde aquellas calendas, han cambiado mucho los precios.

—¡Por lo que el Rey no debería pagar un solo maravedí! —dijo una voz apasionada y lejana, mientras el Gran Inquisidor sonreía.

El padre Villaescusa pidió que no se apartasen del tema.

—Reverencias, nos hallamos ante un caso confeso de alcahuetería, cuyo juicio a nosotros no nos corresponde sino al brazo secular. Remitamos a él al señor conde, que tendrá que pechar con unos años de galeras.

—Lo haría de buena gana, si hubiera delinquido, pues se pasa mejor amarrado al duro banco que en una mazmorra de las cárceles corrientes. Pero me niego a aceptar eso de la alcahuetería.

—Yo creo que está claro —dijo el padre Villaescusa— y, además, Su Señoría ha confesado.

—No, padre. Yo no confesé, conté, y no conté todo. Porque lo que sucedió fue lo siguiente: me hallaba yo en un salón de la corte...

—¿Y qué hacía Su Excelencia en un salón de la corte, siendo como parece ser el comandante de una armada?

—Había venido a entregar al fisco el quinto de mis presas, que corresponde al Rey. Un saco de ducados, en este caso, o, más exactamente, de libras esterlinas, que así se llama la moneda inglesa. Y el Rey me descubrió, se acercó a mí, me preguntó quién era, y qué hacía allí tan solo, y yo se lo dije. «Entonces, si no eres de aquí, no sabrás dónde vive una tal Marfisa, con la que me gustaría pasar la noche.» «Yo no lo sé, señor, pero puedo averiguarlo.» El Rey, entonces, dirigió una mirada a los grandes, a los nobles, a todos los cortesanos que, en grupos, hablaban y reían, los que no se quejaban o se aburrían, en el salón. «Todos éstos lo saben.» «Pues yo no tardaré en saberlo.» Me aparté del Rey, brujulé y volví con las señas exactas. ¿Hay en esto delito? «Te agradezco el informe.» «Pero, ¿va a ir sola Vuestra Majestad a un lugar tan conocido? Tengo entendido que las noches de la corte son especialmente peligrosas.» «Si alguno de éstos me acompañara, mañana lo sabría todo el mundo.» «A mí no me conoce nadie, Señor, y tengo carroza y una espada bien probada en lides más difíciles que un asalto nocturno. Me ofrezco a acompañarle.» «Entonces, espérame esta noche, con tu carroza, en la esquina sureste del Alcázar. Iré de negro, y estoy seguro de que me reconocerás en las sombras.» «No lo dude, Majestad. Le reconocería en el mismísimo infierno.» Y eso fue todo, señores, lo que yo considero un servicio de protección a la persona del Rey.

—Y mientras el Rey fornicaba, ¿qué hacía Vuesa Señoría?

—Dormir, padre, no le quepa duda. Dormir en un sillón incómodo, con el cuello despechugado, la cintura floja y las botas al lado de mis pies. Así hasta que el Rey me despertó, ya vestido, y me dijo que nos fuéramos. Por cierto que traía la cara pasmada. Le pregunté si le sucedía algo. Me respondió que, por primera vez, había visto una mujer desnuda y que no sospechaba que pudiera ser así, tan distinta y tan bella, lo cual no deja de ser raro en un hombre de veinte años que, además, está casado.

—No olvide Su Señoría que lo está con una reina.

—Sí, eso tengo entendido, aunque yo no la conozco. De su padre tengo algunos informes. No era muy escrupuloso en eso de mujeres, de modo que a la Reina no debe sorprenderle que su marido busque solaz en otros lechos.

—¿Está Su Señoría justificándolo?

—No, Reverendo Padre. Me limito a explicarlo.

—Hay explicaciones que implican un razonamiento a favor.

—La mía no aspira a tanto.

El padre Enríquez, a quien el debate comenzaba a aburrir, pidió la palabra. Y cuando se la dieron, espetó al conde de la Peña Andrada:

—¿Y Vuesa Señoría cree que esa ocurrencia del Rey de ver a la Reina desnuda tiene alguna relación con lo que acaba de contarnos?

—Creo, reverencia, que es efecto de esta causa. Un efecto lógico. Y necesario, además. Los jóvenes que andan por el mundo no deben ser inocentes, sino experimentados. ¿Y qué menos que pedir un esposo que saber cómo es el cuerpo de su esposa?

Metió baza el padre Villaescusa, temeroso de que el padre Enríquez, reputado de tolerante, le arrebatase el protagonismo.

—Su Señoría, ¿vio muchas mujeres desnudas? ¿Las vio con complacencia?

—Reverendo padre, más de la mitad de las mujeres que hay en el inundo andan sin ropa. No sólo en los mares del Sur, que no se sabe si son mujeres o sirenas, sino también en otros lares. Pregunte al padre Almeida.

El padre Almeida recogió el envite con seriedad.

—Tiene razón el conde. Las mujeres de las tribus que yo cristianicé también andaban desnudas, y supongo que seguirán así.

El padre Villaescusa se volvió hacia él con furia.

—¿Y no las obligó Vuesa Paternidad a vestirse? ¿No era ésa la primera misión de su ministerio?

—Yo, padre, les enseñé que el Hijo de Dios había muerto por todos los hombres, también por ellos, y que les esperaba en el paraíso.

—¿Un paraíso para gente desnuda?

—No sabemos cómo está en el paraíso la gente que lo ha merecido, pero sospecho que no se habrán llevado sus ropas consigo.

Había oscurecido, y a la luz escasa de los cirios, todas aquellas caras parecían fantasmas. Pero en los fantasmas ya no creía nadie. Menos que nadie, el jesuita y el conde.

CAPITULO III

1. EL PADRE VILLAESCUSA entró en el despacho del Valido lo que se dice derrengado: por el trabajo mental de aquella tarde, por el calor, que no se iba con el sol, sino que persistía como un recuerdo de plomo: arrastraba los pies calle adelante, y cada tantos pasos se detenía para secarse el sudor con el gran pañuelo verde. Nada más atravesar la puerta por donde entraban los confidentes, se dejó caer en un sillón y pidió agua y algo para abanicarse: le dieron un expediente de nobleza de los que se amontonaban en la mesa del Valido, pero el agua hubo que traérsela; en el ínterin, el Valido suplió el retraso con una copa de aguardiente del que él bebía en los momentos de depresión, cuando desesperaba de tener un hijo, cuando las malas noticias de los reinos le embarullaban la cabeza y le aplastaban el corazón. La llegada del agua pareció despegar la lengua del padre Villaescusa del paladar al que se había adherido y que ni el aguardiente bastara para liberarla, quizá por razón de estricta moralidad. Emitió un suspiro prolongado.

—Esto va mal, Excelencia —dijo al Valido.

Y el Valido le respondió preguntándole:

—Y esto, ¿qué es? —porque en aquella cabeza en tal momento, muchas preocupaciones podían señalarse con el mismo pronombre demostrativo.

—Me refiero, Excelencia, a los pecados del Rey; pero, si lo pienso bien, hay algo mucho más grave: el Santo Tribunal de la Inquisición está en manos sin fuerza, no por debilidad, sino por poltronería. Todo el mundo sabe mucho, pero nadie cree en nada, ni siquiera en lo que sabe. ¿Imagina Vuestra Excelencia cuál fue el resultado de toda una tarde de disputas? El nombramiento de cuatro comisiones con el cargo de averiguar si, de acuerdo con la doctrina, los Reyes Nuestras Majestades están realmente casados; si hubo o no hubo adulterio en los devaneos del Rey, Nuestro Señor; si es o no pecado que el Rey vea a la Reina desnuda y, ¡asómbrese Vuesa Excelencia!, si los pecados del monarca influyen o no influyen en las dichas o desdichas de estos reinos. En los tiempos que corren ya no hay doctrinas estables. Para volverse loco.

El Valido, que se hallaba de pie junto a su mesa, dio unos pasos en silencio hasta la ventana abierta, respiró el aire que ascendía desde el Campo del Moro, y hasta se detuvo unos instantes en la contemplación del horizonte, donde un resplandor colorado señalaba el lugar por el que acababa de ponerse el sol; después volvió sobre sus pasos.

—¿Y Vuesa Paternidad propone algún remedio?

—A la larga, Excelencia, sustituir al Gran Inquisidor en el caso de que aparezca alguien dispuesto a semejante sacrificio ¡con el desbarajuste que le espera!, pero el remedio a la corta tenemos que acordarlo ahora mismo Vuesa Excelencia y yo.

—¿De qué remedio se trata?

—De impedir que el Rey vea a la Reina desnuda. Los pecados de la noche pasada son suficientes para poner en peligro la monarquía, y, con ella, la verdadera cristiandad; si a ello se añade esta monstruosa contemplación prohibida por las leyes humanas y divinas, no me atrevo a imaginar lo que va a ser de nosotros.

—¿Se refiere Vuesa Paternidad a usted y a mí?

—Me refiero, como Vuesa Excelencia puede comprender, al porvenir del único país que en el mundo defiende la doctrina de Dios y de su santa Iglesia.

—Usa usted de palabras mayores.

—Las que vienen al caso.

El Valido volvió a recorrer la distancia entre la tremenda y sobrecargada mesa y la ventana, y pareció que su mirada resbalaba por los cielos desnudos hasta perderse en la línea rosada del poniente: la verdad fue que intentaba desalojar su mente del recuerdo de su esposa, desnuda en el lecho, pidiéndole que se desnudase también.

—¿Y dice Vuesa Paternidad que el Gran Inquisidor flojea?

—¡Es la Santa Inquisición entera, Excelencia, la que ha dejado de ser la mano dura del Señor para convertirse en un salón donde se charla en castellano sin que nadie se apasione por lo que se discute, y donde le dan a uno un refrigerio cuando lo creen cansado en vez de dar satisfacciones a la santa ira!

—Eso, ya ve usted, en tardes como la de hoy, no me parece mal. A mí mismo me apetecería ahora un poco de aguardiente con agua helada. La tarde ha sido de muchísimo trabajo, a pesar de ser domingo. ¿Sabe que las noticias de la flota se demoran? ¿Y que no sabemos nada de la guerra de Flandes? Pues los banqueros genoveses nos acucian, y si la flota se retrasa, o nos la roban, no tendremos dinero para dar de comer al Rey.

El capuchino se santiguó ostensiblemente, se santiguó con el grueso crucifijo que colgaba de su rosario.

— ¡Alabado sea Dios! Que Él me perdone si hay soberbia en mis palabras, pero no le vendría mal al Rey, y a la corte entera, una semana de ayuno, y aun de penitencia, con cilicios y disciplinas.

—Probablemente tiene usted razón, padre; pero, ¿qué pensarían de nosotros en las cortes extranjeras? Aunque no sea más que por el decoro de la monarquía...

Por la ventana abierta entró, volando, un pajarillo. Venía sin fuerzas, y fue a posarse en el regazo del padre Villaescusa: movía las alas cansadas y respiraba anhelante por el pico abierto.

—Viene muerto de sed —explicó el fraile, y el Valido le respondió:

—Habíamos olvidado el agua y el orujo. Procede de mis viñas de Loeches, y es bastante sabroso.

El fraile acariciaba el lomo del pajarillo, y le ayudaba a mover las alas. El Valido llamó, y un ujier trajo el agua helada: una jarra grande, de plata, y dos vasos de cristal. El pajarillo bebió ávidamente, ensayó unos vuelos por la habitación y salió por la ventana. El padre Villaescusa, con el vaso en la mano, y el agua turbia por el chorro del aguardiente, lo vio partir y se extendió en consideraciones sobre la libertad de las aves y su descuido, al que Cristo se había referido. El vaso del Valido reposaba en una esquina de la mesa, mediado ya, y algo más turbia el agua que la del fraile.

—Podíamos seguir hablando de nuestro caso, ahora que hemos refrescado los gaznates.

—¿De cuál de ellos, Excelencia? No los gaznates, los casos.

—Yo no veo más que uno, o a uno solo se puede reducir la múltiple apariencia. ¿Me aconseja Vuesa Paternidad que mande venir al Nuncio y le pida la sustitución del Gran Inquisidor?

El fraile se llevó las manos a la cabeza, aunque sin soltar el vaso.

—¡No haga Vuesa Excelencia semejante disparate! El Nuncio es italiano, y su palacio goza de mala reputación en la ciudad. Y el Gran Inquisidor pasó en Italia sus años mozos, y allí se contagió de la flojera romana. Yo despacharía un correo especial a nuestro embajador con el encargo de llevar personalmente, y en secreto, las gestiones. Habría que enviar un relato fidedigno de todos los sucesos, pero no encomendado a la pluma de ningún leguleyo, menos aún de un covachuelista, por buena letra que tenga, porque, señor, el resultado sería la interpretación de mis palabras recibidas por Vuescencia, transmitidas a un secretario, y éste al escribidor. ¿Qué quedaría de mi relato?

—¿Me propone Vuesa Paternidad la redacción directa del documento?

—Al menos, señor, de su parte narrativa. Soy un testigo de buena memoria.

—Puedo añadirle, querido padre Villaescusa, que con esa narración de los hechos irá la propuesta de que sea usted nombrado para el cargo.

El padre Villaescusa cayó de rodillas. Y no pudo reprimir un aspaviento entre estupefacto y alegre.

—¡Excelencia! ¡No son tantos mis méritos! No sé si mi humildad me permitirá aceptarlo.

—Si viene de la Santa Sede, firmado y sellado por el Papa, no le quedará otro remedio. Pero eso se demorará unos meses... Dos viajes de correos, ¿cuánto tiempo de gestiones sigilosas? Comparto con Vuesa Paternidad la prisa por salir del embrollo. ¿Qué es lo que me propone?

El padre Villaescusa, que se había levantado ya, aunque con semblante menos humilde, con el semblante del preconizado Gran Inquisidor, respondió con voz bastante hueca.

—Excelencia, en sus manos están los recursos palaciegos. Yo, por mi parte, manejaré los espirituales si tengo autorización para ello.

—Dela por recibida, pues.

El padre Villaescusa, a partir de aquel momento, dio rienda suelta a las muchas imaginaciones que su mente había elaborado y que se precipitaban hacia la realización inmediata. Pero no puedo por menos que imaginarse como un gran pulpo cuyos tentáculos acogían al Valido y al Rey, a la monarquía y al mundo. Pensó que aquella imagen venía del Diablo, pero no la rechazó, y se sintió pulpo revestido de púrpura, y con poderes de Gran Inquisidor.

2. Mademoiselle Colette, con apariencia bastante menos que de cuarentona y reputación en ciertos medios palaciegos de muy alegre en la cama, de verdaderamente juguetona, se disponía a salir, cuando la Reina la vio por el espejo y le chistó. Se hallaba la Reina en su gabinete, lleno de cosas de Francia, frívolas y alegres, que ninguna de sus damas españolas podía ver, porque no las encontraban elegantes: el espejo con marco de plata, la cómoda pintada de amorcillos desnudos, y, sobre todo, aquel armario en cuyas puertas campeaban Adán y Eva sin hojas de parra...; con todo al aire. Ni el Rey se había atrevido nunca a mostrar aquella desvergüenza, porque el Rey, los más de los días, solía vestir de negro, ¡tan severo!

—Acércate —dijo la Reina a su doncella de confianza, la que le había acompañado desde París, la que en París de la Francia la había tenido a su cuidado durante algunos años—. Acércate más, Colette, y habla con cuidado.

—Nadie entiende el francés de los que pueden estar cerca...

—Aun así... En los palacios de los reyes siempre hay más soplonos que ratas.

—Como mande Vuestra Majestad.

—También puedes sentarte, aquí a mi lado, en esta silla. Lo más cerca posible.

Colette se sentó muy satisfecha.

—Sí, Majestad. Gracias.

—Ahora, háblame de lo que habla todo el mundo.

—No puedo añadir nada que la Reina no sepa. Lo de que el Rey anda mustio ya se lo he comunicado.

La Reina suspiró, y dejó sobre el boudoir que había sido de su madre, el peine de plata con que se había peinado.

—¡Pobre marido mío, las cosas que le ocurren! Tú, en mi caso, ¿qué harías?

—Desnudarme en la cama, sin pensarlo.

—¿Lo has hecho alguna vez?

—Desde que tengo uso de razón, Majestad, no he dejado de desnudarme cuando hubo ocasión. Mi madre me enseñó que las cosas deben hacerse bien. Por eso sirvo a Vuestra Majestad con la perfección que lo hago.

—No tengo queja de ti, Colette, muchas veces te lo he dicho. Pero, eso de desnudarme en la cama, ¿sabes si lo hacía la Reina de Francia?

—El Rey difunto, su padre, que Dios tenga en su gloria, no lo hacía de otra manera.

—¿Lo sabes porque te lo han contado, o porque lo has visto? Eras muy joven, cuando murió mi padre, el Rey...

—No tan joven, señora, que el Rey su padre, a quien Dios haya recibido en su seno, lo mismo como hugonote que como católico, cada vez que me encontraba a solas, y fueron muchas, no me dejaba encima más que los zapatos, porque medias no las llevé jamás. Ni con el frío de esta corte.

—¿No eres muy desvergonzada, Colette?

—¿Cómo quiere Su Majestad que sea, viviendo siempre en palacio? Por estos corredores no prospera la decencia.

La Reina la miró un momento y después volvió la cara al espejo, alumbrado por dos candelabros recargados de velas.

—¿Me encuentras bien, Colette?

—La encuentro como nunca.

—¿Tú crees que gustaría al Rey, así como estoy, sin pintarme la cara?

—Vuestra Majestad debería abandonar el colorete para toda la vida. Se lo tengo dicho muchas veces.

La Reina se contempló los ojos, multiplicados en el espejo por las luces.

—¿De manera que piensas que debo esperar al Rey desnuda en la cama?

Colette dio un ligero grito.

—¡Eso, jamás, Majestad! Que se tome el trabajo de desnudarla.

—¿Sin hacer muchos remilgos?

—Sólo los necesarios, y sin insistir demasiado.

La Reina meditó un momento, sin dejar de mirarse a los ojos.

—Colette, en cuanto me siente a cenar con esas arpías que me acompañan, vas en busca del Rey, y le dices que lo espero a las once. ¿Te parece buena hora, las once? Los corredores suelen estar vacíos, a esa altura de la noche.

Colette se levantó e hizo una reverencia.

—Majestad, para una cita de amor todas las horas son buenas.

Dio un paso atrás, repitió la reverencia, y salió del gabinete. Entre las muchas imágenes que le devolvía el espejo, la Reina eligió la más favorecida.

3. La duquesa viuda del Maestrazgo, dama mayor de la Reina, lo había sido también de la reina anterior, y si al llegar la nueva de Francia, había continuado en el cargo, a su gran conocimiento de las cosas de palacio se debía; si bien es cierto que no había estado en su mano ayudar a su primo a que ascendiese al cargo de Valido, no le estorbaba nada, porque se llevaban bien, habían jugado juntos de niños, y probablemente, los primeros muslos de mujer vistos por el que ya se encaminaba a todopoderoso cuando aún no sabía en qué se distinguían de los de los varones, habían sido los de ella. La duquesa viuda del Maestrazgo mandaba con modos absolutos en el mundo femenino de palacio, y entre ella y su primo había el convenio tácito de que lo hacía por delegación asimismo tácita, con intercambio de secretos y reparto de beneficios. La duquesa viuda del Maestrazgo era sólo un año mayor que el Valido, y, a no dudarlo, al quedarse viuda, se habría casado con él si él no hubiera sentido prisa por hacerlo con doña Bárbara, y no por razones honestas de conveniencias familiares o personales, sino sólo porque doña Bárbara le gustaba y quería acostarse con ella. No obstante lo cual, la duquesa viuda no guardaba rencor a la mujer de su primo, y lamentaba de corazón que el cielo no les diese descendencia. «En sólo dos años que estuve casada con mi marido traje al mundo dos pingajos de niñas que no hay quien las eduque; casada con mi primo, hubiera traído a lo mejor una docena, y aunque algunos se hubiesen muerto, siempre quedaría un remanente que satisficiera las ansias de paternidad de mi pobre primo. A cambio, yo mandaré en mi casa, y en el palacio de Loeches, y en dos o tres sitios más, pero no en el Alcázar.» Cuando recibió el ruego del Valido de que se acercase a su despacho en el momento en que sus trabajos se lo permitiesen, se apresuró a satisfacerlo: estaba bonita, aquella tarde calurosa de domingo, con ropas ligeras y un escote algo más generoso de lo que su confesor le permitía; pero su confesor ya ponía límites a su escote contando con que habían de ser rebasados.

El Valido estaba ensimismado, y tardó en darse cuenta de que su prima había entrado, y de que esperaba sonriendo y quizá riéndose de él, que tomaba tan a pecho las cosas del gobierno y de Sus Majestades los Reyes.

—¿Sabes para qué te pedí que vinieras?

—Me lo supongo.

—Estarás enterada del capricho del Rey.

—Lo está todo el palacio, la ciudad toda, y pronto lo estarán los reinos de esta monarquía.

—¿Y qué piensas?

—Que le estás dando demasiada importancia a eso que tú llamas un capricho. Son cosas, pienso yo, eso de que dos esposos duerman desnudos en la misma cama, que no deberían trascender de las paredes de su cuarto.

—Pero, ya ves, han trascendido. Y si por una parte el protocolo se opone, los curas quieren meter baza en el asunto.

—El protocolo está anticuado, y a los curas no hay que dejarles que se proponen.

—Pero lo han hecho.

La duquesa se había sentado en un sillón, más bien espatarrada, delante de la ventana, y, a espaldas del Valido, se había remangado las polleras y aireaba sus interioridades recalientes. Aun así, hablaba con fatiga y se abanicaba el rostro con la mano. El Valido le ofreció un refresco, y ella lo aceptó. El Valido le acercó la copa de agua

fría, con un chorrito de aguardiente, y ella, al sentir que se acercaba, bajó rápidamente las faldas. Sólo después de haberse refrescado el gaznate un par de veces, preguntó:

—¿Me has llamado sólo para estos comentarios o quieres algo de mí?

—Sí. Quiero que evites que el Rey duerma con la Reina, al menos mientras no lleguen noticias de la flota y de la guerra de Flandes.

La camarera mayor le devolvió el vaso vacío.

—Lléname otra vez esto y duplica la ración de aguardiente. ¿Qué tiene que ver el capricho del Rey con la flota y con la guerra de Flandes?

—Que llegue la flota a Cádiz, que se gane o se pierda en Holanda, depende de los pecados del Rey.

La camarera mayor se rió francamente.

—No me explico cómo el país está lleno de imbéciles que crean en esas cosas.

—Lo opinan los teólogos.

—Aunque lo opine el Moro Muza.

—Yo no puedo oponerme a los dictados de la Iglesia.

—Siempre es posible encontrar un grupo de frailes que opinen lo contrario que otro grupo.

El Valido arrastró un escabel y se sentó delante de su prima, de espaldas a la ventana.

—Lo malo es que eso ya ha sucedido, y que nos empantana.

—Pues yo, en tu caso, buscaría un tercer grupo de frailes y antes de consultarles les echaría bien de comer.

—Tú lo ves todo muy fácil, pero las cosas son más complejas de lo que crees.

—Y por eso, porque sean complicadas, ¿vas a privar a esos muchachos de retozar desnudos?

—¿Lo has hecho tú con tu marido?

La camarera mayor, antes de responderle, echó al colete un buen trago del agua con orujo: ya no estaba fría, pero el aguardiente reanimaba los miembros fatigados.

—En primer lugar, cuando se casó conmigo, el duque ya no era un muchacho, y el reuma adquirido en la vida de la mar no le permitía moverse a gusto. En segundo lugar, las galeras que mandaba, y el Gran Turco, y todas esas cosas, le importaban más que yo. Cuando nos casamos, nada más quedar solos, me apechugó contra un rincón y me dejó preñada. Con eso consideró que había cumplido con su deber, y volvió a las galeras. Y una vez que fui a encontrarme con él en Valencia, volvió a apechugarme, esta vez en un rincón de su cámara de capitán general, y a dejarme preñada. A la salida de Valencia le esperaban los turcos, y una pelota no sé de qué corsario le perforó la popa y le hundió la galera. Como no sabía nadar, murió ahogado. Debo añadirte que, si bien no podía vivir sin la mar, el agua dulce y el jabón nunca merecieron su simpatía. Olía a chusma, el condenado, y si olía vestido, ¿cómo sería en pelotas? Además, según lo que acabo de contarte, no me dio tiempo, ninguna de las veces, a insinuarle que se desnudase.

—Sin embargo, a él le debes lo que eres.

—Eso no lo he negado nunca. La verdad es que se lo debo al pobrecito, pero sólo porque se murió. Si llega a saber nadar...

El cielo se había oscurecido, y la camarera mayor sólo veía de su primo la oscura silueta. El Valido, de repente, se levantó: ella le oyó rascar el pedernal sobre la yesca, y apareció una vacilante claridad amarillenta.

—¿No crees que entra demasiado fresco por la ventana?

—Cierra si quieres.

El valido cerró. La duquesa se había levantado, había arrastrado el sillón hasta la mesa, y volvió a sentarse.

—Bueno, vamos a lo nuestro.

—Y, lo nuestro, ¿qué es?

—Que impidas por todos tus medios que el Rey visite esta noche a la Reina. Yo lo haré también por los míos.

Ella se levantó.

—Me parece muy bien. Siempre conviene asegurarse.

—¿Qué es lo que puedes hacer?

—Hay un corredor, con tres puertas, que va de una cámara a la otra. Tradicionalmente, el cierre de cada una de esas puertas tiene su significado. Será la primera vez que se cierran las tres, al menos que yo sepa.

El Valido se levantó.

—Bien. Yo me encargaré de las otras entradas. Y ya te tendré al corriente.

—¿Y cuando mañana la Reina me pregunte?

—La respuesta es cosa tuya. Ya sabrás inventar alguna mentira.

—¿Que si sabré? No hago otra cosa todos los días.

—¿A mí también?

La duquesa se aproximó al Valido y le dio un beso en la mejilla.

—Nunca has sido una excepción en palacio.

El Valido quedó solo, sentado ante su mesa, con la sensación de que aquél era el primer beso casto que su prima había dado en su vida.

4. El padre Fernán de Valdivielso tenía su celda en un cuartucho alejado, hacia la torre del noroeste, lugar al que le habían destinado por el frío, a ver si moría de una vez: porque el padre Fernán de Valdivielso duraba demasiado, más de ochenta años sobre las costillas, y un remoto pasado militar distinguido en todas las guerras del imperio bajo el mando remoto de Su Majestad don Felipe II, el Grande. Por qué se había metido a fraile no lo sabía nadie, pero la verdad era que, al ser elegido como confesor real, la orden a que pertenecía se había desembarazado de él con la entera satisfacción de sus autoridades, porque un hombre, por muy fraile que fuese, que se había acostado con italianas, flamencas, francesas y turcas (que se supiese) no podía servir de ejemplo a quienes sólo tenían a mano españolas, y de lo más pacatas. El padre Fernán de Valdivielso llevaba varios años dirigiendo la conciencia del Rey, y lo hacía con la manga ancha del antiguo soldado, buen conocedor de conductas y conciencias, y que cada vez que se le presentaba un problema difícil, antes que consultarlo con los libros o con los maestros vivos, echaba mano de sus recuerdos. Al padre Fernán de Valdivielso, los que deseaban que el Rey continuase por el camino de perdición que llevaba, le deseaban larga vida, pero quienes aspiraban a apoderarse de la conciencia del Rey, y dirigirla, esperaban su muerte y ponían todos los medios legales para que acaeciera cuanto antes. Por eso, de una celda soleada que daba al patio de armas, lo habían relegado a aquel cuchitril helador al que el sol jamás llegaba. El padre Fernán de Valdivielso se defendía a su modo, con mantas y braseros. Como estaba muy viejo, pasaba de la cama al sillón y viceversa, sin otros itinerarios que los indispensables para mantenerse en orden con la naturaleza, pero sabiendo que en uno de esos paseos le llegaría la hora y quedaría en el

camino. El Rey le tenía afecto al viejo capitán, y muchas mañanas, en vez de contarle sus pecados, lo que hacía era escuchar de sus labios el relato de antiguas batallas, cuando las tropas del Rey peleaban con la seguridad de la victoria. «¡Qué hermosos tiempos aquellos!» No obstante lo cual, el padre Fernán de Valdivielso había llegado a la conclusión de que las guerras eran unas barbaridades, y que despanzurrar hugonotes era una operación desagradable, por muy bendecida que fuera por la Iglesia. En realidad, el padre Fernán de Valdivielso, si no se hubiera refugiado en aquel chiscón de la torre noroeste, hubiera acabado en la hoguera.

Cuando, aquella tarde calurosa de domingo, el Rey llamó a su puerta, el padre Fernán se hallaba traspuesto, y nada incómodo con el calor, que le calentaba los huesos. No oyó el suave golpe de los nudillos del Rey, de manera que éste abrió la puerta y asomó la cabeza desgachada, de cuyo cuello colgaba un cordoncito con el Toisón de Oro. El fraile no se movió. El Rey se aproximó al sillón, y tocó una mano del fraile: éste entreabrió los ojos.

—Creí que habías muerto —le dijo el Rey, y el fraile le contestó:

—En cualquier momento puede pasar, eso de irme al otro mundo. Me bastará un ruido un poco fuerte o un estornudo.

El Rey aproximó un escabel y se sentó. Miraba con cariño al confesor.

—Hablaré bajo.

—¿Qué sucede en palacio, para que venga Vuestra Majestad a estas horas?

—En palacio lo de siempre.

—¿Entonces?

—Me quiero confesar.

El rostro del padre Fernán manifestó toda la sorpresa posible en una cara casi enteramente inmóvil.

—¿A confesarse un domingo por la tarde? ¿No habrá hecho Su Majestad alguna de las suyas?

—En todo caso, padre, lo de siempre. Pasé la noche con una prostituta.

—¡Teniendo una mujer tan guapa!

—Como si no la tuviera. Sólo me dejan verla de vez en cuando, y dormir con ella cuando hay que preñarla porque así conviene al Estado. Pero eso no lo decido yo, sino esos que mandan.

—La costumbre cristiana de dormir los esposos juntos evita muchos males. Los cuerpos se conocen y saben cuándo uno necesita del otro.

—Pero está mal visto entre ciertas gentes.

—¿Y si a Vuestra Majestad se le ocurre...?

—Se me ocurre muchas veces, pero hay por el medio puertas y trámites.

El padre Fernán alzó los brazos en la medida en que podía.

—¡Vaya por Dios!

—Es que, además...

—¿Existe un además?

—Sí, padre. Yo quería ver a la Reina desnuda.

—¿Y qué?

—Que lo prohíben todas las leyes divinas y humanas.

—De las humanas, no entiendo mucho, pero, de las divinas... ¿Te das cuenta de que la primera vez que un hombre y una mujer se unieron estaban desnudos?

—Pero, padre, ¿ése no fue el pecado original?

—Eso lo dicen los que no entienden ni de ese pecado ni de otros. Comer del árbol del bien y del mal nunca quiso decir fornicar. Eso, seguramente, lo venían haciendo Adán y Eva con toda regularidad desde que se encontraron juntos la primera vez. Estoy seguro de que fue lo primero que hicieron. Es lo lógico, ¿no? Para eso los había hecho Dios.

—Pues esta mañana, cuando intenté entrar en los aposentos de la Reina, se me interpuso una cruz. Y yo, claro...

—¡Los hay exagerados!

—Pero yo me encuentro a su merced.

—A mí no me es dado abrir ni cerrar puertas, pero si le valen mis palabras, contemple a Su Majestad la Reina como le dé la gana, vestida o desnuda. Es la Reina, es cierto, pero también es la esposa de un muchacho joven...

—Me temo que la tranquilidad de mi conciencia no me sirve de nada. En primer lugar, porque ignoro lo que ella opina. ¿Qué cosas pueden haberle dicho? En segundo lugar, esas puertas...

El padre Fernán hizo un esfuerzo inútil por incorporarse un poco.

—Póngase de rodillas Vuesa Majestad, porque voy a absolverle. Sólo le recomiendo que si fracasa esta noche, espere a otra, y en ningún caso se le ocurra volver de putas.

El Rey bajó el semblante, una especie de mancha rubia y espiritada en medio de la penumbra. Después se arrodilló, y el fraile le echó la absolución.

—Cierre la puerta con cuidado, Majestad. Ya le dije que un ruido fuerte puede matarme. Aunque, para vivir así...

Cuando el Rey hubo bajado media docena de escalones, apareció por allá arriba, cerca de las vigas del techo, una cabeza rapada y astuta, la cabeza de un hombre que bajó rápidamente por otras escaleras nada seguras, por cierto; una escalera que crujía y se bamboleaba, aunque ambas cosas discretamente. El espía de la cabeza rala la bajó sin grandes precauciones, y cuando el Rey llegó al dédalo de los corredores y empezó a orientarse en ellos, un arcabucero cachazudo con su escopeta al hombro, ascendió por la misma escalerilla, se detuvo ante la puerta del padre Fernán de Valdivielso y disparó un tiro hacia el vigamen del chapitel, un disparo de pólvora sin plomo. Se echó al hombro la escopeta humeante y descendió. El estampido recorrió los ámbitos vacíos, atravesó las paredes más livianas y sorprendió al Rey ante un cruce de pasillos, dudoso del camino que debía tomar. «¡Ya está ahí la tormenta! ¿No cogerá desprevenido a mi confesor?» Y eligió el corredor de la izquierda, que le dejó justamente frente a la entrada de sus aposentos. Los soldados que la guardaban presentaron armas.

5. Entró el ujier en el despacho del Valido, por la puerta secreta, o quizá solamente trasera; tosió, y cuando el Valido volvió la cabeza, hizo la reverencia.

—El fraile ya está ahí —dijo.

—¿Es que quiere verme?

—Eso manifestó, al menos.

—Pues que pase.

El padre Villaescusa tardó en entrar, hecho un lío de reverencias y rosarios.

—¿Sucede algo, padre?

—Una desgracia inmensa, Excelencia. Cuando fueron a llevarle la cena al padre Valdivielso, que todo lo hace en su aposento, lo hallaron muerto.

—¿De muerte natural?

—Eso parece, Excelencia. Estaba en su sillón, envuelto en una manta, como siempre. ¡En una manta, con la tarde que hace! Es muy posible que haya muerto de calor.

Si el Valido percibió la ironía de la respuesta del fraile, no se dio por enterado.

—Que le hagan los funerales, y lo entierren dignamente.

—En eso estamos, Excelencia.

—¿Algo más se le ofrece, padre?

—Hay que sustituir al difunto...

—Es un trámite largo, usted lo sabe. Ante todo, tiene que hablar el Rey.

—Es muy posible que el Rey lo ignore todavía. Cabalmente, hace poco que ha entrado en sus aposentos.

—En tanto permanezca en ellos, lo tenemos seguro.

—¿Me da, pues, licencia para retirarme?

El Valido tardó unos instantes en responder, pareció abstraído, y el fraile respetó su silencio. Por fin dijo:

—Padre Villaescusa, ¿quiere usted sentarse?

—Mi humildad, Excelencia...

—Déjese de cortesías. Ahí tiene su sillón, póngalo frente al mío, y ocúpelo.

—¡Si Vuestra Excelencia lo manda!...

El capuchino quedó sentado ante el Valido, la enorme mesa entre los dos. Quedó sentado, con la cabeza gacha, pero mirando al Valido de reojo. Éste parecía haber vuelto a su mutismo. Mientras duraba, el capuchino echó mano al rosario y comenzó a bisbisear avemarías.

—Déjese ahora de rezos, padre, que ya habrá tiempo para ellos. Tengo que hacerle una consulta. En realidad, usted conoce los antecedentes. Lo que quiero preguntarle es si ha pensado ya sobre mi caso.

— No rezo por otra cosa que por su solución.

—¿Y qué se le ha ocurrido?

—Que en vista de que la Providencia no toma en cuenta nuestros ruegos, habrá que forzarla.

—¿A la Providencia?

— Sí.

—Pero, ¿no es eso un sacrilegio?

—¿Lo son acaso las penitencias, los sacrificios?

—No. Nunca lo he oído.

—El remedio que yo he encontrado, eso que acabo de llamar forzar a la Providencia, es un sacrificio.

—Tendría que ser más explícito, padre.

—Lo seré si Su Excelencia me autoriza a hacerle ciertas preguntas.

—Esa autorización está implícita en la naturaleza de esta entrevista. Le estoy consultando como teólogo y moralista.

El capuchino abandonó el rosario que todavía permanecía entre sus dedos, y cruzó las manos a la altura del pecho. Y, a su vez, se entregó a un mutismo profesional que hizo esperar al Valido, anhelante hasta que el padre Villaescusa dijo:

—Cuando Vuesa Excelencia llega al lecho de su esposa y cohabita con ella, ¿obtiene algún placer?

—Lo mismo que todo el mundo, ni más ni menos que todo el mundo.

—¿Y ella?

—A juzgar por los síntomas, padre, creo que sí. Vamos, estoy seguro de que sí, y, las más de las veces, más aun que yo. Las mujeres en eso, como Vuesa Paternidad sabe o habrá oído, son un poco más exageradas que los hombres. Al menos gritan más.

El capuchino se llevó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío, Dios mío! Es tolerable que los hombres gocen del placer carnal, pero las mujeres deben ignorarlo, al menos las decentes, digan lo que digan los moralistas, que nunca son de fiar. Y también se habrá desnudado alguna vez, ¿verdad?

—Probablemente más de una, padre. Si ella lo pide, ¿cómo voy a negarme? Cuando me casé, me informaron de mi obligación de mantener la armonía conyugal, y también fui advertido de que las mujeres son más débiles, y de que hay que comprenderlas.

El capuchino le miró con dureza, como si todas las cóleras de Jehová se hubieran resumido en su mirada.

—¿Y en esas condiciones espera alcanzar del Señor la merced de la descendencia? ¿Aspira a concebir esos hijos de pecado a que alude el salmista cuando dice: *Et in peccato concepti me mater mea*?

El Valido le devolvió la mirada, no iracunda, de incompreensión.

—También fui informado, padre, acerca de los lícitos placeres del matrimonio.

—Yo no culpo a Su Excelencia, sino a quienes tienen a su cargo la salvación de su alma. ¿Es jesuita su confesor?

—Me fue recomendado por el Señor Cardenal Primado.

—Gente dudosa, los jesuitas. Quieren hacerse con el poder del mundo tolerando las debilidades humanas. Para los jesuitas, todo es pecado venial, y eso en el peor de los casos. En el informe que estoy redactando para Vuesa Excelencia acerca de la sesión del Santo Tribunal de que hemos hablado, me extendo largamente sobre la actuación de un padre jesuita, ese portugués llamado Almeida, que no sé de dónde viene ni adónde va. Fue el único de los presentes en justificar los devaneos del Rey. Que, por cierto, coinciden en cierto modo con lo que Vuesa Excelencia acaba de confesarme.

—Es que, padre, el protocolo de palacio no influye en mi vida privada, no me afecta, y no creo que mis pecados particulares alteren el destino de los súbditos de estos reinos. El Rey y sus pecados son otra cosa.

El capuchino meditó, mientras su mano diestra buscaba el crucifijo de su rosario y se aferraba a él.

—Efectivamente, el Rey y sus pecados son otra cosa, y las liviandades de Su Excelencia no afectan al destino de la monarquía. Pero, ¿y su destino personal? ¿No han informado también a Vuescencia de que existe una moral para el pueblo y otra para quienes lo dirigen? El pueblo necesita un aliciente para procrear, porque sin eso no tendríamos soldados. Pero a los grandes se les exige otra conducta. A los grandes, el abuso, incluso el uso, de los placeres de la carne, los lleva a la decadencia. Podría poner a Su Excelencia muchos ejemplos, incluso dentro de su propia familia.

—Pero, padre, yo no he buscado el placer fuera del matrimonio. Al menos desde que estoy casado.

—No dudo de que las costumbres de Vuescencia sean ejemplares, pero advierta que lo ejemplar puede no ser lo moral, ni siquiera la conveniente. Lo ejemplar es lo que se ve desde fuera. ¿Y qué se ve desde fuera? Que Vuescencia no tiene queridas ni va de picos pardos. Eso está bien, pero no basta. Hay que ser ejemplar, además, delante de la cara del Señor, que es quien castiga o premia. El Señor no da hijos a Vuescencia. ¿Por qué?

—Eso digo yo: ¿por qué?

El capuchino alzó en el aire, cara a la luz de los velones, el Cristo de metal que su mano diestra agarraba.

—Ahí lo tienes, crucificado por nosotros. ¿Qué hace Vucencia en pago de ese sacrificio?

El Valido miró al Cristo alzado; luego inclinó la cabeza y la movió: a izquierda y a derecha.

—Nada especial. Soy un hombre como todos.

—Los mortales nunca podremos saber cómo piensa el Señor, pero los entendidos algo podemos conjeturar de las circunstancias. Por eso, Excelencia, he dicho que hay que forzar al Señor.

—Y yo no lo entendí.

—Quizá yo mismo tampoco. Si lo pienso, no lo entiendo, pero por algo lo dije, y no lo dije en vano: vamos a forzar al Señor, pero a condición de que Vucencia y, sobre todo, su esposa, renuncien al placer. Con esa condición, yo me atreveré a hacer algo de lo que espero el remedio.

—Algo, ¿qué?

—Si Vucencia me lo permite, mañana se lo diré. Guarde castidad hasta entonces.

6. El convento de los franciscanos lo habían construido alrededor de una encina, que ofrecía desde entonces en torno a su tronco un banco de tablas para aliviar, aunque no demasiado, las posaderas de quienes buscasen cobijarse allí del sol. Eran, sobre todo, los jóvenes los que acudían a aquella sombra, pero, después del atardecer, nadie osaba sentarse, ni casi atravesar el claustro, porque corría la voz de que sólo tras la puesta del sol el padre Rivadesella mantenía sus entrevistas con el Maligno, en aquella penumbra: a quien, por cierto, quiere decirse al Maligno, jamás el padre Rivadesella llamaba así, sino mi Interlocutor Misterioso, aunque algunas veces se permitiese bromas denominativas, si bien mentales, que había aprendido, de niño, en su Asturias lejana, como llamarle el Trasgu. Aquella tarde de otoño, a causa de la sesión del Santo Tribunal, el padre se había demorado, y cuando atravesó las arenas del jardín, iba temiendo que el Trasgu se hubiera ido, impaciente de tanta espera. De todos modos, se sentó en la parte más tenebrosa, y tuvo tiempo de rezar y de pedir al Señor la protección que necesitaba su alma, y quizá también su cuerpo, para permanecer junto al diablo sin mayor daño. No era una oración larga, aunque sí intensa; pero aún le quedó tiempo para desesperar y tomar la decisión de esperar un espacio digamos de cortesía, y marcharse después. Su mirada recorría la oscuridad, la perforaba, en busca de algo en cuya forma o cuyo cuerpo el Trasgu se pudiera haber instalado, pues nunca se presentaba bajo el mismo aspecto, aunque jamás lo hubiera hecho valiéndose de objetos desagradables o viles: que si un gallo que se subía a la bancada y acurrucaba su cresta contra el hábito del fraile; que si un pajarillo que se acogía al cobijo de su regazo, que si un perro de buena talla que le lamía las sandalias. Una vez, había sido la rama más crecida de la encina; otra, un remolino de viento, casi corpóreo. Nunca una sabandija, ni un sapo, ni un ciempiés. Los tratos de aquellos dos, al menos de la parte del Trasgu, siempre habían sido delicados. El padre Rivadesella, en cambio, suponiendo que el diablo careciera de olfato, no se privaba de ventear, si le venía en gana.

Ya iba a marcharse el fraile, cuando le pareció que, a su izquierda, la oscuridad se hacía más compacta y que cobraba una forma aproximadamente humana, aunque de un varón muy alto y muy delgado que se hubiera sentado a su lado, y montado una pierna

sobre otra. El padre Rivadesella se santiguó y dijo en voz alta: «Ave María Purísima», y el Trasgu le respondió:

—No seas imbécil. Si fuera fe, me echaría a temblar; como es superstición, no me incomoda.

—La costumbre es la costumbre.

—A veces la olvidas.

Era verdad, pero sólo en cierto modo: el hábito de aquellas entrevistas le había quitado al padre Rivadesella el miedo a los infiernos y, a la escena, todo dramatismo: hablaba con el diablo con la misma tranquilidad que si charlase con un viejo amigo, y las palabras que se cruzaban más bien pertenecían a las habituales del brazo secular; de manera que el fraile metió las manos en los bolsillos y se rascó los muslos, que le picaban de calor.

—Ya sabrás la que has armado en las últimas horas.

—Tengo una idea, pero no la he armado yo. Vengo de un viaje largo y aún estoy fatigado y convencido, por si no lo estaba ya, de que los hombres son estúpidos en todas las latitudes.

—Pues tu presencia en la corte se ha manifestado de diversas maneras, como si dijéramos, para que las entendieran todos los caletres. El párroco de— San Pedro te vio esta noche flotando en las alturas, y no puedes quejarte, pues le pareciste un hermoso mancebo que dejaba en el aire, al surcarlo, un rastro de plata.

—El párroco de San Pedro es un viejo chocho que ve visiones. Esta noche pasada, ni floté por los aires, ni hubo parejas de brujos fornicadores ni nada de lo que ese pobre viejo dijo haber visto. Lo que sucede es que, con ese catalejo del que disfruta, al verlas más cerca, las nubes se le antojan endriagos. Te puedo asegurar que, la noche pasada, el cielo de la corte estuvo libre de demonios.

—¿Y esa hendidura de la calle del Pez, por la que salían los azufres mefíticos del infierno?

—El infierno no está en el centro de la tierra, como os dicen, como tú mismo dices cuando predicas, ni con ninguna clase de combustibles. El infierno es frío.

Al padre Rivadesella le entró un escalofrío que le dejó callado. Cuando pudo, preguntó:

—Entonces, ¿dónde está?

—El infierno no está, es. Igual que el cielo.

—Pues no lo entiendo.

Había salido la luna, que partía en dos el ambiente: la mitad del claustro en tinieblas, la otra mitad iluminada, y el resplandor permitía al padre Rivadesella percibir los contornos de la sombra que, a su izquierda, se mantenía con las piernas cruzadas, pero que movía las manos. Quizá llevase barba puntiaguda, quizá no; quizá llevase la melena caída sobre los hombros, como cualquier caballero.

—Si sostuviese esa tesis delante de un tribunal, me mandarían a la hoguera.

—Según. Si la disputa se desarrollaba en latín, quizá sí; pero, en lengua romance, las diferencias entre el ser y el estar son muy evidentes.

—Sí; pero las disputas teológicas se desarrollan en latín.

—En esa lengua también es posible distinguir entre el ser y el estar.

—Pero no tan claramente.

El fraile se remegió en su asiento, como inquieto.

—¿Es éste el tema de nuestra reunión de hoy?

—El tema, eres tú el que lo propone.

—Pues lo que hoy nos preocupa a todos los teólogos es esa ocurrencia del Rey, de ver a la Reina desnuda.

—Desde mi punto de vista, la cosa carece de importancia. ¿Qué más da que la vea desnuda que en camisión?

—Pero, ¿de verdad que no es pecado?

—Sólo es pecado lo que se hace como pecado, y en la conciencia del Rey no hay semejante intención. Se trata de una simple curiosidad y de un deseo legítimo.

—¿Legítimo?

—¿Por qué no? A mí, por lo pronto, no me va ni me viene, y supongo que al Otro le sucederá lo mismo. En esas cuestiones, solemos estar de acuerdo.

—Entonces, que el Rey vea o no a la Reina desnuda, ¿no influye en la llegada de la armada a Cádiz, o en la derrota de nuestras tropas en Flandes?

—La arribada de los barcos a Cádiz depende sólo de que los ingleses lleguen a tiempo de impedirlo, y la derrota de las armas españolas en Flandes tiene bastante que ver con la calidad del armamento, con la disciplina de las tropas y con la posición de los contendientes. Dados esos factores, ganará el general que sepa usarlos mejor.

—Entonces, ¿no influye la oración? En todas las iglesias de estos reinos se ruega por la suerte de la monarquía.

—Sí. Sin pensar si lo que vosotros llamáis suerte de la monarquía es justo o injusto. El Señor sólo escucha las oraciones que imploran la piedad y la justicia, y vosotros no sois justos ni piadosos. No sois más que católicos.

—¿Es que tú no lo eres?

—Sí, pero a mi modo. Quiero decir que lo soy desde la parte contraria.

El padre Rivadesella se rascó la cabeza, y lo hizo en silencio, pero en su mente se abría paso, con dificultades, una pregunta arriesgada. Más que una pregunta, una corroboración.

—Entonces, que el Rey vea o deje de ver el ombligo de la Reina, es un acto intrascendente.

—Ni para Dios ni para mí hay reyes ni vasallos, sino sólo hombres y mujeres. Tampoco hay Estados, ni monarquías. Todo eso lo habéis inventado vosotros, y pretendéis involucrarnos en vuestras peleas. Pero, para nosotros, no hay hugonotes ni católicos, ni hay cristianos ni turcos, sino hombres de buena o mala voluntad. Los de mala voluntad son los que a mí me tocan, y ya estoy hartos.

El padre Rivadesella se había estado santiguando, una y otra vez, y cuando el Maligno terminó su perorata, llevaba una cruz a medias.

—¿Leíste a san Agustín? —le preguntó al Diaño, y éste le respondió:

—Ése es uno que se me escapó de las manos por puro milagro. Sí, lo he leído, y aunque en parte tenga razón, en parte no la tiene.

—¿Niegas la Providencia?

—La entiendo de otra manera, que es la correcta, según se me alcanza, y no olvides que habré perdido el favor del Otro, pero que mis buenas cualidades subsisten. Después de Él, soy el más inteligente de los seres.

Sobrevino un gran silencio que oscureció más todavía el ámbito del jardín, acaso porque una nube furtiva había cubierto la luna. El padre Rivadesella se regocijaba en su

intimidad de aquellas circunstancias que le permitían dialogar, de tú a tú, con el ser más inteligente de la Creación, después de Dios, sin necesidad de aquellas ataduras, ascetismo y sacrificios a que se sometían los que con Dios hablaban: coloquios de los que no debían de sacar gran cosa, al menos en el orden conceptual, a juzgar por lo que escribían después, que todo se les iba en éxtasis y delirios, como si Dios no fuera inteligente, sino sólo amoroso. El corazón del padre Rivadesella no era de los que se conmovían fácilmente, en tanto que su inteligencia, a partir de ahora, quedaría preocupada por aquel modo de entender la Historia que excluía de la Gran Batalla a Dios y al Diablo. De pronto, dijo el Trasgu:

—Todo lo que estás pensando puede llevarte a conclusiones erróneas. Déjalo donde está y otro día continuaremos. Ahora tengo que irme a Roma.

—¿Qué se te pierde allí?

—Tengo mi oficina abandonada y las cosas del señorito no van bien. Quiero echarle una mano.

—Pero, ¿no te basta con quererlo para que todo se arregle?

El Trasgu se levantó; la oscuridad más compacta de su cuerpo revelaba una figura esbelta, y, a poco que se moviera, cimbreada. Al padre Rivadesella le recordó algo, pero, al igual que aquella tarde en la sala de los consejos del Santo Tribunal, lo único que se le representó en la mente fue la figura de un gallo.

—Los milagros menores me están vetados. Si quiero ayudar a alguien tengo que hacerlo por los medios corrientes, y no es nada fácil.

7. Todo quedaba ordenado, en el palacio y en la monarquía: hasta los cortesanos congregados en un salón donde un quinteto napolitano tocaba música. El Valido echó un vistazo a la posición de sus papeles encima de la mesa: lo hacía todas las noches, al marcharse, para saber al día siguiente si alguien había hurgado en ellos, y en cuáles. Los accesos al despacho quedaban cerrados por dentro, y él salió por una puertecilla cuya llave le cabía en la escarcela. En la antesala dormitaban dos ujieres; medio les despertó al decir: «¡Hasta mañana!» A su paso por los corredores, varios sombreros se rindieron, pero los guardias no golpearon el suelo con las alabardas, porque el que pasaba no era todavía Grande, y, ante el Rey, tenía que arrastrar las plumas del sombrero. Sin embargo, se le saludaba con respeto y se le miraba con miedo. En la escalera que bajaba hasta el zaguán, coincidió con su prima, la camarera mayor, que también se iba. Le preguntó si tenía carruaje; ella le respondió que sí; le preguntó que si tenía escolta; ella le respondió que no.

—Pues vente en mi carroza, y te llevaré a tu casa. A estas horas, las calles de la corte no son nada seguras.

Ella aceptó, el Valido le tuvo el estribo, y uno de los gupilas que ayudaban dio recado a la carroza de la duquesa de que les siguiera. Desde la suya, por la ventanilla abierta, el Valido dio las últimas órdenes.

—Si llegan correos de Andalucía o de Flandes, que vayan a mi casa, cualquiera que sea la hora.

Cerró la ventanilla y se volvió a su prima.

—Del mensaje que traigan esos dos, depende la suerte de la monarquía, y también la nuestra, porque si la armada no llega a Cádiz, ni tú ni yo cobraremos nuestros emolumentos. Las arcas del Rey están vacías.

—Pues me gustaría saber en qué se gasta el dinero, porque los sueldos son bajos, la comida mala, y los vestidos de la Reina, de lo más barato que se encuentra en el mercado.

—¡No sabes lo que se pierde en pagos de intereses! Más de la mitad de lo que llega se lo llevan los acreedores.

—¿Y las guerras?

—¡Bah! Nuestros soldados viven de lo que pillan.

La carroza, escoltada de cuatro arcabuceros a caballo, había dado la vuelta a la plaza de armas del Alcázar y atravesaba la puerta. Gente en grupos no se dignaba mirarla: aquí, unos golfos jugaban a los dados; más allá, un ciego con su guitarra, cantaba sus sátiras en verso, y cuando no sátiras, milagros. Y en otros corrillos de hambrientos probablemente se murmuraba, y en la indiferencia al paso de las carrozas mostraban su desprecio. El Valido comentó:

—Nadie nos ama.

Y la duquesa le respondió:

—Motivos para amarnos, no les damos.

—Las cosas vienen así.

—Pues ellos, lo mismo que nosotros, procuran que no les cojan.

Quedaron en silencio. La carroza daba tumbos por las calles mal empedradas; de vez en cuando, la luz de una lamparilla dejaba caer un destello fugaz sobre los rezagados enfrentados. El Valido se santiguaba; la duquesa, no.

—¿Y qué sucede por los aposentos de la Reina? —preguntó, por fin, el Valido.

—Allá ha quedado, en espera de un baño tibio.

—¿Dices de un baño?

—Sí. La pobre cree que su marido la visitará esta noche.

—Habrás dejado todo bien dispuesto.

—Por lo que a mí respecta, sí, y con hartos dolores de corazón. No es que ame a la Reina con amor sublime, pero me da pena de la pobre chica, compuesta y sin novio, como quien dice.

—Las cosas no pueden ser de otra manera.

—Lo que yo no me explico, es con qué derecho os metéis en esas intimidades. Si los Reyes quieren dormir juntos, allá ellos. Si se quieren desnudar será porque les gusta. Yo, si las cosas vienen bien, también pienso hacerlo esta noche.

—Eres una viuda decente. Si andas de trapicheo, y se sabe, puedes perder tu puesto.

—También soy una viuda joven, y estas noches calurosas no invitan a la soledad. Tampoco las frías del invierno, es lo cierto. En el invierno, el cuerpo pide el calor de un compañero.

—¿Y también te bañas?

—Sí.

—¿No tienes miedo a que te denuncien?

—La azafata que me ayuda se baña también, y tampoco duerme sola. En cuanto a mis criadas y criados, los que no son moriscos o judaizantes, son de la secta iluminada, de modo que callarán por la cuenta que les tiene.

—Eso se llama rodearse de precauciones.

—No hay más remedio que hacerlo. Tú dices que las calles de la corte no son seguras. Pero, ¿hay algo seguro en la corte? Tú, de quien se dice que serás el hombre más poderoso de la monarquía, ¿estás seguro? ¡Ni siquiera el Rey lo está!

Fuera sonó un ¡Sooo! autoritario y prolongado, y se detuvo la carroza. Los cuatro arcabuceros se situaron a los lados, junto a las ventanillas. El Valido sacó la cabeza.

—¿Sucede algo?

—Una procesión, Excelencia.

Habían llegado a un cruce, y por la calle que cruzaba, pasaban dos filas de frailes con antorchas, y, en el medio, penitentes con maderos, con cadenas en los pies, con disciplinas que les marcaban de sangre las espaldas. Rezaban a media voz, y, cada cuantas avemarías, quejas, gritos de dolor, exclamaciones:

—¡Ten piedad de nosotros, Señor! ¡Aparta de nosotros esa serpiente maligna! ¡No castigues a tu pueblo inocente!

Cerraba la doble fila el padre Villaescusa, de sobrepelliz y bonete, con una cruz negra alzada que apoyaba en su cintura. Tardaron en pasar un rato. Después la carroza del Valido siguió su camino, hacia el hogar de la duquesa.

8. El Rey pudo echar un vistazo al espejo, de refilón, y a pesar del miedo que le hacía temblar, miedo o quizá deseo, aprobó, al menos en primera instancia, la imagen que el espejo le devolvía. Entonces se miró de frente y con franqueza: se había puesto un traje blanco, sin más adornos que el realce de la tela, y había conseguido dominar, a fuerza de agua y peine, el cabello rebelde y pálido, que, así aplastado, remataba bien la figura. Llevaba al cuello colgada una miniatura del Toisón, y estuvo a punto de quitársela también, pero, como pensaba dar una vuelta por el salón donde a aquellas horas aún quedaban cortesanos, prefirió dejarla, aunque más tarde se la guardase en la escarcela. Se sonrió a sí mismo, y salió. Al llegar al corredor más ancho, escuchó músicas que venían de la parte del salón, y hacia allí se dirigió. No abrió la puerta de golpe, ni permitió que lo anunciaran, sino que primero la entreabrió, y pudo ver a la gente danzando y, allá al fondo, subidos a la tarima, una tropa de músicos y cantores. Le pareció un buen presagio, entró y se deslizó pegado a una de las paredes, sin que nadie le hubiera descubierto, o, al menos, sin que nadie diese muestras de que lo había visto entrar. Se acogió al hueco de una ventana, casi tapado por las cortinas, pero allí había alguien, o recatado, o escondido. El que allí estaba, se destocó y rindió el sombrero. El Rey lo reconoció en seguida.

—Esta mañana, conde, os he mandado cubriros.

—Pero Vos, Majestad, vais ahora destocado, y no encuentro cortés...

—Gracias, conde. ¿Qué sucede?

—Que la señorita de Távora danza ella sola en medio de ese corro, y lo hace tan bien, que la contemplan y le llevan el ritmo con las palmas.

—Es hermosa, además.

—Sí, Majestad, muy hermosa y ligera de cascos, según dicen.

—Hay tantas murmuraciones en la corte.

—Algunas con fundamento.

—¿Y no os tienta danzar? ¿O es que la vida de la mar no os ha dado lugar a aprenderlo?

—Si Vuestra Majestad lo autoriza, me gustaría hacer frente a esa portuguesa.

—Sólo en el caso de que pudiera verlo desde aquí, sin ceremonias.

—Prometo a Vuestra Majestad la mayor discreción.

El conde de la Peña Andrada hizo una reverencia y salió del escondrijo. Nadie advirtió su llegada, hasta que traspasó el corro de cortesanos y se plantó delante de la de Távora. Le hizo una reverencia y lanzó el sombrero al aire; pero el sombrero, como un bumerang, voló por el salón y volvió a la cabeza de donde había salido. Los cortesanos, unánimes, dijeron «¡Oh!», y la dama portuguesa se detuvo en su danza.

—¿Me permitís danzar con Vos?

—¡Si sois capaz... !

Los músicos habían suspendido la tocata, pero la reanudaban a una señal del conde. Se ensanchó el corro. La señorita de Távora llevaba la iniciativa, pero el conde la seguía sin un error; hasta que fue él quien tomó la delantera y la señorita de Távora le seguía, ágil, esbelta, desvergonzada, por cuanto a veces alzaba las faldas y dejaba al descubierto la hermosura de sus piernas, envueltas en medias moradas. El Rey, desde su escondite, no perdía ripio, y gozaba de la agilidad y destreza de los danzantes, y con las figuras y puntos hasta entonces nunca vistos en la corte, a que se entregaban. Hasta que alguien le chistó: Colette, la azafata de la Reina, estaba junto a él. No le hizo reverencia ni clase alguna de ceremonia. Se limitó a aproximarse hasta poderle pegar la boca a la oreja (el Rey se había inclinado), y decirle:

— Esta noche, señor, a las once en punto. No se demore Su Majestad.

Y se escurrió la azafata, hasta perderse tras la oscuridad de un portón. Los bailarines continuaban su loco juego de ida y vuelta, de toma y daca, de oferta y de repulsa, de seducción y rendimiento; hasta que la mademoiselle no pudo más y se dejó caer, aunque cuidándose de guardar la compostura, pues nada se le vio que no pudiera vérselo. El corro de cortesanos aplaudió, el conde de la Peña Andrada la ayudó a levantarse, y en la operación de ayudarla, ella le deslizó al oído que le esperaba aquella noche para una danza más recoleta.

—A eso de las once, más o menos.

Cuando estuvo de pie, la señorita de Távora hizo una reverencia al público, la volvieron a aplaudir. Pero en aquel momento el Rey había salido de su escondite, y se aproximaba al corro de los cortesanos. Se inclinaron todos, pero el Rey fue derecho a doña Francisca, y le dijo, mientras ella se inclinaba:

—Danzáis maravillosamente, señorita.

Y ella le respondió:

—Pues mi pareja tampoco lo hizo mal. —Y dirigiéndose al conde le preguntó—: ¿Dónde lo habéis aprendido?

—En todas las islas perdidas de esos mares donde los hombres y las mujeres danzan, pero muy especialmente en el norte de Portugal.

Una lágrima de saudade nubló los ojos de doña Francisca.

—Debí suponérmelo. Sólo allí se bailan esos puntos y esos trenzados.

—Un poco más arriba, señorita, también.

—¿Es que sois de por allá?

—¿No me lo notáis en el acento?

—Sólo había notado que cantáis al hablar.

El Rey preguntó: «¿Qué hora es?» Y le respondieron que poco más de las diez. «¡Que siga la danza!», ordenó, pero el conde de la Peña Andrada se apartó de los danzantes y quedó al lado del monarca.

—¿Estás cansado?

Por respeto a la presencia del Rey, se inició una lenta, ceremoniosa y aburridísima pavana, en la que doña Francisca no tomó parte: se escabulló hacia los internos del palacio. El conde de la Peña Andrada fue empujando suavemente al Rey, hasta alejarlo. Mantenía el sombrero en la mano, y comenzó a describir las danzas de mujeres desnudas que había presenciado en las islas del mar del Sur, y lo que de ellas había aprendido.

—¿Y esas mujeres andan desnudas todo el día?

—Sí, Majestad. La suavidad del clima se lo permite.

El conde pensó que, en aquel momento, el Rey lamentaba no serlo de una de aquellas islas. Por ahorrarle tristezas, cambió de conversación.

9. —Y el Rey, ¿qué te dijo?

—De palabra nada, pero se le iluminó el rostro como si le hubiera encendido dentro una luz. También enderezó el cuerpo, que parecía un poco decaído. Fue como si el recado le hiciera otro hombre.

—¿No danzaba con los otros?

—Los contemplaba desde un rincón, y no parecía muy divertido.

—Entonces, ¿tú crees que vendrá?

—Estoy completamente segura.

Encima de la cama de la Reina, cabida para cuatro, donde la rubia, frágil inquilina tenía suficiente con un rincón, había extendido hasta media docena de camisones, distintos de corte, en la materia del tejido, en la intención moral. El más llamativo de ellos, pesado de textura y con mucho realce de bordados, rígido hasta tenerse de pie sin necesidad de soporte, mostraba, a cierta altura, un agujero ribeteado, y encima, una cruz encarnada, y esta leyenda en letras oscuras: «Vade retro, Satanás.» La Reina lo señaló.

—¿Será éste el que me ponga? Todos los confesores lo aconsejan, y sé de alguna de mis damas que los usan parecidos.

—Con esas rigideces, señora, será un embarazo quitárselo. Además, esa leyenda echa atrás al más pintado.

—Tú, ¿cuál me aconsejarías?

La azafata señaló uno de seda suave y casi transparente, escaso de anchuras y corto, que le vendría a la Reina hacia la mitad del muslo.

—Ése, sin duda.

La Reina se cubrió los ojos con las manos.

—Pero, ¡si apenas cubre nada!

—Señora, si no he entendido mal, se trata de acabar enseñándolo todo.

—Sí, pero sólo al final. Primero tengo pensado organizar al Rey una o dos peleas. Una, al menos, desde luego: ayer se escapó de palacio y durmió con una furcia.

—Vuestra madre, mi señora la Reina de Francia, tenía pruebas fehacientes de que el Rey, vuestro padre y mi señor, la engañaba con todas las mujeres que encontraba a su paso, y, sin embargo, jamás se lo recriminó. Vuestra madre, la Reina mi señora, puede ser un buen ejemplo en este caso.

—Es que tampoco puedo quitarme el camisón así como así, sólo porque él me lo pida. Habrá que pelear un poco.

—En ese caso, mi señora, estoy de acuerdo, a condición de que todos los noes que pronuncie Vuestra Majestad valgan por otros tantos síes.

—¿En español o en francés?

—Yo los alternaría.

La Reina cogió el camisón elegido por Colette: cabía en un puño de puro sutil; y cuando lo extendió en el aire, se veía a Colette a través de su tejido.

—Si llevo esto puesto —dijo la Reina—, me temo que no tendrá necesidad de desnudarme.

—Esa prenda, Majestad, es un símbolo, y a los símbolos también se los destruye.

La Reina empezó a recoger los otros camisonos y se los entregó a Colette.

—Guarda eso. ¿Cómo estará el baño?

—No muy caliente, me temo.

—La noche pide algo de fresco para el cuerpo. ¿Están bien cerradas las puertas?

—No pase cuidado Su Majestad: sé de muchas grandes damas de palacio que también se bañan, y, además, se perfuman. Así gustan más a los hombres.

—También ellos podían lavarse un poco y oler mejor.

La azafata abrió una puertecilla, y precedió a la Reina con el candelabro en alto. Había, en medio de la habitación, una tinaja ligeramente antropomorfa, llena de agua. La azafata examinaba a la Reina con atención, sin dejar el candelabro.

—¿No miras demasiado, Colette?

—Nadie diría que Vuestra Majestad ha tenido un hijo.

La Reina, sin responderle, se metió en el agua: cuidadosamente, primero esto, después aquello, luego hasta la cintura, finalmente hasta el cuello. Colette dejó la luz encima de un arcón.

—Voy a buscar la toalla.

Y salió sin ruido.

10. Con un catalejo como aquél, traído de regalo por algún almirante vencido, se veía claramente, desde la ventana del salón, la esfera del reloj de la torre de San Pedro, a aquella hora que le daba la luna. Esperó el Rey a que faltasen sólo cinco minutos, dejó el catalejo en cualquier parte, y salió a la antesala, donde los guardias se habían dormido; pasó en puntillas, cerró con cuidado, y ya en su cuarto empujó el picaporte que abría la puerta de aquel corredor que le unía con los aposentos de la Reina; y el picaporte obedeció, no la puerta, cerrada seguramente con llave. Hizo, sin embargo, un par de tentativas inútiles, y sólo a la tercera volvió sobre sus pasos, pero saliendo a un corredor lleno de sombras, que recorrió casi hasta el final. Allí la puerta cedió: era la misma que aquella mañana el padre Villaescusa había atravesado con la cruz. Entró en una antesala en penumbra, y, al cerrar tras de sí, oyó como un rumor de rezos. Abrió otra puerta, y se halló en una sala, alumbrada por los cuatro cirios que marcaban las esquinas de un ataúd puesto en el suelo, encima de una alfombra negra. Al fondo, un grupo de frailes con las capillas echadas, rezaba a media voz. Los cirios iluminaban lo bastante el ataúd, de modo que el Rey pudo ver el rostro de su confesor, vestido con sus hábitos, las manos cruzadas sobre el pecho, y, entre ellas, una crucecilla de palo liso. El Rey, después de un titubeo, se arrodilló, contempló al muerto, se cubrió los ojos con las manos, y rezó un padre nuestro turbado de imágenes lascivas, mitad recuerdos, mitad esperanzas. Pensó que estaba pecando, pero reflexionó que imaginar a su mujer desnuda no era pecado. Se levantó, se santiguó y se dirigió a la puerta del fondo; pero, los frailes se habían juntado frente a ella en un grupo compacto, y seguían rezando, inmóviles; dio varias vueltas en busca de un lugar penetrable, y acabó por decir: «Dejadme, soy el Rey.» Pero ellos no se

movieron, ni le respondieron, ni dejaron de rezar. Intentó abrirse paso, pero parecían de piedra, no sólo inmóviles, pesados. Quedó, con su cara pasmada, en el lugar vacío entre el ataúd y los frailes rezadores, no sabiendo qué hacer. El poco latín que' sabía le permitía reconocer, en los rezos, los salmos penitenciales, aunque sin el gorigori, y ganas le vinieron de unirse a ellos y rezar también. Pero le pareció que la mirada del difunto traspasaba los párpados y le miraba como lo había hecho aquella tarde, al decirle que no era pecado ver a su mujer desnuda, y que en vez de tener los lechos y los aposentos separados, debían dormir en la misma cama, como la gente sencilla, para que los cuerpos se conociesen y se acostumbraesen el uno al otro: que así lo mandaba la ley de Dios. Hizo una genuflexión delante del ataúd, y salió de aquella sala por donde había entrado, atravesó la antesala en penumbra, y se halló por segunda vez en el inmenso pasillo. Había muchas puertas: las fue tentando una a una, pero todas estaban cerradas. Y tuvo la sensación de que el mundo estaba cerrado para él, de que lo habían rodeado de soledad y de silencio, y de que los aposentos y el cuerpo de la Reina eran inaccesibles. Se echó a llorar.

—Llorando no se va a ninguna parte, señor —dijo, al lado de su oído, una voz tenue: reconoció al conde de la Peña Andrada.

—¿Qué hacéis aquí?

—Voy a una cita, como Vos.

—Todas las puertas están cerradas.

—La mía, no, Majestad.

—¿Y por qué tú gozas de ese privilegio?

—No soy el único, señor. Detrás de cada puerta cerrada hay una cama y una pareja. Algunas son legales. Las más, no. La que me espera, por supuesto, no lo es.

—Ya será esa casquivana de doña Paca de Távora.

El conde le respondió con una ligera inclinación.

—Es muy hermosa dama, Majestad.

—A la Reina no le es simpática.

—Es natural, señor. Una refinada francesa y una exuberante portuguesa no están llamadas a entenderse. Es como si Vuestra Majestad comparara a Camoés con Ronsard.

—De Camoés he leído muchos versos, pero a ese otro no le oí nombrar nunca.

—Seguramente, señor, Su Majestad la Reina lo sabrá de memoria.

El Rey quedó pensativo.

—¿Sabes que la Reina me estará esperando?

—Lo supongo.

—¿Sabes que me han cerrado todas las puertas que conducen a su aposento?

—Si no fuera así, Majestad, no os hubiera encontrado llorando en estas soledades.

—¿Y qué piensas?

Se hallaba al extremo del pasillo junto a una ventana cerrada. El conde abrió las maderas, y entró un difuso resplandor de luna.

—Si abrimos las vidrieras, oiremos latir el corazón de la ciudad dormida.

—Ábrelas.

Quedaron las vidrieras franqueadas, y, a la vista, una parte de la corte dormida y lunada. Todo estaba en silencio.

—No oigo ese latir que dices, conde.

—Hay que levantar el silencio como se levanta un cobertor. Entonces llegará hasta nosotros un bullicio lejano hecho de mil ruidos diferentes, desde el grito del que asesinan en la oscuridad unos rufianes pagados, hasta el gemido de placer de una muchacha que acaba de descubrir el amor, porque su marido se fue de viaje y ella ha decidido, por fin, recibir como amante al hombre que la cortejaba. ¿Sabe Vuestra Majestad que ese hombre le pedirá que se desnude? Pero también hay maridos que arrojan a sus mujeres del lecho porque ellas pretenden desnudarse. Los hombres y las mujeres de esta corte no piensan hoy en otra cosa, porque se dijo que el Rey, Nuestro Señor, quería ver a la Reina desnuda. Se dijo en todos los corrillos, en todas las esquinas, en todos los locutorios. No se dijo, pero se aludió, en los púlpitos, y andan por la ciudad procesiones de penitentes en rogativa de que no les alcance la venganza del Señor por los pecados del Rey.

Una mano delgada y blanca le interrumpió.

— Mi confesor me dijo que no era pecado. Por cierto que... mi confesor ha muerto esta misma tarde. ¿No lo encuentras sospechoso?

—La vida del padre Valdivielso pendía de un hilo, y un disparo de pólvora sin bala se lo rompió. Mucha gente creyó que se trataba de un trueno, yo entre ellas, pero se me ocurrió fisgar, y conozco muy bien el olor de la pólvora.

—¿Qué piensas de todo esto?

—El Gran Inquisidor ha nombrado esta tarde nada menos que cuatro comisiones para que dictaminen el caso. Porque lo que para Vuestra Majestad es sencillo y legal, a ellos se les antoja, sobre todo, cuestión de Estado. Ellos ven al diablo por todas partes, salvo algunos que no creen en él, pero que se ven obligados a fingir que creen, porque, si no, los queman.

El Rey volvió a quedar silencioso. Se escuchaba a sí mismo, pero se conoce que aquella operación tenía algo que ver con el cobertor, porque dijo:

—Ahora, efectivamente, escucho un leve rumor...

—Dejémoslo ahora. Si Vuestra Majestad quiere saber lo que pasa de noche en la villa, pídale un informe al señor Valido, que está bien enterado. Él sabe que hay gente que mata por dinero, y sabe que, en figones profundos como mazmorras, hay putas viejas que bailan desnudas encima de las mesas. Sabe quién roba a mano armada, y quién estafa las arcas del Estado. Tampoco ignora en qué conventos de monjas se ama a Dios, y en cuáles se ama a los cortejadores de rejas. Se le escapan, naturalmente, las violaciones, los adulterios, las vírgenes vendidas a ricos viejos lúbricos, y todas las suciedades, y todas las venganzas, y todas las adulteraciones de la verdad. Pero nada de esto importa. Lo que le preocupa es que los pecados de Vuestra Majestad impiden la llegada de la armada a Cádiz y la victoria de nuestras armas en Flandes.

— Pero, ¿qué tendrán que ver con eso mis pecados?

— Eso es precisamente lo que han de dilucidar las cuatro comisiones de teólogos de que acabo de hablaros.

—Y tú, ¿estás de acuerdo?

—¿Con el Valido? ¡Dios me libre! ¿Con la Inquisición? Vuestra Majestad lo sabe, chitón.

Pareció como si una rata grande se remegiera en las sombras de un rincón. El conde hizo ademán de sacar la espada, pero el Rey le detuvo.

—Hay muchas en palacio.

— De éstas, no tantas como Vuestra Majestad cree.

Se aproximó al rincón, dio una patada en la oscuridad, y la rata, grande como un oseznó, salió corriendo.

—Ahora podemos hablar, señor. Yo quisiera ofrecer a Vuestra Majestad mis servicios.

—¿Para qué? ¿No me sirves ya con una escuadra en no sé qué parte de la costa?

—Me refiero a un servicio más inmediato. Si Vuestra Majestad me da permiso, yo vería la manera de arreglar una entrevista de Vuestra Majestad con la Reina, mi señora, fuera del alcázar y de sus asechanzas. En un lugar donde las puertas cerradas protejan y no impidan.

El Rey quedó otra vez en silencio.

—Ya me va pareciendo imposible.

—Yo lo prometo por mi honor, a condición de que la Reina esté advertida y no se oponga. Seguramente, mañana, a primera hora, Colette, su azafata, vendrá a pedir a Vuestra Majestad que justifique su ausencia de esta noche.

—Ya habrán advertido que están encerradas.

—Aun así, Majestad... La Reina debe estar precavida desde temprano. ¿Qué sé yo a qué hora podré preparar la cita? Sólo tengo una idea...

—¿La vas a madurar en brazos de doña Paca?

—¿Quién lo sabe, Majestad? Las soluciones suelen venir por los caminos más inesperados.

—No me gustaría que la portuguesa sepa que me encontraste llorando.

—No lo sabrá, lo prometo. Pero, como todo el mundo en la corte, no ignora a estas horas que el Rey no pudo llegar a los aposentos de la Reina. Eso ya se sabía de antemano cuando danzábamos en el salón.

—¿Todos cómplices, pues?

—En cierto modo, sí.

Se abrió una puerta del pasillo, y apareció la figura blanca de una mujer, con un candelabro en alto, que miraba a un lado y a otro.

—Doña Paca se inquieta, Majestad. Tengo que irme.

—Que tengas suerte.

El conde hizo una reverencia más.

—Mañana espéreme, Su Majestad. No salga del alcázar por ninguna razón.

Se hundió en las sombras, hacia la puerta donde la mujer de blanco empezaba a retirarse. El Rey oyó algo así como: «Espérame, estoy aquí.» La puerta se cerró. El Rey se asomó a la ventana, a escuchar la noche, y la sombra de la rata como un osezno se escurrió a lo largo del pasillo, pegada a la pared sin meter ruido.

11. La mesa en que cenaban el Valido y doña Bárbara era de maderas finas traídas de las Indias y trabajadas por buenos carpinteros. Se alargaba, en aquel comedor largo, y hacían falta cuatro candelabros para alumbrarla medianamente; los días de invitados se colocaban ocho. Y un inmenso mantel de hilo traído clandestinamente de Irlanda por católicos huidos la cubría y colgaba por los lados. De las veinte sillas, sólo dos, puestas en las cabeceras, se ocupaban: decorados sus respaldos respectivos con las armas de segundón del Valido, y con las armas de infanzona de su esposa. Otras señales de nobleza se desperdigaban por las paredes en reposteros y otras tapicerías. Los cuatro criados de servicio, dos detrás de ella, dos detrás de él, llevaban las libreas del dueño de la casa, bien conocidas en la corte, aunque desde hacía poco tiempo. La distancia, las luces interpuestas, les impedían dialogar, pero no cambiar miradas, de ardor las de ella,

de forzada frialdad las de él. Cuando plegaron las servilletas, ella se levantó, recorrió el camino que la separaba de su marido, le dio un beso en la mejilla y susurró:

—No tardes.

Y él le respondió:

— No me esperes. Tengo mucho trabajo. Mejor será que reces.

Entristecida, ella se retiró, dispuesta a rezar hasta dormirse, dispuesta a rezar buena parte de la noche. El Valido se levantó cuando ella hubo desaparecido, y salió por la puerta opuesta, le precedían dos criados con luces. Abrió la entrada de su despacho y les ordenó pasar. Cuando hubieron iluminado la estancia, los despidió con esta advertencia:

—Espero noticias. Quienquiera que venga, que se me despierte si me he acostado.

Encima de una mesa enorme había desplegado dos mapas. El uno, de la costa de Cádiz: abarcaba más o menos desde el sur de Lisboa hasta el estrecho; el otro, de Flandes. En ambos había trazados círculos y señales rojos y negros, indicando donde estaban las escuadras, donde estaban los ejércitos. Ante el mapa marino, el Valido, con un compás, calculó las millas de océano que separaban de Cádiz la flota que había partido de Canarias y la inglesa avistada días antes a la altura de Cascaes. Eran distancias iguales. Razonablemente, se tenían que encontrar. Pero, ante el mapa de Flandes, el Valido se sentía más torpe, porque no entendía de tácticas y de estrategias terrestres, y el compás que tenía en las manos no le aclaraba nada. Puntos rojos, puntos negros, más puntos rojos que negros. Ya se había olvidado, o al menos lo dudaba ante su confusión, quiénes eran los unos y quiénes los otros. Tendría que haber traído a algunos de aquellos militares retirados, cojos o mancos, que hacían antesala desde meses atrás para que se les reconocieran los servicios, de mariscal algunos, de meros capitanes los más. Pero él no había pensado jamás que le sirvieran para nada.

Intentó recobrar las imágenes de la escuadra, desbaratada; del oro hundido en la mar, de las plazas tomadas al asalto, de los soldados famélicos y huidos; intentó retenerlas en la mente, con la ayuda de aquellos mapas extendidos en su mesa, pero rápidamente fueron eliminadas por las de su esposa esperándole en el lecho, quizá gimoteando, quizá desnuda para atraerle más, y aunque se santiguó para expulsarlas, las imágenes persistían, se movían, las oía. Buscó remedio en un libro piadoso, pero no veía las letras, sino las imágenes que se superponían, insistentes, seductoras. Le pasó por las mientes, como remedio, disciplinarse, y se levantó para buscar una cuerda con que poder azotar las espaldas, aunque fuese vestido, pero fue en este momento cuando llamaron a la puerta. Las imágenes desaparecieron de repente. Dijo «Adelante», y entró un criado.

— Hay un fraile, señor. Y como el señor dijo que se recibiera a cualquier visita...

—¿Un fraile a estas horas?

—Sí, Excelencia. El padre Villaescusa, un capuchino.

—Tráelo aquí inmediatamente.

Se sintió, de repente, tranquilo, seguro de que, con el padre Villaescusa delante, su mente quedaría limpia de deseos impuros. Oyó las sandalias del fraile pisando suavemente las losas de la antesala, y su figura apareció en la puerta: humilde, las manos en la bocamanga, la cabeza desnuda.

— ¡Excelencia!

Le mandó sentar, y el fraile lo hizo con remilgos. Le preguntó si deseaba beber algo, y el fraile dijo que no.

— ¿A qué se debe, a estas horas, su visita?

El fraile había mantenido la cabeza inclinada, como hundida en el pecho. La levantó inmediatamente, como un gallo que se recreta.

—Todo nuestro plan, Excelencia, se viene abajo.

—¿Es que acaso el Rey halló una puerta abierta?

—No, Excelencia. El Rey divaga por los pasillos de palacio, esperando un milagro del demonio. Pero el milagro le va a llegar por otro lado. Ese infernal conde de la Peña Andrada le ha prometido arreglarle una cita con la Reina fuera de palacio. Mañana, precisamente mañana.

—¿Por qué le habéis llamado infernal?

—Porque es, sin duda, un instrumento del diablo.

—Del diablo se defiende el creyente con oraciones.

—Sí, Excelencia; pero el refrán lo dice claro: «A Dios rogando y con el mazo dando.»

—No dudo, padre, que el refrán tenga razón, sobre todo cuando vos lo invocáis. Pero, ¿cuál es el mazo y dónde hay que pegar?

— El conde de la Peña Andrada se huelga en estos momentos con una dama de palacio. Sería fácil cogerlo con una orden de prisión. Es lo que vengo a rogarle.

—¿Sabéis que el Rey, no hace muchas horas, mandó cubrir al conde?

—Lo sabe todo el mundo, Excelencia. Es el pago de sus alcahuetterías. Además, el Rey no tiene por qué enterarse. Yo sé los lugares del alcázar donde el conde puede quedar discretamente preso. Me encargaría yo mismo de llevarle.

—¿Y después?

—Cuando la Santa Inquisición haya tomado sus determinaciones, se haría cargo de él. Discretamente también. Hay gente en las mazmorras de la plaza de Santo Domingo cuya familia la ha dado ya por muerta, y les dicen misas.

—De eso no estoy enterado.

El Valido se aproximó a un bufete, escribió algo en un papel, esperó a que se secase y se lo entregó, sin doblar, al fraile.

—¿Le parece bien así?

El fraile leyó en voz alta:

—«Por el mejor servicio de la monarquía, y de orden de Su Majestad, el Rey Nuestro Señor, dispongo que Su Excelencia el conde de la Peña Andrada sea detenido y encarcelado, en el mayor secreto, hasta nueva orden.» —El fraile alzó la mirada—. ¿De orden de Su Majestad el Rey...?

—Es la fórmula.

El fraile dobló el papel y lo guardó.

—Ahora, Excelencia, quedan un par de cosas... Cierto que una de ellas puede esperar hasta mañana; la otra, no. La otra me hubiera obligado a venir aquí a esta deshora, aun a riesgo de incomodar a Vuesa Excelencia.

—¿Cuál es la que puede esperar?

—Este informe, señor. La relación puntual de lo que sucedió esta tarde en la Suprema de la Santa Inquisición.

Sacó un rollo de papeles y lo tendió al Valido.

Éste lo depositó encima de la mesa, sin mirarlo.

—Que espere, pues, hasta mañana. ¿Y la otra cuestión?

—Mañana a las diez de la mañana, debe estar Vuestra Excelencia, acompañado de su señora, en la iglesia del monasterio de San Plácido. Yo me hallaré allí para

confesarles. Lo que suceda después, mejor dicho, lo que hay que hacer, ya se le irá indicando.

—¿Por qué San Plácido?

—Porque Su Excelencia es patrón del monasterio y porque la madre abadesa, por algunas razones que me sé, se prestará a ayudarnos.

El Valido pensó en la vergüenza que pasaría su mujer teniendo que confesar sus debilidades conyugales con aquel fraile implacable.

—¿Es indispensable todo eso, padre?

—Le dije esta mañana a Su Excelencia que había que forzar a Dios. Y estoy seguro de que el mismo Dios me inspiró el remedio.

—Si así lo aseguráis, padre...

El fraile se levantó.

—A las diez, en punto, en la iglesia de la calle de San Roque. Y no por pasadizos secretos, que sé que existen, sino a la luz del día, en vuestra carroza. Sin ocultarse, pero sin dar razones a nadie, ni siquiera a su esposa.

Hizo el fraile como si fuera a retirarse, pero el Valido lo detuvo.

—Esperad, padre. Las calles de la villa son peligrosas. Os llevará a palacio mi carroza, con una escolta.

El fraile se inclinó y dio las gracias.

La plaza del alcázar estaba oscura. La carroza y los cuatro arcabuceros entraron como sombras en aquel reino de sombras. Cuando llegaron ante la puerta principal, se abrió un postigo.

El capuchino sacó la cabeza por la ventanilla.

—Mensaje de Su Excelencia el Valido para el jefe de la guardia.

Alguien vino a tenerle el estribo, y descendió del coche, el cochero le preguntó si había que esperarlo.

—No. Pernoctaré en palacio.

El postigo se había iluminado, y apareció en él el oficial, atándose los pantalones. El padre Villaescusa, sin decirle buenas noches, le entregó el papel. El oficial pidió luz para leerlo, y le acercaron una antorcha. Mientras, la carroza y los arcabuceros se alejaban.

—¿Dónde hay que buscar a este caballero?

—Está en el alcázar, y yo os guiaré hasta él. Acompañadme con media docena de soldados.

—¿Tantos, reverendo padre?

—No sabéis la clase de demonio de que se trata. Si fueran ocho, iríamos más seguros. Ocho soldados con arcabuces.

—De eso no tengo, padre. Sólo con alabardas.

—Pues vengan las alabardas, pero que las lleven brazos fornidos.

—Todos los del zaguanete lo son.

Y dio una voz, el oficial, pidiendo un retén de ocho alabarderos. En dos filas de a cuatro, el oficial y el fraile en el medio, iniciaron el ascenso de las grandes escaleras.

12. Golpearon, desde fuera, la espesa puerta, con instrumentos contundentes, y una voz que fingía aspereza gritó:

— ¡Abran en nombre del Rey!

El conde de la Peña Andrada se incorporó rápidamente.

—Ésos vienen por mí.

—¿Por qué lo sabes? —le preguntó, también incorporada, las tetas al descubierto, doña Paca. Y él respondió:

—Porque la justicia del Rey nada tiene contigo.

—Pero tú eres su amigo.

—Sí, pero, del Rey abajo, no tengo valedores. Aunque el Rey ostente la justicia, los que la ejercen hacen como si ignorasen sus deseos.

—¿Te dejarás prender?

—Espero que haya una escapatoria. Por lo pronto, levántate, que yo haré lo mismo.

Saltaron de la cama, cada uno por su lado, y el conde empezó a vestirse rápidamente, mientras ella le preguntaba que qué hacía.

—Ponte ese ropón blanco y coge el candelabro más grande que haya en tus aposentos. Los recibirás con él en alto, cuando yo haya abierto la puerta.

Fuera se repetían los golpes y las conminaciones.

—Diles que esperen.

—Me estoy vistiendo, señores. Tengan paciencia.

El conde se hallaba ya enteramente vestido.

—Cuando yo haya corrido los cerrojos, mándalos entrar.

Así lo hizo. Los cerrojos, bien engrasados, no chirriaron.

—Adelante.

La puerta se abrió y tapó al conde. Aparecieron el fraile y el oficial en la penumbra del corredor; quedaban fuera los soldados con sus alabardas. El oficial dijo:

—Traigo una orden de detención contra el conde de la Peña Andrada.

—¿Y por qué vienen a buscarlo aquí? No conozco a tal caballero, ni suelo recibir a nadie a estas horas.

Se adelantó, osado, el fraile.

—Tenemos la certeza de que se esconde aquí.

—Pues búsquenlo —y, como el fraile alargase la mano para apartarla, doña Paca añadió—: Pero sin tocarme un pelo de la ropa. Al que me toque le quemaré los ojos. —Su mirada detuvo al fraile.

—Permítame pasar.

—Tienen la puerta franca.

Entraron también los soldados, y doña Paca, hecha la estatua muda del enojo, volvió la espalda a la puerta, como alumbrándoles el camino. Dos soldados, sin embargo, habían quedado de guardia, mientras los otros, así como el oficial y el fraile, lo hurgaban todo en busca del conde o sus señales. No hallaron nada.

—Tendrá que acompañarnos la señora, para declarar —osó decir el fraile.

—¿También tenéis una orden contra mí?

—No, pero una cosa se deduce de otra.

—Soy dama de honor de la Reina y miembro de la Casa de Távora. Nadie me puede detener, aunque sí expulsarme del país si así Su Majestad lo ordena. Pero los trámites para llegar a la expulsión son muy largos, de modo que váyase con Dios y déjenme dormir tranquila. Mañana protestaré como es debido, y ya veremos qué pasa.

Había hablado con tal energía y autoridad, que el oficial miró al fraile, y ambos regularon hasta la puerta, seguidos de los soldados, y cerraron. Doña Paca dejó la luz en la esquina de una mesa y comenzó a buscar al conde y a llamarlo en voz queda.

—¿Dónde estás? Ya se han ido, puedes salir.

Así llegó frente a la puerta que acababan de cerrar y frente al lienzo de pared donde el conde quedara cuando el fraile y sus secuaces habían abierto. Le pareció ver en la pared la silueta de un hombre alto, con espada y sombrero de larga pluma, como el conde: la silueta que hubiera dejado alguien al filtrarse por la pared, no muy clara, por supuesto. Acercó la luz y se desvaneció, pero al apartarla, la vio de nuevo, la gallarda silueta, con los contornos más definidos, si la miraba de frente, que se desvanecía al mirar de costado; y cuando la veía, el conde parecía sonreírle desde el fondo de los tiempos. Pegó un grito: «¡Es el demonio!», un grito lleno de pavor. «¡Me acosté con el demonio!» Y corrió desmelenada por sus estancias, doña Paca de Távora, gritando: «¡Es el demonio, es el demonio!», hasta acabar tirada en la cama, rezando y gimiendo, sin darse cuenta de que, al arrojarse sobre la sábana revuelta, le habían quedado los muslos al recacho.

13. —Ya no es cortés tanta demora —dijo la Reina; y Colette lo repitió:

—No, no es cortés.

—¿Quieres buscar al Rey, Colette? Dile que su esposa le espera ofendida, pero que todavía le espera.

—Me parecen demasiados miramientos, pero lo haré.

Colette salió del dormitorio y fue a la puerta por donde el Rey tenía que haber llegado, pero la halló cerrada. Repasó las demás por donde se podía salir de aquellos aposentos inviolables, pero todas estaban igualmente cerradas. Las sacudió con fuerza, una tras otra, pero se mostraban reacias y seguras: detrás de una de ellas le pareció percibir una salmodia rezada. «¡Dios mío!», dijo en su francés natal. Y corrió al dormitorio.

—¡Estamos presas, señora! ¡Las puertas no se abren ni para dentro ni para fuera! ¡Ni yo puedo salir, ni el Rey entrar!

—Pero, ¿por qué, Señor, por qué?

—En esta corte, Majestad, manda el demonio, aunque ellos crean que manda Dios. Pero a alguien muy poderoso le interesa estorbar que el Rey venga esta noche a visitaros.

—Pero, ¿por qué, Señor, por qué?

La Reina estaba llorando, sentada en el amplio lecho, vestida del camión sutil que había elegido para aquella entrevista.

—Lo malo, Majestad —dijo Colette— es que yo también tenía una cita a las once, y no puedo acudir.

14. El conde de la Peña Andrada saltó de la carroza y golpeó con los nudillos el postigo de su puerta. Le abrió inmediatamente un criado portador de una lámpara.

—¿Ha preguntado alguien por mí? ¿Han venido soldados?

—No, Excelencia. Sólo una mujer que espera en el zaguán.

Lucrecia se había dormido en el sillón que le habían ofrecido para esperar. El conde la tocó y ella se despertó sobresaltada.

—¿Qué haces aquí?

—Señor, los esbirros de la Inquisición cerraron y sellaron la casa de mi ama. Pasé la tarde buscando dónde dormir, y no encontré lugar seguro. Por eso me acogí a su hospitalidad.

El conde la cogió en brazos.

—Dormirás en buena cama, sola o acompañada, como quieras.

Y le dijo al criado:

—¿Quieres alumbrarnos?

El criado echó escalera arriba, anchas escaleras de piedra clara y complicados ornamentos. Entró en los aposentos del conde, y dejó la luz en el lugar oportuno. El conde depositó a Lucrecia en el suelo y le señaló el lecho.

—Ahí tienes. Puedes esperar con los ojos abiertos o cerrados.

—Abiertos, señor, muy abiertos, si no le importa.

—Allá tú. Yo voy a buscar a un jesuita, con el que tengo que hablar. Volveré en cuanto pueda.

Lucrecia empezó a desnudarse: iba dejando las prendas encima de una silla, hasta que cayó la última. Entonces, se santiguó rápidamente y se acostó. Lejos, aunque dentro de la casa, se batió una ventana. Después empezó a silbar el viento: bajaba de la sierra como una manada de caballos que los hubieran soltado de repente: bajaban aullando por las esquinas y enfriando el aire caliente de la noche. Lucrecia, entredormida, se arrebujó como pudo.

CAPÍTULO IV

1. MAFISA HABÍA ESCUCHADO adormilada, aunque complacida, los cantos de la hora tercia. Se arrodillaba, se levantaba, se sentaba mecánicamente, obediente a los martillazos que la madre abadesa daba en la madera de su sitial para indicar la postura que pedía la oración: miraba lo que hacían las otras monjas, y las seguía. Cuando terminó el rezo, formó en una de las filas, y al cabo de un rato de recorrer los claustros, se halló en ellos sola. Entonces buscó su celda. Al abrirla, vio a un caballero vestido de negro que inmediatamente se levantó. Marfisa no pasó del umbral.

—¿Qué hace usted aquí?

—Pase, y no se asuste. Soy el padre Almeida, de la Compañía de Jesús, y tenemos que hablar.

—¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Con qué permiso?

—Por necesidad y siguiendo los pasadizos secretos. ¿No ha oído hablar de ellos? En la corte, todo el mundo lo sabe, y creo que en la villa también.

—¡Los famosos pasadizos! Luego, ¿son ciertos?

—Ya me ve aquí.

Marfisa echó la llave a la puerta y adelantó a la mitad de la celda.

—Por lo pronto, siéntese, si es un jesuita como dice. Luego, hable en voz queda. Estas paredes son gruesas, pero todo el mundo se entera de lo que se habla detrás de ellas.

—De lo que yo vengo a decirle, conviene que no se entere nadie.

—¿Ni yo misma?

—A usted le convendrá olvidarlo todo cuando haya sucedido.

—Todo, ¿qué?

—Ahora lo sabrá.

Marfisa se sentó en el borde del camastro.

—Pues despache pronto.

Marfisa se había echado las tocas muy encima del rostro, pero no tanto que no le quedase un resquicio por el que ver a su gusto al padre Almeida, tan guapo y de tan buena planta. No se atrevía a pensar que hubiera venido al monasterio a hacerle una proposición profesional, pero lo deseaba, aunque el tonsurado, si se miraba bien, no tuviera cara de golfo, sino de ángel. «Pero no sabrá quién soy», se dijo a sí misma cuando decidió acallar los deseos y pensar en otra cosa. El jesuita se mantenía correcto y distante. No la miraba. Y, al hablarle, lo hizo como buscando interlocutora en el aire.

—Usted conoce al Rey, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Eso no importa ahora. Vengo a decirle que en el alcázar hay una conspiración para que el Rey no duerma con la Reina, y que algunas personas, yo entre ellas, intentan remediarlo.

—¿Y quién le mandó venir aquí?

—Su amigo el conde de la Peña Andrada.

—¡Ese pillo! —exclamó Marfisa, y dejó que los velos descubriesen su rostro—. Alcahueté al Rey para que durmiera conmigo, y ahora quiere devolverlo al lecho conyugal. Pues podía haberlo pensado antes, y, sobre todo, no meterme en el ajo. Después, todo se sabe, y una paga los platos rotos.

—Lo de usted ya no tiene remedio. La Santa Inquisición la anda buscando, y pronto acabarán descubriendo su escondrijo. Y como el conde y yo también seremos perseguidos, hemos pensado en llevarla con nosotros, aunque sólo sea hasta cierto lugar, donde usted irá por un lado y nosotros por el otro. Pero la dejaremos bien encomendada.

—¡Mira qué bien! Los caballeros proyectan abandonarme en mitad del desierto, para que purgue mis pecados. Pues no cuenten conmigo.

—De eso ya hablaremos después. Ahora, de lo que se trata es de que los Reyes puedan verse a solas.

— Mi casa, como usted sabe, está cerrada y sellada por los esbirros de la Santa.

—Hemos pensado que la entrevista se celebre aquí.

—¿Aquí? ¿En el monasterio?

—Aquí, señorita, quiere decir en esta celda.

Marfisa echó un vistazo alrededor.

—¡Pues sí que es un buen lugar para que se encuentren los Reyes!

— Para ellos será tan hermoso como el paraíso.

Marfisa pareció meditar, o quizá simplemente recordase.

—Mire, padre. Ni en medio del jardín más hermoso, el Rey sabrá qué hacer con la Reina.

—Tampoco ella es muy experimentada.

—Pero cualquier mujer, hasta las vírgenes jóvenes, esperan algo que el Rey no puede dar.

—De eso, ni usted, ni yo, ni el conde de la Peña Andrada tenemos culpa.

Marfisa bajó la cabeza y respondió en voz baja.

—Unas cuantas noches más, y yo lo habría remediado.

—Pero ese remedio, señorita, ni lo recomienda la moral, ni lo autorizan los protocolos de palacio. ¡No sabe usted lo pesados que se ponen los del protocolo! Buena parte de la culpa de lo que pasa, la tienen ellos.

—Y, la otra parte, yo.

—¿Cómo lo sabe?

—No es que lo sepa, lo huelo. Por ciertas cosas que pasaron...

—Por esas cosas, el Rey está empeñado en ver a la Reina desnuda.

—¿Y tiene que ser aquí?

—Después de mucho discutir, fue la conclusión a que llegamos el conde y yo.

—¡Vaya pareja!

Con un movimiento inesperado, Marfisa se arrancó las tocas: sacudió la cabeza, y se le cayó por los hombros la cabellera dorada.

—Como al fin sabe quién soy...

El jesuita pareció entretenido con una mosca retrasada que zumbaba en un rincón del techo.

—Bueno, pues ya dirá lo que quieren de mí.

—Hemos decidido que usted se encargue de recoger a la Reina en el alcázar y de traerla al monasterio. Para eso, es indispensable que la madre abadesa dé su consentimiento, pero no dudamos de su buena voluntad y de su devoción por los monarcas. No olvide que es de sangre real. Por otra parte, y según ciertos indicios, ella, al mediodía, estará muy atareada con otra encomienda no tan recomendable, pero a la que no se podrá negar. Acaso incluso más escandalosa. Como todo se sabe, y usted lo ha dicho bien, los murmuradores de la corte tendrán que escoger con qué escandalizarse y con qué divertirse por partida doble.

—Y lo de buscar a la Reina, ¿cómo?

—Yo la esperaré a usted en una carroza oscura, a la vuelta del monasterio, ahí, en la plaza. Si la hora del encuentro de los Reyes va a ser a las doce, con que usted aparezca en la plaza a las once y media, basta.

—¿Y cómo voy a salir del convento? Es de clausura, como usted debe saber.

—Pues, muy sencillo: usted abre la puerta y sale.

—Claro. No se me había ocurrido. Muy sencillo. Yo abro la puerta y salgo.

—Y si encuentra mucha gente a la salida, no se preocupe, nadie se asombrará de ver a una monja fuera del monasterio.

—Claro. Lo normal es ver a una monja por las calles buscando una carroza.

—A usted no se lo parece, pero ya verá como es así.

El padre Almeida se levantó, hizo una corta reverencia a Marfisa, y se dirigió a la puerta. Ella le siguió, y le vio alejarse por el claustro, tan tranquilo, tan seguro. Cuando el padre Almeida, más o menos, había entrado en los pasadizos secretos, Marfisa se acercó a la cámara abacial; pero una monja le dijo que la madre abadesa se hallaba en una conversación secreta con un padre capuchino de muchos perendengues: Marfisa quedó al margen, e hizo tiempo.

2. El padre Villaescusa había desplegado ante la atención atónita de la madre abadesa todos los argumentos de la razón de Estado y de la conveniencia particular en virtud de los cuales convenía forzar a la Providencia para que la esposa del Valido pariese un hijo, o, al menos, una hija, y adujo, además, que indudablemente el Señor, en Su Divina Sabiduría, le habría inspirado el procedimiento para que la esposa del Valido quedase definitivamente preñada; de lo cual se derivarían grandes bienes para la República y para la familia de los Guzmanes, en su línea segundona, no la de Andalucía, la de aquí, que sin aquella merced de Dios se agotaría en sí misma y las mercedes que el Valido esperaba recibir del Rey pasarían a ramas colaterales con las cuales el primer interesado no se hallaba en buenos términos. Pero a la madre abadesa el único argumento que la convenció fue el de que el Valido protegía a su monasterio y encontraba natural que fuese su iglesia la escogida para aquel experimento tan arriesgado que el padre Villaescusa llamaba forzar a la Providencia, pero que ella, en su lenguaje simple, llamaba desvergüenza sacrílega. Quedaron finalmente de acuerdo en el modo y en la hora, y el padre Villaescusa salió del monasterio y encaminó la carroza que le había traído tan de mañana al palacio del Valido, donde una pareja anhelante esperaba su última decisión.

Marfisa le vio salir, tan satisfecho, y sólo cuando se hubo alejado el fraile, Marfisa se atrevió a llamar a la puerta de la cámara abacial. La madre De la Cerda le dijo que adelante.

—¿Qué te trae tan de mañana?

Marfisa, de momento, se sentía cortada y tardó en declarar a la madre abadesa el encargo que le había hecho el padre Almeida.

—Pues no sé qué tendrá mi monasterio, que todo el mundo lo ha escogido como lugar idóneo para resolver sus enredos.

—Le advierto a Su Maternidad Reverenda que en el alcázar hay una verdadera conspiración para que los Reyes no puedan verse a solas.

—¿Y qué voy a sacar en limpio de todo este jaleo?

—Sugiero a Su Maternidad que pida al Rey un reloj nuevo para el monasterio. He advertido que el existente marcha a tontas y a locas.

—Pues no es mala tu idea, Marfisa. Pero, según me presentas las cosas, yo no voy a tener ocasión de ver al Rey: otro asunto muy delicado me tendrá ocupada precisamente a esas horas.

—Si Su Maternidad me lo autoriza, la petición se la haré al Rey yo misma.

La madre abadesa, nacida De la Cerda, sangre real indiscutible, meditó unos instantes.

—Es lo menos que puede hacer por este monasterio mi primo, el Rey. No te olvides de decirle quién soy yo, que, a lo mejor, se le ha olvidado.

—O no lo ha sabido nunca, madre Reverendísima.

—Y, después de todo esto, ¿qué vas a hacer?

—Por lo pronto, me iré del monasterio, de modo que Vuestra Reverencia, si la interrogan, puede llamarse andana. Después, ¿quién lo sabe? Las mujeres de mi oficio no tenemos el destino muy claro.

—Tú te mereces lo mejor, Marfisa. Si alguna vez te cansas de tu vida y necesitas un refugio tranquilo, no dejes de recordarme. Podrás vivir y morir en este monasterio sin que nadie sospeche de tu pasado.

—¿Mi pasado? Lo que me gustaría es conocer mi futuro.

—Bueno. Quedamos ahora en que, mientras todas las monjas del monasterio están en el coro, a eso de mediodía, tú meterás a la Reina en tu celda, y al Rey después, y de lo que suceda entre ellos, allá ellos. Eso es lo que quería decirte.

3. Indudablemente, el padre Villaescusa marchaba poseído por el espíritu de la prisa: un espíritu benéfico, sin duda. Su carroza corría por las calles de la villa como si las ruedas y los cascotes de los caballos no pisaran el empedrado irregular, lleno de baches y de charcos malolientes, como si fueran volando. Llegó a palacio, y, sin apearse, dejó recado para el señor Valido de que todo estaba a punto, y de que la cita en el monasterio de San Plácido era a las diez. Luego regresó al monasterio y empezó a dar órdenes. Ni los obispos ni _ los padres visitantes las habían dado nunca con tanta autoridad.

La carroza del padre Almeida no le iba a la zaga, pero, en vez de detenerse ante la puerta principal del alcázar, siguió hasta una puertecilla lateral, por la que le dejaron entrar después de oír el santo y seña. Se halló en mitad de corredores interminables, iguales hacia delante y hacia atrás. Supo orientarse, y llegó hasta la puerta solemne que le abrió Colette.

—¿Qué busca Su Paternidad? —le preguntó, medio en francés, medio en español. El jesuita le respondió en buen francés.

—Le dices a tu señora que, a eso de las once y media, se halle vestida con un traje modesto y dispuesta a un recorrido en carroza para encontrarse con el Rey, Nuestro Señor, en un lugar discreto, lejos de las conspiraciones de la corte. Vendré yo mismo a

recogerla, acompañado de una monja. Convéncela de que lo haga, y de que no desconfíe. Por debajo de la ropa modesta, puede llevar su mejor ropa interior, la misma que trajo de París y que aquí no le dejan ponerse. Que no pierda la esperanza.

—Y, usted, padre, ¿qué tiene que ver con todo esto?

—Yo estoy aquí para que el Rey y la Reina puedan verse y amarse como marido y mujer, no como Rey y Reina. Lo demás pertenece a la Providencia.

—De los que mentan a la Providencia, desconfío.

—Pues, en este caso, puedes estar tranquila. Por fin, los Reyes hallarán un lugar donde encontrarse a solas.

—Y el Rey, ¿qué sabe de esto?

—Lo sabe todo, y está conforme.

—¿Pues sabe Su Paternidad que de ese mozalbete no me fío? Es demasiado blando. Si tuviera otro carácter, ninguna de estas maquinaciones sería necesaria. ¿Dónde se ha visto que, para que un marido se vea a solas con su mujer, tengan que intervenir los protocolos y hasta el clero?

— En la parte del mundo en que estás, esas y otras maravillas son lo corriente. No pierdas el sentido de la realidad.

—De acuerdo, padre; pero no me disgustaría que todo esto aconteciera en París.

— ¡Ah, París!

4. El Valido marchó de su despacho por la puertecilla de los confidentes, después de haber dado orden de que no le molestase nadie. Abandonó el alcázar por una salida de las desacostumbradas, aunque por el costado opuesto a la que había usado el padre Almeida. En una carroza ordinaria que tenía apercebida se trasladó a su casa, a cuya puerta le esperaban su carruaje blasonado y el cortejo que solía: arcabuceros a caballo, criados de a pie, servidores emperifollados de su librea. Se había congregado el pueblo llano para contemplar el espectáculo: vieron todos cómo el Valido se apeaba y entraba en su palacio, para salir después dando el brazo a su esposa, toda vestida de negro, sin joyas y sin plumas que realzasen su belleza. Un poco triste, pero también un poco esperanzada. La señora del Valido era medianamente alta, y el traje que llevaba, por severo que fuese, no disimulaba sus hechuras. A los hombres del pueblo, aquella mujer regordeta y de andares ondulados, les gustaba. La imaginaban en la cama, aunque no se lo confesasen ni a sí mismos. «¡Vaya tía!»

Estaba la mañana fría. Al entrar en la carroza, el Valido estornudó.

—¿Tienes frío? —le preguntó a su mujer; y ella le respondió:

—No pases cuidado. Vengo bien abrigada.

Arrancó la carroza, escoltada y seguida por los criados de a pie. Iban en silencio, sin mirarse. Había pasado un buen rato de tumbos por las calles, cuando ella le tomó la mano y le dijo:

—¿Seremos capaces?

Y él le respondió:

—Malo será. Ya nos ayudará Dios.

Ella dio un suspiro y volvió a su mutismo. Así llegaron al monasterio. La gente de a pie había expulsado a los curiosos. Descendieron y entraron en la iglesia, de la mano. La iglesia estaba vacía, tan blanca, aunque negros los santos y sus peanas. Sólo al fondo, junto al altar, les esperaba una figura oscura, aunque no negra: un fraile corpulento, calvo y de perfil aquilino, un verdadero perfil de César. El Valido pensó, mientras adelantaba

por el centro con su esposa de la mano, que aquel fraile estaba hecho para mandar, y que lo que buscaba era el mando. Al Valido no le hizo mucha gracia. Siguió, sin embargo, adelante, y se arrodilló en las gradas. Su esposa lo hizo inmediatamente después. El fraile no se había movido. Ellos inclinaron las cabezas, y empezaron a orar: él iniciaba el rezo, ella respondía. El fraile los escuchó un momento, y luego desapareció. La iglesia seguía vacía. *Adjutorium nostrum in nomine Domini. Qui fecit caelum et terram.*

5. A Marfisa le pareció que su celda estaba fría y oscura. Buscó a la madre abadesa, le pidió permiso para remediarlo, y se pasó bastante tiempo agenciándose candelabros, un brasero encendido y un par de mantas de repuesto. Bajó al jardín, hurgó por matas y macizos, y pudo recoger un puñado de flores humildes: las metió en un búcaro con agua y las situó en un ángulo de su mesa. También barrió el suelo y lo dejó sin mácula de polvo. Faltaban por encender los candelabros, pero eso lo dejó para más tarde. Echó un vistazo a la celda, y halló que, como cámara nupcial, dejaba mucho que desear. Pero no había hallado nada más a mano con qué guarnecerla y quitarle un poco de severidad y desnudez: los paramentos de la iglesia estaban bajo la custodia del capellán, y Marfisa, no sólo no quería relacionarse con él, sino que no deseaba enterarlo de las modificaciones introducidas en la decoración de su celda, menos aún de su finalidad. Habían dado las once. Se quitó los hábitos, se vistió de mancebo, y echó el hábito por encima. No halló donde esconder el sombrero, y lo llevó consigo, con intención de dejarlo en cualquier asiento de la iglesia. Esperó a la media, no a la que daba el reloj del monasterio, siempre atrasado. Al entrar en la iglesia, vio en el presbiterio una figura de hombre arrodillada: no era el Rey, por supuesto. Abandonó el sombrero y se asomó a la puerta. En la calle había gente y caballos, amén de una carroza lujosa. La gente hablaba, o esperaba arrimada a la pared, y una pareja de galopines jugaba a los dados sobre la tierra. Marfisa caminó, pegada a la pared del monasterio. Nadie se fijó en ella o, por lo menos, nadie le dio importancia. Al volver de la esquina, vio la carroza del jesuita. Entró en ella, y la carroza comenzó a caminar pausadamente.

6. El Valido, aparentando firmeza, se aproximó al padre Villaescusa, cuyo rostro parecía acumular toda la seriedad de que era capaz, hasta alcanzar las calidades de la piedra, inmóvil y hosca.

—Arrodílese.

El Valido lo hizo en el escabel forrado de felpilla roja.

—Ante el Santo Tribunal de la Penitencia, no hay jerarquías ni tratamientos. No hay más que un penitente humillado y el representante del poder de la Iglesia, que todo lo ata y desata. Lo que vosotros atéis en la tierra, atado quedará en el cielo, etcétera.

—Sí, padre.

—Confiesa todos los pecados que hayas cometido en tu vida.

—¿Todos, padre?

—De todos los que te acuerdes, al menos.

—Sí, padre.

El Valido intentó recordar su infancia, pero lo que le venía a las mientes eran sus años de estudiante en Alcalá, sus años de rectorado. Fue diciendo desordenadamente sus recuerdos: frivolidades, putañeos, bromas pesadas, injusticias... El padre Villaescusa permanecía con el rostro inmóvil, con la mirada fija en la figura femenina que esperaba, contrita, en las gradas del presbiterio. Después, el Valido hizo un repaso breve de la vida en la corte; pasó por alto las intrigas que le habían llevado al puesto de Valido por creer

que no eran pecado; pero el fraile le interrogó sobre ellas: tuvo que confesarlas. La retahíla más detallada, las intervenciones más inquisitivas del confesor acontecieron cuando empezó a relatar su vida matrimonial, y antes aun, desde el momento en que había conocido a la que iba a ser su esposa y la había deseado. Llegó un momento en que dijo:

—Ya no recuerdo más.

Pero el confesor siguió preguntándole. ¡La de cosas que sabía, o que era capaz de imaginar, aquel inquisidor infatigable!

—¿Pero eso es pecado, padre?

—Todo lo que hace un hombre que no está en Gracia de Dios, hasta su propia respiración, lo es.

A la tercera vez que el penitente dijo «No», el confesor tomó la palabra, y le dijo que sus pecados eran tantos que toda una vida de penitencia no bastaría para que le fuesen perdonados; que no sólo había que temer los tormentos del infierno, sino el infierno en esta vida, los sufrimientos morales, e incluso físicos, acarreados por la mala conciencia sin arrepentimiento; pero que él, en nombre de la Iglesia, se los perdonaba todos, a condición de que... hiciera esto, eso y aquello. Aquello era la renuncia de por vida a los placeres sensuales, llevar adelante, hasta su fin, un matrimonio casto y ejemplar. En nombre de lo cual, *Ego te absolvo ab peccatis tuis. In Nómine Patris...*

El Valido permaneció arrodillado y silencioso un rato prudencial; luego, se levantó, saludó y regresó al presbiterio, donde su mujer esperaba arrodillada. Al sentirle llegar, se levantó y marchó al confesionario, cubierto el rostro con el velo. El Valido pretendió meditar sobre los pecados que le habían sido perdonados con tan duras condiciones, pero empezó a imaginar a su mujer haciendo memoria de su vida, de soltera y de casada, y contándolo todo, y cuando ya se creía descargada de culpas, la voz apagada del fraile le entraba en la conciencia, se la revolvía, le sacaba a luz las menudencias olvidadas, o todo aquello de que ella nunca se había creído culpable, pero que ahora resultaba serlo; y la descripción del infierno en este mundo y en el otro, la pérdida de la paz, la relación desconfiada con su marido mientras uno de los dos no muriese... Le venían ganas de arrebatársela del confesionario, pero comprendió que eso también era pecado, y se arrepintió, y dio gracias a Dios por todo lo que le estaba sucediendo, y cuando sintió que su mujer regresaba, al mirarla de soslayo, advirtió que venía llorando, aunque en silencio y recatadamente. Lo que vio fue una lágrima que le caía en las lorzas del corpiño.

7. Esta vez, la carroza del padre Almeida se detuvo ante la puerta principal del alcázar. Un soldado de la guardia vino a tenerle el estribo, y quedó tieso mientras el jesuita descendía. Marfisa bajó después, ayudada del padre, y juntos entraron en el zaguán, lleno de nobles emperifollados y de soldados de la guardia. Pasaron entre saludos y miradas curiosas, y empezaron a subir las escaleras: Marfisa no recogió las haldas de los hábitos por no dejar al descubierto los zapatos de hebilla y las medias granate. Estuvo a punto de tropezar, pero logró evitarlo, una de las veces agarrándose al brazo de su compañero. Después entraron en los largos corredores.

Colette se hallaba detrás de la puerta. Abrió y les indicó que pasaran, en silencio. El jesuita le dio las gracias en francés; Marfisa, en castellano. Esperaron en una antesala. Cuando salió la Reina, el jesuita le hizo una reverencia, y Marfisa arrodilló una pierna. La Reina le dijo: «Alzaos.» Mientras la Reina se cubría con un velo, Marfisa tuvo tiempo de examinarla: la halló bonita de cara y gentil de talle, aunque se juzgó más guapa y garrida. No la despreció, ni tampoco sintió envidia, menos aun celos. Echaron a andar: el jesuita delante; Marfisa detrás de la Reina, y así recorrieron pasillos, bajaron escaleras,

atravesaron zaguanes. Acaso alguien se haya preguntado quiénes eran, pero nadie les estorbó el camino. Dentro ya de la carroza, quedaron en silencio. No fueron al monasterio, sino a la plaza vecina. A los soldados y a los criados que esperaban la salida del Valido y de su esposa no les preocupó quiénes eran: ¿qué más daba que un clérigo y una monja entrasen en un monasterio en compañía de una dama? El jesuita las acompañó hasta la puerta; besó la mano de la Reina y a Marfisa le dio un lugar y una hora. La Reina quedó a solas con Marfisa, ya dentro de la clausura. No había nadie a la vista. Marfisa, sin decir palabra, se situó delante; la Reina la siguió por el claustro bajo, por el alto, por los pasillos. Al llegar ante la celda de Marfisa, ésta dijo: «Es aquí.» Sacó la llave de la faltriquera y abrió. La celda estaba sombría y fresca. Siempre en silencio, Marfisa encendió las velas de los candelabros, hasta dejar la celda medianamente alumbrada.

La Reina se había desvelado, y la miraba con expectación.

—Señora, yo marcharé en seguida. Círrese con llave, y no abra hasta que alguien llame tres veces con los nudillos. Y si Vuestra Majestad me lo permitiera, yo le daría algún consejo.

—¿Es indispensable?

—No, Majestad, pero quizá fuese conveniente.

—Un consejo, ¿sobre qué?

—Sobre su manera de portarse cuando venga el Rey.

La Reina quedó en silencio y la miró. Marfisa permanecía medio cubierta con el velo.

—¿Queréis desvelaros, hermana?

Marfisa se descubrió y aguantó la mirada escrutadora de la Reina.

—¿Sabéis que sois muy bella?

—Eso no importa, Majestad. Lo que importa es que lo que suceda aquí sea para bien del Rey y de la Reina.

La Reina se le acercó y la miró de cerca.

—¿Y tú sabes lo que va a suceder?

—Porque lo sé es por lo que me atrevo a aconsejaros.

La Reina le puso las manos en los hombros. Marfisa bajó la cabeza. La Reina se la empujó hacia arriba con la mano en la barbilla.

—Mírame. ¿Quién eres?

—Sólo una monja, Majestad.

—¿Y estuviste casada?

—Tengo experiencia.

—Dime lo que tengas que decirme.

—El Rey es joven, Majestad. Los jóvenes tienen prisa y lo atropellan todo. Sosiéguelo, atrévase a negarse con ternura. Que cada no encierre un sí inmediato. Y olvídense del tiempo que transcurra. Por cierto, ahí hay mantas por si siente frío. Y, en ese cajoncito, media docena de paños blancos y limpios. Le bastará con tres, pero a lo mejor, el santo del día hace un milagro.

La Reina no parecía haberle entendido muy bien.

—¿Tú sabes que el Rey quiere verme desnuda?

—Lo sabe todo el mundo en la corte y en la villa. Lo sabían ayer. Hoy lo sabrá ya el reino entero.

—¡Qué vergüenza!

—No, Majestad. Menos algún que otro fraile, todo el mundo lo encuentra natural.

—¿Y tú?

—Yo la he ayudado a esconderse aquí. Esta celda es mi celda, pero no volveré a ocuparla. Lo más probable es que aquí construyan una capilla al santo o a la santa que convenga.

La Reina no respondió. Miraba alrededor, y su mirada se fijó en el camastro. Marfisa dijo:

—No es digno de unos Reyes, pero no hay otra cosa mejor.

La Reina le tendió la mano, y mientras Marfisa se la besaba, le dio las gracias.

—Que todo salga bien, Majestad. Y cuando encuentre al Rey más contento, entérole de que este monasterio necesita un reloj nuevo. Si espera ya, lo entretendré un poco.

—Sí, pero cúbrete el rostro.

—Las monjas, Majestad, no podemos hablar con un hombre sin llevar la cara cubierta, aunque sea el Rey.

—Sobre todo si es el Rey.

Salió Marfisa. No sabía que a los reyes no se les puede dar la espalda, así que se la dio a la Reina, pero ésta no se fijó o no quiso fijarse. El claustro estaba vacío. Marfisa oyó el ruido de la cerradura. Se arrimó al quicio, y esperó. El Rey tardó todavía unos minutos; se oyeron pasos desorientados, y apareció al fin, allá lejos, como un fantasma delgado y negro, vacilante aún: quizá se hubiera perdido por los pasillos del monasterio. Al divisar a Marfisa, enderezó la figura y caminó con seguridad. Marfisa se había arrodillado, tenía la cabeza inclinada. Vio delante de sus ojos la mano delgada del Rey, y la besó.

—Levantaos.

Quedaron frente a frente: el Rey, larguirucho y un poco asustado; ella, firme, pero con la cabeza gacha.

—Tiene Su Majestad que esperar un poco.

—¿Está la Reina dentro?

—Sí, pero acaba de entrar.

—¿Y por qué tengo que esperar?

—Siempre conviene, señor, dar tiempo a los demás. Las cosas hay que hacerlas con calma.

—¿A qué cosas te refieres?

—A todas, Majestad. Yo sé lo que son las mujeres. Prefieren esperar y ser deseadas. Su Majestad debe ser tierno y cauteloso, no darse prisa. Una mujer, por muy reina que sea, no se entrega a la primera, y me atrevería a decir a Vuestra Majestad que, después de que entre en esa celda, no habrá rey ni reina, sino una mujer y un hombre. Que sean esposos es lo de menos. El amor no sabe de leyes ni de bendiciones.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque me han ordenado que se lo diga.

—¿Y te han dicho algo más?

—Sí, Majestad. Que actúe poco a poco, que se porte con comedimiento y que no se desanime si la Reina hace remilgos. Todo eso forma parte del ritual.

—No será porque la han prevenido en contra.

—¿Su Majestad no saca consecuencias del hecho de que la Reina le espere aquí?

—Tienes razón. ¿Cómo hago para entrar?

—Espere un poco, acabo de decirle. Y también le aconsejé comedimiento. Esa prisa quiere decir que no me ha hecho caso.

—A un rey le cuesta caro obedecer.

—¿Y qué hace Vuestra Majestad sino obedecer constantemente? Al Valido, a los amigos, a las leyes del reino. Debe estar acostumbrado.

—Otra vez tienes razón.

Se apartó un poco de Marfisa, se acercó a la puerta de la celda y aplicó el oído.

—No se oye nada.

—Las mujeres, señor, solemos desnudarnos en silencio.

—¿Crees que se habrá desnudado?

—¿Para qué, si no, han venido Vuestras Majestades a este lugar tan incómodo? ¿Y no era eso lo que Vuestra Majestad pretendía?

—Lo sabe demasiada gente.

—Lo sabe todo el mundo, hasta yo.

Marfisa no se había movido y mantenía la cabeza baja.

—Me gustaría saber cuándo hablas por ti misma y cuándo dices lo que te ordenaron.

—Van mezclados, señor, los dictados.

—¿Puedo verte la cara?

—Lo prohíbe la regla.

—Pero yo soy el Rey.

—Sí, Majestad, pero la regla es cosa de Dios.

El Rey apartó la mano que encaminaba al velo.

—Eso dicen... —Volvió a escuchar, el Rey, a través de la puerta—. Ya debe de haber terminado, ¿no crees?

—En ese caso, señor, va mi último consejo: sea cariñoso y lento, y no olvide que quien le acompaña en el lecho es un ser de carne y hueso, pero, sobre todo, de carne.

—¿Y quién te dijo esas cosas?

—Un pajarito, Majestad.

Marfisa empujó al Rey suavemente hacia la puerta.

—Dé tres golpes con los nudillos. Le abrirán... Que haya suerte.

Se apartó y corrió por el claustro hasta perderse. El Rey la vio marchar, y juraría haber descubierto, entre el vuelo de la falda, unos zapatos de hebilla y unas medias granate, y sólo después de que ella hubo desaparecido, llamó a la puerta de la celda.

—Entra.

9. Dieron las doce en algún reloj cercano. El padre Almeida atravesó la puerta del palacio de la Santa. «Su Excelencia le espera», le dijo el portero al abrirle. Recorrió pasillos y claustros con la teja en la mano. El fámulo que le precedía se detuvo. «Es aquí», y abrió sin llamar. El padre Almeida se halló en una antesala donde dos criados que esperaban se pusieron de pie.

—Por aquí, padre, haga Su Merced el favor.

Atravesó la puerta. El Gran Inquisidor le esperaba ante su ración de clarete frío, mediada ya la copa etrusca.

—Es usted puntual, padre.

—Su Excelencia me dijo que a las doce.

—Y las doce son. Venga conmigo.

Lo llevó a una habitación vecina, donde la mesa se había puesto como para la comida de dos Reyes; tales eran los relumbres del cristal y de la plata: por el zócalo de Talavera corrían monstruos azules sobre fondo amarillo, dragones de lengua florida y colas arbóreas, enlazadas unas a otras en una repetición avocada a lo infinito. El Gran Inquisidor señaló al jesuita un asiento.

—Obedezco, Excelencia —y se sentó.

El Gran Inquisidor lo hizo inmediatamente después.

— ¡Vaya tiempo que se nos ha echado encima!

—Sí, Excelencia. Tenemos ya ahí el invierno.

—Y Su Paternidad, ¿cuándo piensa marcharse?

—Mejor hoy que mañana.

—Va a encontrarse las lluvias, nada más pasado el Pirineo.

—También cuento con la nieve.

—¿Y el peligro?

—Ése, Excelencia, es el compañero de mi misión.

—Sin embargo, en algún lugar se encontraría usted a cubierto. ¿Qué le parece Roma?

—No me atrae. Prefiero las brumas y los peligros de Londres.

—Aquí no hay brumas, pero, peligros, no faltan.

—Ya lo sé.

El Gran Inquisidor hizo una seña al criado que esperaba, y en seguida trajeron una sopera humeante, repleta de olorosa menestra.

Uno y otro se sirvieron comedidamente.

—¿No es poca esa comida, para un cuerpo tan joven?

—Mi cuerpo está disciplinado, aunque no lo suficiente.

—¿Le quedan, por ventura, algunos de esos deseos que atormentan a los eclesiásticos jóvenes, y que tanto dan que hacer a los que tenemos mando?

— Me quedan, Excelencia, conatos de violencia, ganas de desbaratarlo todo a trastazos cuando veo una injusticia.

—Mala cosa ésa, puede crearme. La señal indudable de que se ha alcanzado la debida madurez es la comprensión de que siempre habrá injusticias y violencias.

—Pero no siempre las mismas.

—En eso tiene razón.

El Gran Inquisidor comenzó a comer, el jesuita le siguió, lo hicieron en silencio y rápidamente. Habían pasado sólo unos minutos cuando el criado retiró los platos y puso otros limpios, de la misma finura, de la misma elegancia. El jesuita miró el suyo y lo remiró.

—No son portugueses, padre. Bien sé que en Portugal fabrican unas lindas vajillas, pero esta en que comemos la heredé de mi antecesor, cuyo refinamiento iba por otros rumbos.

Había vuelto el criado con la fuente de la carne. Se acercó al Gran Inquisidor, pero éste le indicó que sirviera primero al jesuita.

El padre Almeida lo hizo con discreción, ni poco ni demasiado.

—Es el lomo de cerdo prometido, padre.

—¡Y qué bien huele!

Esperó a que el prelado se sirviese y empezase a comerlo. Lo hizo también, con calma, recreándose en los bocados.

—Está bueno, ¿verdad?

—Sí, Excelencia. Está realmente bueno. Compadezco a los judíos, que lo tienen prohibido.

—Pero, si son conversos...

—Incluso a los conversos, Excelencia, les da cierto repeluz.

A él, evidentemente, no se lo daba. El vino era del mismo clarete frío al que el Gran Inquisidor era tan aficionado: lo bebía en su copa etrusca, pero la del padre Almeida no le bajaba en méritos, aunque fuese moderna. Y al vino no le hacía ascos el jesuita.

Pusieron de postre un plato de naranjas recientes y algunas frutas más de temporada. El padre Almeida prefirió melón. Y cuando terminaron, el Gran Inquisidor señaló un asiento en la mesa camilla, en la que había apercibidas copas de licor y dos o tres botellas: aguardiente de Chinchón, un orujo andaluz y una botella de Oporto dulce. Fue de ella de la que bebió el Gran Inquisidor. El jesuita se sirvió del orujo, y, mientras bebían, hablaban de naderías, y el jesuita esperaba que todas aquellas frivolidades acabasen de una vez, y que surgiera la conversación seria. Y ésta fue inevitable cuando el prelado, despachado ya el Oporto, sacó del pecho un papel doblado.

—Eche un vistazo a eso, padre.

Desplegado, el padre Almeida pudo leer un largo requilorio en el que varios frailes, encabezados por el padre Villaescusa, pedían la detención del padre Almeida y su sumisión a un largo interrogatorio encomendado a peritos, en el que fuese examinado de doctrina. Leído el papel, lo plegó y se lo devolvió al prelado.

—¿Qué le parece, padre?

—Después de lo de ayer, no me sorprende.

—No sé si habrá leído usted que también piden la celebración urgente de un gran auto de fe, en que se quemen sin dilación todos los judaizantes, moriscos, herejes y brujos que puedan hallarse a mano.

—Sí, es la segunda parte del escrito.

—¿Y usted qué opina?

—Yo soy contrario a esas luminarias.

—Yo, también; pero a la gente de este país, o, al menos de este pueblo, le gusta el olor a chamusquina. No sé si incluso lo prefieren a la lidia de toros bravos.

—Yo no conozco a este pueblo... Soy un súbdito del rey de Portugal que ha vivido muchos años en Brasil. Allí no quemábamos a nadie, ni a nadie se le ocurría que se pudiera quemar a un semejante.

—Son tierras nuevas aquéllas, padre; allí está naciendo otro mundo, que, a lo mejor, llega a valer más que éste. Pero el caso es que esa docena y media de distinguidos teólogos me piden su detención y una fiesta de fuego. Tengo que detenerle a usted. Para lo de la quema hay que contar con el brazo secular, porque, como usted debe saber, nosotros no quemamos.

—Sí, ya lo sé. Los teólogos han inventado un subterfugio irreprochable. Ellos no queman, queman los verdugos del Estado.

—¿Y a usted le parece mal?

—A mí no se me oculta, como a Vuestra Excelencia, quiénes son los responsables. ¿Qué más da quién enciende la pira?

—¿Lo encuentra injusto?

—Lo encuentro criminal.

—A usted no se le oculta que la justicia y el crimen obedecen a criterios humanos.

El jesuita no respondió. El Gran Inquisidor medió la copa de Oporto, bebió un sorbo y lo paladeó. Creyó oír que el jesuita, en voz baja, recitaba: «Buscad el Reino de Dios y Su Justicia, y lo demás se os dará de añadidura.» Dejó la copa en la mesa y miró fijamente a su invitado.

—Debe usted saber, padre, porque le conviene, que lo que aquí se busca es precisamente la añadidura.

—Ya lo voy comprendiendo.

Hubo una pausa. El jesuita temió que después de ella, el prelado lo despidiese, acaso con el pretexto de una siesta, excelente representación de la añadidura en aquel preciso momento. Por eso se apresuró a decir:

—Antes de retirarme, y por si Vuestra Excelencia no tiene ocasión de volverme a oír, quisiera hacerle una confesión.

—Me parece bien, padre, pero tenga en cuenta que, hasta las tres de la tarde, no escribiré la orden de detención. Como las cosas van tan despacio, no creo que mis esbirros lleguen al convento de la Compañía antes de las cuatro. La calle de Toledo queda lejos.

—Aunque así sea, y le agradezco la advertencia, necesito que usted sepa que, a estas horas, el Rey y la Reina, Nuestros Señores, se encuentran juntos y sin vigilancia en un lugar de la corte. Espero que por fin se hayan visto desnudos.

—¿Y cuál es el lugar de esas tan deseadas nupcias?

—Una celda del monasterio de San Plácido.

El Gran Inquisidor meneó la cabeza.

—Esta prima mía siempre metiéndose en líos. Un día cualquiera no voy a tener más remedio que enviarle una visita.

—El Rey y la Reina han podido encontrarse a causa de una trama llevada personalmente por el conde de la Peña Andrada y por mí, con la ayuda de una mujer llamada Marfisa, de quien Vuestra Excelencia también tiene noticias.

—¡Ya lo creo! ¡Como que hay firmada también una orden de detención contra ella, la muy tuna! Pero no creo que las cosas pasen de ahí.

—De esa detención fue advertida a tiempo, gracias a Dios y a la caridad de las almas cristianas.

—¿Y cómo fue, padre, el meterse en ese asunto? Quiero decir en sus términos reales, no en los meramente académicos de la tarde de ayer.

—He llegado a pensar, Excelencia, que Dios me trajo aquí solamente para eso.

—¿Y usted cree que a Dios le interesa si el Rey y la Reina fornican desnudos o en camisón?

El jesuita le miró perplejo; luego le preguntó, osadamente:

—Excelencia, ¿cree usted en Dios?

Y el Gran Inquisidor sonrió tiernamente, pero su sonrisa se transformó en una mueca triste.

—Hay muchos libros escritos sobre Dios, pero todos caben en una palabra: o sí, o no.

10. El padre Villaescusa, revestido, se adelantó por el pasillo central de la iglesia. Le precedían tres monagos con la cruz alzada y los ciriales. El padre Villaescusa rodeó la pareja penitente arrodillada ante el presbiterio, subió sus gradas y quedó quieto, de espaldas al pueblo cristiano, que no estaba. Entonces, el Valido tocó en el hombro a su esposa, se levantaron y, precedidos sólo de los ciriales, marcharon hacia la escalera que conducía al coro. Los monagos quedaron fuera, y ellos empezaron a subir por un estrecho caracol de piedra hecho de vueltas y vueltas sobre sí mismo. En una de ellas, la esposa del Valido dijo:

—Me estoy mareando. Creo que voy a caer.

—Aguanta unos peldaños más. Estamos llegando.

La señora hizo un esfuerzo y empujó hacia arriba su cuerpo estremecido; el Valido se situó detrás, por si caía, para recogerla en sus brazos.

En el coro, las monjas del monasterio se habían ordenado en un óvalo grande: la mirada hacia fuera. Presidía la abadesa en su sitial. El Valido le hizo una reverencia, también la saludó la señora. Las monjas del ángulo más próximo se apartaron un poquito, y por aquella puerta penetró doña Bárbara. El corro volvió a cerrarse, y las monjas cantaron la misa: respondían unánimes y bien disciplinadas a los latines cantados, con voz deshinchada y agria, por el padre Villaescusa, allá en el altar. El Valido se arrimó a la barandilla del coro, y esperó. No había nadie en la iglesia, más que el oficiante y el monago que le ayudaba. Cuando terminaron el Sanctus, volvió a romperse el corro, y el Valido penetró en el ámbito secreto, que se cerró de nuevo, y las monjas, como respuesta a la campanilla que anunciaba el canon, comenzaron a rezar el salmo 50: «Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia ...o Lo hacían bajo, y con voces abstractas. El Valido vio a su esposa, tendida en una colchoneta, que le miraba angustiada.

—Ánimo —susurró el Valido, y se acostó junto a ella.

La dama dijo:

—¿Y no será pecado todo esto?

—En todo caso, no recaerá sobre nosotros.

Púdicamente, la dama comenzó a remangarse las faldas. Venía con medias hasta medio muslo y sin bragas. El Valido apartó la mirada.

*... contra Ti, sólo contra Ti he pecado,
he hecho lo malo a tus ojos...*

Allá lejos sonó, otra vez, la campanilla. Las monjas seguían recitando el salmo. No veían, el Valido y su esposa, no veían lo que estaba sucediendo en el altar, pero tampoco veía nadie lo que estaba aconteciendo entre ellos. Sus voluntades se oponían con fuerza a la tentación y aquella lucha los mantenía tensos y distantes, aunque sus cuerpos se hubieran unido ya en un momento. La esposa del Valido le dijo: «Bésame.» El Valido la besó y el muro de las voluntades se desmoronó inmediatamente. El Valido sintió el placer expandiéndose por sus venas, hasta los extremos de su cuerpo y escondió el rostro junto al cuello de su esposa. Ella no se movió, pero dio un suspiro prolongado y feliz, que llenó el espacio vacío, que las monjas no entendieron, que el oficiante recibió con una sonrisa de alivio «¡Ayyy!»

Las monjas cantaron el *Benedictus*..., y se abrió la puerta para que saliera el Valido. Al terminar, volvió a abrirse para que saliera su esposa. Venía velada, pero hipaba. Se arrodilló al lado de su marido, y éste la golpeó cariñosamente en el brazo. «No importa.» Siguió la misa. Las monjas volvieron a cantar, y cuando el preste dio la bendición, se retiraron, en su orden. También el oficiante se retiró. Quedaron solos, en el coro y en la iglesia, el Valido y su esposa.

—Esto ha terminado ya. Vámonos.

—¿Habremos pecado? —preguntó ella.

—Eso, sólo el Señor lo sabe.

Empezaron a descender por la escalera de caracol.

—Agárrate con una mano al arambol, pon la otra en mi hombro.

Así llegaron al final. La dama se arrimó a la pared.

—Espera a que me calme.

Seguía llorando, pero se sentía feliz.

11. Aparecieron a la entrada de la iglesia. Los arcabuceros del cortejo, los criados de a pie, se ordenaron. Esperaban, entre ellos, dos personajes nuevos, cubiertos del polvo de los caminos, marchitas ya las plumas de los chapeos. Se aproximó el primero y tendió un pliego al Valido, un pliego lleno de sellos, pero maltratado.

—Correo de Flandes, señor.

Y se acercó luego el segundo, con el pliego menos manoseado:

—Correo de Cádiz.

El Valido no sabía cuál abrir primero, no podía imaginar cuál de las dos noticias sería más terrible. Dio las gracias a los correos, y abrió el de Cádiz: le decían que la flota había llegado entera a la bahía, si bien cuatro fragatas de escolta seguían peleando con los ingleses en muy mala situación. «¡Menos mal!» En el segundo despacho le decían que las tropas españolas habían obtenido una gran victoria sobre los rebeldes protestantes. «¿Gracias a Dios?», salía el padre Villaescusa; el Valido le tendió los despachos y el padre Villaescusa los leyó.

—Es lógico, Excelencia. Durante toda la tarde de ayer, el pueblo recorrió en procesión las calles de la villa pidiendo la clemencia del Señor.

—Fíjese en las fechas, padre. La victoria aconteció hace más de una semana, y la flota arribó a Cádiz anteayer, justo el día en que el Rey se fue de putas.

El capuchino levantó la cabeza, orgullosamente.

—En la mente de Dios, Excelencia, el tiempo no existe. Nos dio la victoria en Flandes y favoreció el arribo de la flota porque conocía de antemano las oraciones y los sacrificios de nuestro pueblo. Yo le doy las gracias al Señor y celebro la ocurrencia de quien organizó las procesiones. Ahora, Excelencia, convendría celebrar el triunfo con un buen auto de fe. Ochenta o noventa herejes quemados sería una buena muestra de gratitud al Señor.

—Pero usted sabe, padre, que para ese festejo hay que contar con la opinión del Consejo de Castilla.

— ¡Bah! Dos docenas de nobles que cuentan con una abuela o una tatarabuela judías. Nunca son de fiar. Consulte usted la opinión de una docena de eclesiásticos de prosapia clara, y verá que están de acuerdo conmigo.

El Valido le iba a responder, cuando en la puerta del monasterio aparecieron los Reyes, muy cogidos del brazo y con rostro sonriente. Todo el mundo comprendió lo que había pasado. Antes de acercarse a ellos a rendirles pleitesía, el Valido le dijo al fraile:

—¿Entiende usted las cosas?

Y el fraile le respondió:

—Sí, Excelencia. Las procesiones, las disciplinas, los sacrificios, todo eso pudo más en el corazón de Dios que el ánimo pecaminoso de esta pareja.

Pero, en tanto lo decía, el Valido se había acercado a los Reyes, se había destocado, e hincaba la rodilla en tierra.

—Alzaos, conde. Y cubríos.

—¿Cubríos? —repitió el Valido como en un sueño.

—Sí. Quiero que seas el primero en recibir los beneficios de mi felicidad. Pero eso no me impide preguntarte qué haces aquí.

El Valido sacó del pecho los despachos.

—Señor, quería que Vuesa Majestad leyese estos papeles antes que ningún otro.

El Rey los leyó con calma y atención.

—¡Vaya! —exclamó luego—. Por fin podré regalar un vestido nuevo a la Reina. —Se volvió a ella—. Mira, hemos triunfado en Flandes, y la flota de las Indias ha arribado felizmente a Cádiz.

—Gracias a Dios —le respondió la Reina; y, sin considerar que estaba ante bastante gente, dio un beso al Rey en la mejilla.

A la esposa del Valido le tembló el cuerpo. ¡Cómo le hubiera gustado besar así a su marido, en público, a la puerta de la iglesia! Pero no se atrevió, aunque sí adelantó dos pasos e hizo el *rendez-vous* a los Reyes. Cuando él le ordenó que se levantara, osó decir:

—Gracias, señor, por la merced que habéis hecho a mi marido.

—Y más que le haré, si las cosas van como hasta ahora.

El padre Villaescusa se removía en un segundo término: buscaba ocasión para intervenir, y la halló después de que el Rey ordenase al Valido que noticias tan felices habría que celebrarlas con grandes fiestas para el pueblo: toros y fuegos artificiales, que era lo que más gustaba.

—Y un buen auto de fe, Majestad, ¿no le parece el mejor modo de dar las gracias a Dios?

—La carne quemada huele mal, padre, y no sé qué pasa que el viento siempre lleva el olor hacia el alcázar. No estoy por los autos de fe.

El capuchino volvió al segundo término en que había permanecido, pero su magín empezó a maquinarse el modo de participar personalmente en algo que se preparaba, y, de ser posible, aguarlo.

El Valido volvió al lado del Rey.

—Señor, no veo la carroza real por ninguna parte. Os ofrezco la mía para regresar a palacio.

—¿Y tú? ¿Vas a ir a pie a tu casa?

—¿Por qué no, Majestad? Está cerca de aquí, y de vez en cuando conviene que el pueblo vea a su altura a los que lo gobiernan.

12. Todavía los corros del atrio de San Felipe no se habían disuelto, cuando llegó a todo correr un caballero innominado. «¡Noticias, noticias!», venía gritando; y la capa

volaba detrás de él, como las alas de un ángel. Se congregó todo el mundo a su alrededor, y alguien le aconsejó que se sosegase y que, si era posible, bebiese algo, porque traía la lengua fuera, como un perro sediento. De algún lugar salió un botijo, y el hombre bebió a morro hasta saciarse.

— Bueno, ¿qué es lo que pasa, vamos a ver?

—No sé por dónde empezar. Pero he visto a los Reyes salir del monasterio de San Plácido, con aire feliz y satisfecho, y acababan de llegar nuevas de Flandes donde hemos ganado la batalla, y de Cádiz, adonde llegó la flota con su cargamento de oro y de plata.

— ¿Y los Reyes tenían cara de haber pecado?

—Ya le he dicho que venían felices.

—Eso quiere decir —añadió otro— que la abadesa de San Plácido les sirvió de alcahueta.

—A mí —terció un hombre maduro con acento catalán—, lo que me importa señalar es que, habiendo pecado los Reyes, hemos ganado la batalla y nos ha llegado el oro. Lo del oro es importante. Sé que los banqueros genoveses habían comunicado al Valido que no adelantarían un doblón más. Y eso era lo penoso de la situación. ¿Cómo iba a vivir el país sin un doblón más de los genoveses?

—Pero, ahora, habrá que devolverles lo que tienen anticipado, y quedaremos otra vez a dos velas.

—Una vez que hayan cobrado con creces lo que se les debe, volverán a prestar.

—Y así toda la vida, ¿no?, viviendo de prestado y con la angustia de que, si los Reyes pecan, no llegará la flota.

—Acabamos de ver, si las noticias son ciertas, que una cosa no tiene que ver con la otra.

—Ya veremos mañana lo que dicen los curas.

—Los curas pueden decir lo que les venga en gana. La cuestión es que el oro está aquí.

—Y que los Reyes parecían felices, si este caballero no viene equivocado.

—¿Cómo voy a mentir? No me lo contó nadie, lo vi yo mismo, y no a mucha distancia. Estaban como recién casados.

—Y, el Valido, ¿qué pito tocaba a esas horas en el convento de San Plácido?

— De eso no alcancé a saber nada. Pero lo más probable es que haya ido allí a dar al Rey las buenas nuevas.

—Entonces, sabía dónde estaba el Rey.

—Como es su obligación. El Rey puede ir adonde quiera y hacer lo que le dé la gana, pero el ministro debe saberlo. Para eso tiene soplones.

Intervino un caballero cruzado.

—Bien, señores. El caso es que los Reyes son felices, que hemos ganado en Flandes y que la flota de Indias llegó a buen puerto. Estamos de enhorabuena. Ahora, habrá festejos para que el pueblo se divierta, y la corona pagará sus deudas.

Había un caballero mal encarado, de anteojos y nariz grande, que estuviera callado y atento a lo que se decía. Tomó entonces la palabra.

—Caballeros, me asombra la frivolidad con que tratan este asunto. Hemos ganado la batalla, pero, ¿cuántas nos quedan por perder? La flota de este año ha llegado a Cádiz, pero, ¿llegará la del año próximo? Y es verdad que el Rey y la Reina son felices, pero, ¿cuánto les va a durar? No pasará mucho tiempo sin que tengamos razones para estar

tristes, y, entonces, volveremos a hacernos en la conciencia esa pregunta que nadie se atreve a formular: ¿por qué, si defendemos la verdadera fe, el Señor no nos ayuda? Yo intento entender el mundo y no lo entiendo, y, entonces, me agarro al único clavo ardiendo: hay pecados, no sabemos cuáles, por los que el Señor nos castiga. ¿Serán del Rey o serán del pueblo entero? ¿O será, simplemente, que el Señor cambió de pueblo escogido? Yo nací bajo el reinado del gran Felipe. Aquello sí que era un Rey, aquello sí que era un pueblo, aquellos sí que eran tiempos.

Había hablado con voz campanuda, con cierta tendencia a la solemnidad, pero su tono era más bien funeral. Tuvo la virtud de apagar los entusiasmos. La gente sin mirarse y sin mirarlo se disolvió porque era la hora de comer. Alguien le llamó cenizo.

CABOS SUELTOS Y OLVIDOS

1. MAFISA NO TUVO que esperar demasiado. Primero llegó el jesuita, sin equipaje ni apuro; después, el conde de la Peña Andrada, con Lucrecia del bracete, que iba como una reina de altiva y satisfecha. Apenas se habían juntado, cuando llegó la carroza, con su auriga oscuro y dos cofres a la zaga. Marfisa los reconoció como suyos.

—¿Y cómo los habéis sacado de mi casa, si está sellada?

—La puerta de entrada, nada más; no la del corral. Por ella entré y salí —le dijo el conde—. Ahí viene todo lo tuyo, trajes y perifollos, y también los ahorros que tenías escondidos.

—¡Más de doscientos ducados!

—Doscientos veintisiete exactamente.

Marfisa pareció descansar de alguna grave inquietud.

—Menos mal.

El conde la apuró para que subieran a la carroza. Marfisa se sentó a su lado, y Lucrecia al del jesuita.

—No me disgustaría saber adónde vamos.

—A Roma —le dijo el conde—; es el lugar más seguro.

Salieron por la Puerta de Alcalá, donde hubo una inspección de papeles, diálogo del conde con el guardia, y soborno. Después que traspasaron la puerta, el coche corrió con tanta prisa, que Lucrecia se durmió del miedo, y Marfisa poco después.

—Se han dormido —dijo el jesuita.

—Las he dormido —respondió el conde.

—¿Nos vamos, pues?

—Es el momento.

A una señal del conde el coche se detuvo. Abierta la puerta, descendieron. El jesuita no había visto los caballos prendidos a la popa de la carroza.

El conde vio su mirada.

—No están resabiados. Podéis coger cualquiera de ellos.

El jesuita montó en el más próximo, que era negro; el conde se acercó al castaño y lo palmoteó.

—¿Vamos, pues?

—Por mí...

—¿Hasta dónde juntos?

—Yo voy a Londres por París.

—Yo a Roma por Barcelona.

—Entonces, más o menos, hasta Zaragoza.

Espolearon y partieron. La carroza se puso en marcha y los siguió, aunque a distancia.

Cuando despertaron Marfisa y Lucrecia, se hallaron solas.

—¿Adónde fueron éstos? Porque yo no los sentí apearse.

—Al infierno, seguramente. Ya me parecía mucho que nos acompañasen.

—Pues sólo queda el cochero.

Efectivamente, el cochero oscuro azotaba con un largo látigo los caballos negros y golpeaba como un autómeta: un trallazo de derecha a izquierda y otro de izquierda a derecha, cruzados; el coche corría sin tumbos, como si el camino fuese de cristal.

—¿Sabes que hay algo que no entiendo?

—Pues suerte tienes si entiendes algo, porque yo no entiendo nada.

—¿Y qué va a ser de nosotras?

—Mira, hija, Dios dirá. Mi madre me tiene dicho que, con las piernas abiertas, se va hasta el fin del mundo. Y Roma debe de caer un poco más acá.

Lucrecia reflexionó un momento; luego, dijo, con voz apagada, aunque convencida:

—En Roma hay muchas putas.

—Pues una más, como si nada.

Y en cuanto a la competencia, el recuerdo de sus propias gracias y habilidades le hizo sonreír: lo que había valido en la corte, ¿no iba a valer en Roma?

—Pues voy teniendo hambre —dijo Lucrecia.

—Mira lo que hay en esta cesta que dejaron a tu lado. Me huele que son viandas.

Lucrecia hurgó en la cesta, donde había de todo, hasta vino.

—¿Y tendremos bastante para el viaje?

—¿Qué sabemos nosotras lo que va a durar? Cuando se acabe ya veremos.

Empezaron a comer. Lucrecia se adormiló, finalmente. Marfisa, antes de hacerlo, pensó que en Roma había muchachos guapos de esos que dan gusto en la cama. Aunque fueran clérigos u obispos. Lucrecia se despertó.

—Me dan ganas de mear.

—Pues levanta el cojín en que asientas el culo. Seguramente habrá un agujero.

Lo había. Mientras, los caballos seguían corriendo, sin tropiezos ni tumbos.

2. Lo del viento fue que pasó de repente y se fue, aunque dejando el frío. En su lugar vino la niebla, primero unas vedijas, aquí y allá; después una masa compacta, oscura y gris, que se abatió sobre la villa y la ocupó, como un ejército invasor: calles, plazas, pasajes. Se coló por las rendijas y oscureció los interiores. Los más viejos del lugar no recordaban niebla igual, que parecía meterse por las narices y vaciar las conciencias. Duró bastantes horas y como vino se fue, aunque llevándose consigo muchos recuerdos. Cuando el viento volvió, halló a la villa como si nada hubiera pasado, todo el mundo tan campante, alegre porque se anunciaban fuegos de artificio en conmemoración de una victoria que no le importaba a nadie. Aunque como por los caminos de Andalucía venían ya acémilas cargadas de oro y plata y de objetos de gran valor, ya se hacía más caso, porque cada cual en su medida, todos esperaban participar. El padre Rivadesella hubiera hablado del caso con el diablo, pero, aquella tarde, el diablo no acudió.

3. El que mandaba los esbirros de la Santa pidió audiencia al Gran Inquisidor, una audiencia urgente. Le recibió todavía soñoliento, como quien sale de una siesta interrumpida que se proyecta continuar.

—¿Sucede algo grave?

—Ese jesuita, Excelencia. En la calle de Toledo ni le conocen ni saben nada de él. Dicen que sí será un impostor.

—¿Quién? ¿Qué jesuita?

—El padre Almeida.

El Gran Inquisidor bostezó aparatosamente.

—Será uno de esos frailes que van a su aire. Más bien eso. Distribuye tu gente por todas las puertas, pero no creo que nadie dé con él. Irá camino de alguna parte, pero, ¿adónde?

El capitán de los esbirros asintió y se retiró. El Gran Inquisidor volvió a su sillón, se instaló en los cojines, y antes de cerrar los ojos, sonrió, porque se abrió en su memoria un claro como se abren las nubes. «Espero que vaya por La Coruña. Es lo más lógico», pero antes de dormirse, pensó: «¿Quién tiene que ir por La Coruña y a qué?»

4.El Valido acababa de escribir, de su puño y letra, un despacho que decía: «A S.E. el Embajador de España ante la Santa Sede. Querido amigo: por las vías normales llegará a Roma, con calidad de correo del Rey y enviado especial, un fraile capuchino, fray Gaspar de Villaescusa, varón de muchas letras al que debéis tratar con el mayor respeto y alojarlo como su persona merece. Lleva consigo un pliego que no debe llegar nunca a la curia Vaticana: vos sabréis cómo conseguirlo. En cuanto al padre, no tenemos necesidad de verlo por aquí en mucho tiempo, y, cuando por fin regrese, convendría que su adustez se hubiera templado en la experiencia de la buena mesa y de la buena cama. Debe regresar, por ejemplo, convencido de que, mejor que quemar judías, es acostarse con ellas. Todo lo cual, señor Embajador, confío a vuestra inteligencia. Soy vuestro amigo.» La carta iba firmada con nombre y título.

La releyó, la plegó, la cargó de sellos y tocó la campanilla. Entró un funcionario de su secretaría.

—Que dispongan del correo más rápido y lo expidan a Roma, vía Valencia, donde pondrán a su disposición una galera que lo lleve cuanto antes. Consideración de correo del Rey, y emolumentos anticipados. Que pase a recoger el mensaje.

Después de que el correo apareció y recibió órdenes o instrucciones, el Valido mandó a buscar al padre Villaescusa. El capuchino no tardó en venir.

—Padre, tal y como van las cosas, creo que lo mejor será que haga usted el consabido viaje a Roma, a lo que habíamos tratado. Pondré a vuestra disposición una buena carroza y una guardia a caballo, porque los caminos de la montaña catalana nunca son de fiar. Podéis hacer el viaje en siete u ocho jornadas.

—¿Y cuándo saldré?

—Los trámites son largos, padre. Agilizándolos, todo estará dispuesto dentro de tres o cuatro días. La propuesta tiene que ir acompañada de una carta del Rey, y sabéis que estos días Su Majestad anda muy entretenido, como que no sale de los aposentos de la Reina. Id a vuestro convento y arreglad los trámites con vuestra orden, pero no os demoréis más tiempo del indispensable. El viaje lo haréis con calidad de correo real extraordinario, y el viático será pingüe, porque, gracias a Dios y a vuestros ruegos, las arcas reales no están vacías.

El capuchino parecía contento, y se retiró con zalemas y promesas de rapidez.

—No olvidéis, sin embargo, mis consejos, Excelencia. Lo que no pudo hacerse cuando nos lo propusimos, podrá lograrse después del oportuno entrenamiento. Castidad en el matrimonio, Excelencia, es mi última palabra.

—Mi esposa y yo os lo agradecemos, padre. En ello está nuestra esperanza.

Cuando salió el capuchino, el Valido ordenó que le preparasen el viaje: los Pirineos y el sur de Francia, el camino más cómodo.

Pidió venia para entrar el capitán de la guardia, con un papel en la mano.

—No lo encuentro, Excelencia. En la calle de San Bernardino no hay ningún palacio, ni nadie conoce a este conde.

—¿Qué conde? —preguntó el Valido.

—El de la Peña Andrada.

—Bien. Deje ahí el papel y retírese.

Cuando el capitán salió, el Valido leyó la orden de detención contra un conde que él mismo no recordaba. Llamó al jefe de su secretaría y le tendió el papel.

—¿Usted recuerda a este hombre?

—No me suena.

—Busque en el registro, a ver.

El chupatintas salió y volvió a poco.

—No hay nadie de ese título.

El Valido se encogió de hombros.

—Retírese.

Y luego se preguntó: «¿Cómo pude firmar ese papel?»

La verdad es que una especie de nube le oscurecía los últimos acontecimientos, aunque no todos.

5. Estaban aquellas estancias llenas de sastres, azafatas, camareras, damas de corte y, gobernándolo todo, señora de semejantes territorios, la camarera mayor, duquesa de un ducado enrevesado y estéril: ajetreada y algo envidiosa, porque nadie le ofreciera jamás un traje como el que le estaban preparando a la Reina, de rosa y plata, con encajes franceses en el cuello y en las mangas, y en ciertas costuras del talle. Y la Reina en el medio, quieta como un maniquí, presta a que le tomasen medidas y a que le probasen esto y lo otro. A juzgar por los materiales, por la pericia de los sastres y costureras y por el trabajo que daba, no había reina en Europa que pudiese ponerse un traje más hermoso, y ya se estaba pensando en quién sería el pintor que la pintase con él. Se lo habían preguntado al Rey, y el Rey no lo había decidido. Sin embargo, desde el hueco de una ventana, contemplaba el ir y venir, escuchaba las voces y recibía las miradas tiernas que, desde su quietud de maniquí cansado, le enviaba la Reina. Parecía bastante distraído, y alguna vez se le escapaba la mirada por encima de los lejanos encinares, hacia el horizonte: unas miradas perdidas que buscaban algo. Lo que ahora veía el Rey, en sus ensueños, era la figura de una monja corriendo, cuyas faldas, en su revuelo, habían dejado entrever unos zapatos de hebilla y unas medias coloradas. Por razones que no se había parado a explicarse, desde hacía horas aquella imagen le obsesionaba, y le hubiera gustado saber quién era la monja y cómo era su cara. Le quedaba, eso sí, el recuerdo de su voz, no la de sus conceptos: una voz que recordaba no sabía de dónde ni de cuándo. La Reina se le acercó, sonriente, en un descanso.

—Tenemos que ir de visita al monasterio de San Plácido, a dar las gracias a la madre abadesa por el favor que nos hizo y a hablar de cierto reloj que necesita.

Al Rey le pareció de perlas, pero no se explicaba la razón de la visita.

6. Al clérigo aquel de la nariz ganchuda y cara de mala leche le habían acompañado hasta su casa media docena de devotos, gente incondicional que le alababa su poesía y

la defendía en corrillos y cenáculos, cuando la plebe la acusaba de oscura y minoritaria: «Patos del aguachirla castellana», les había llamado el maestro.

Le despidieron a la puerta, entró solo, preguntó qué había de merendar, y le ofrecieron chocolate en una jícara que empezaba a desportillarse. Lo bebió ensimismado y se metió en su despacho. La mesa aparecía colmada de papeles en desorden, algunas flores caídas, unas plumas y un puñal. El clérigo narigudo y mal encarado al que llamaban don Luis se sentó fatigado, cerró los ojos y estuvo así un tiempo, transido. Luego revolvió los papeles, y le salió uno en que había escritos unos versos: una cuarteta que empezaba: «Con Marfisa en la estacada...» Los leyó. No recordaba cómo ni cuándo les había escrito, ni a quién se referían, ni siquiera el porqué. Pero se le ocurría una continuación para terminar la décima: requirió la pluma, la mantuvo un instante en suspenso, y luego empezó a escribir. Ya no le importaba quién la había provocado, ni cuándo. Ahí había algo comenzado que convenía concluir, que requería conclusión, y, verso a verso, la fue acabando. Una vez concluida, la leyó: había muchos caballeros en la corte a quienes podía dedicarse. Le puso delante una especie de título:

A UN CABALLERO QUE, ESTANDO CON UNA DAMA, NO PUDO CUMPLIR SUS
DESEOS

*Con Marfisa en la estacada
entraste tan desguarnido
que su escudo, aunque hendido,
no pudo rajar tu espada.
¡Qué mucho, si levantada
no se vio en trance tan crudo,
ni vuestra vergüenza pudo
cuatro lágrimas llorar
siquiera para dejar
de orín tomado el escudo!*